

MANUEL BOBIS REINOSO

**ENREDADOS EN EL
TANGO DE CAÍN**



*A mis amigos José Luis y Rosario,
Juanma y Dori, Alfonso y Lola,
Enrique y Silvia, Luis y Araceli,
Manolo y Rosalía, Fernando, Ramón,
Joaquín, Juan, Francisco Juan, Paco,
Manuel, Rodrigo.*

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

© Manuel Bobis Reinoso 2021

Registro de la propiedad intelectual de Andalucía: 04/2021/2813

ISBN: 9798397868327



Corrección, maquetación, ilustración y diseño de portada: **Drakkar Ediciones.**

Impresión y encuadernación: Amazon.

ENREDADOS EN EL TANGO DE CAÍN



Nanas de la Cebolla

La cebolla es escarcha
cerrada y pobre.
Escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla,
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarchada de azúcar
cebolla y hambre.

Una mujer morena
resuelta en luna
se derrama hilo a hilo
sobre la cuna.

Ríete niño
que te traigo la luna
cuando es preciso.
Es tu risa la espada
más victoriosa,
vencedor de las flores
y las alondras.
Rival del sol.
Porvenir de mis huesos
y de mi amor.

Desperté de ser niño:
nunca despiertes.
Triste llevo la boca:
ríete siempre.
Siempre en la cuna
defendiendo la risa
pluma por pluma.

Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.
Boca que vuela,
corazón que en tus labios
relampaguea.

Al octavo mes ríes
con cinco azahares.
Con cinco diminutas
ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.

Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.
Sientas un fuego
correr dientes abajo
buscando el centro.

Vuela niño en la doble
luna del pecho:
él, triste de cebolla,
tú satisfecho.
No te derrumbes.
No sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.

Miguel Hernández. Muerto por tuberculosis a los 31 años de edad en el penal de Alicante el 28 de marzo de 1942.

1

Este café sabe distinto

Llevaba apuntada en un trozo de papel la dirección. Pretendía hablar con la casera para que me dejara entrar y recoger las pertenencias de mi hermana. Ya sabía que ella iba a morir, porque un día antes, en la mañana del 30 de julio de 1936, don Augusto, el cura, me dio la dirección de la calle Pureza, donde Mariela había vivido «en el pecado y la sodomía». Me la facilitaba por si quería ir a recoger las cosas. ¡Pues claro que quería correr a conocer la casa de Sevilla y traerme algunos recuerdos! Ya no la volvería a ver, Mariela estaba sentenciada, el cabrón del cura lo sabía, había abandonado a su propia hija negándose a interceder por ella. La palabra de un sacerdote hubiera bastado para evitarle el fusilamiento, pero no quiso hacerlo porque «Lucifer habitaba en el cuerpo de un hombre que siempre quiso ser mujer».

En el viaje en autobús desde Utrera a Sevilla, las lágrimas no dejaron de humedecer mis ojos. Desde entonces, cuando huelo a gasoil y hace calor, siento una pesadumbre igual a la que sufrí aquel día. Creí que no

íbamos a llegar nunca a la estación. Ya en Triana, la casera me abrió la puerta de la casa donde había vivido Mariela. Ingresé en un ambiente desconocido para mí. Me dio la bienvenida una mesa que en invierno se revestiría de camilla. La imaginaba a ella, tan friolera, con la ropa hasta las orejas, al amor del cisco y la alhucema. Cuatro sillas y un sillón de orejas en el que se dibujaban las buenas siestas que se echaría en él me invitaban a pasar. Un aparador que atesoraba una vajilla tras la cristalera completaba el humilde saloncito. Abrí los cajones del aparador, en uno de ellos apareció un carterín de piel color camello que guardaba una pluma y los manuscritos de una novela. En la primera página, Mariela había anotado a mano el título: *El mono loco, estúpido y malvado*. Eché un vistazo rápido, la novela comenzaba:

«Anne-Sophie Valdelune, de casada Anne-Sophie Brown, arribó al puerto de Huelva el 2 de abril de 1884 tras un largo viaje en barco desde el puerto inglés de Southampton. Era acompañada de su marido, el ingeniero de minas Robert Nicholas Brown, llegado para ejercer un cargo de responsabilidad en la Río Tinto Company Limited, de su hija de dos años Eugenia Patricia Brown y de un total de once mil ochocientas treinta y nueve novelas».

Guardé el manuscrito en el carterín, ya estaba deseando leerla.

La cocina era pequeña, con su fogón, algunos muebles de madera, platos de cerámica de Triana colgados en las paredes y morteros amarillos adornados con alguna pincelada en verde. En el dormitorio de matrimonio me esperaba, majestuoso, un armario de tres cuerpos que contenía trajes de hombre y sombreros de fieltro en la puerta derecha. En la izquierda colgaban varios vestidos de mujer muy coloridos, bolsos y un sombrerito de plumas. En la coqueta descansaba un juego de tocador y un joyerito con varios pendientes, una alianza, collares, pulseras y broches. En el cajón de la mesita de noche dormitaba un reloj de cadena. Al darle la vuelta apareció grabado: «Mariela y Carlos. 8-5-1934». ¡La fecha de su boda! Yo no asistí porque lo mantuvo en secreto para la familia. Antes no había sabido nada de aquel hombre, en aquel momento sí porque don Augusto me había puesto al tanto. ¡Me hubiera gustado tanto conocerlo! Y además se llamaba Carlos, como mi adorado Carlos Gardel. Ya era tarde, ya no podría.

En otra habitación encontré una cuna. «¿Una cuna?», me pregunté. Se veía nueva, recién comprada. En una estantería, esperaban para ser jugados varios

muñecos de peluche y de trapo. Las paredes aparecían decoradas con alegres dibujos de animales. Al ver la cuna, el llanto me subió desde el pecho, de pronto, explotó a través de mi boca, mi nariz, mis ojos. Arranqué a llorar de golpe, casi me ahogaba. La casera me miraba con cara de tristeza al trasluz de alguna lágrima que estaba a punto de rebosar de su párpado.

Casi diez minutos de sollozos, una espada me atravesaba el pecho, me arrancaba el corazón. Después, mi aliento se hizo más calmado. Guardé en el carterín la pluma, el manuscrito, la alianza, las baratijas y el reloj de Carlos. Del armario descolgué unos vestidos, saqué unos zapatos, los metí en la maleta. Guardaría toda la vida aquel tesoro.

La casera, grandota de cuerpo, a la que yo le echaría unos cincuenta años, hizo café. El aroma se escapaba por la ventana abierta a la mañana. Nos sentamos en la mesa de comedor. En mi paladar se mezclaba lo dulce con lo salado de mis lágrimas. Le rogué que, si lo sabía, por favor me contara cómo fue la detención de Mariela. Aquella buena mujer comenzó a hablar:

—Se oía ruido de camiones, los hombres permanecían parados en las puertas de sus casas con los

brazos levantados. Los soldados los obligaban, entre voces y culatazos, a subir a los vehículos, que cuando estaban llenos se perdían por la calle. El anochecer quedó tranquilo, yo escuchaba por la ventana abierta el llanto y los gritos de dolor de mis vecinas. A eso de la media noche, un camión se paró delante de esta casa. Yo, que vivo justamente enfrente, miraba entre visillos. Un falangista muy pelirrojo al que llamaban *Colorao* bajó de la cabina del camión con una pistola al cinto. De la zona de carga descendieron otros cinco falangistas. La puerta de la casa parecía que iba a estallar golpeada por los gorilas, tu hermana abrió, entraron como una estampida de rinocerontes. Se oía mucho ruido que provenía del interior. Al rato la sacaron desnuda, con la cabeza semipelada y herida de varios cortes, sangrando. La montaron en la zona de carga del camión. Ella, pudorosa, intentaba tapar con las manos su pene y sus testículos. El camión arrancó y se marchó. Eso es lo que te puedo contar. No sé dónde la llevaron ni dónde está.

—Se encuentra en el barco prisión Cabo Carvoeiro, que está amarrado en el muelle —respondí.

—¡Que Dios le dé suerte y la acompañe! —deseó la casera mientras hacía la señal de la cruz sobre su pecho.

Nos dimos un fuerte y emocionado abrazo, dos besos y nos dijimos adiós.

Arrastrando mis veintidós años, con los ojos irritados y corrida la pintura, carterín al hombro, maleta en mano, me dirigí al puerto. Junto a la escalerilla de entrada al barco prisión se encontraban varios soldados armados con rifles. Pedí, por favor, si podía ver, aunque fuera un momento, a José Manuel Palacios Guadalajara. La negativa fue rotunda, de ninguna de las maneras, imposible, prohibido. Me retiré varios pasos de la escalerilla, comencé a gritar:

—¡Mariela, te quiero, yo siempre te he comprendido!, ¡Mariela, te quiero!, ¡Mariela, te quiero!

Un soldado se acercó rápido, terciando el fusil, con cara de enfado. El cuerpo se me descompuso, eché a correr, no paré hasta llegar al Costurero de la Reina. El corazón me latía acelerado por la carrera y por la impresión que me causó ver aquella culata avanzar hacia mí.

Más tranquila, seguí caminando hasta la estación del autobús. Bajo el calor de agosto, rugían los motores de los camiones militares que circulaban por las avenidas. Yo solo sentía el frío del sudor y de la amargura. En mis pensamientos imaginaba que Mariela me había oído, que

lloraba y sonreía a la vez, que miraba al cielo reconfortada.

Eran las doce de la mañana del 3 de agosto de 1936. Don Augusto, el cura, entró en mi habitación sin llamar. Se atribuía esa confianza, lo hacía desde que yo era una niña. Ya de mujer lo seguía perpetrando sin pudor y, cuando alguna vez me sorprendía con los pechos voluminosos al aire, se quedaba mirando lascivo las amplias areolas y los pezones que apuntaban al techo, hasta que yo conseguía taparme. Parado frente a mí, su halitosis perforaba las paredes de la habitación. Tan alto y canoso, vestido con esa sotana tétrica, puso un gesto muy compungido, con la cabeza ladeada y las manos unidas a la altura del pecho. Se mantuvo así durante dos minutos, no tuvo que decir palabra. Fue entonces cuando supe que en esa madrugada se había consumado el fusilamiento de mi hermana. Aunque sabía que aquello iba a ocurrir, la noticia reventó en mi corazón, en mi mente, en mis recuerdos. Hecha un ovillo sobre mi llanto, la cabeza tapada por la colcha, me dolía mi vida entera. Permanecí sin moverme de la cama. No almorcé, no tomé el café de la tarde, no cené. Solo lamentos, sollozos, gemidos, ahogos, fluidos que corrían por mis ojos, mi nariz y mi garganta y se convertían en

puñales de ira y odio que se iban acumulando en mi corazón. ¡Mi hermana Mariela! ¡Mi hermana Mariela! Aquel momento lo cambió todo.

Al día siguiente, el cura volvió a entrar en mi habitación nuevamente sin llamar, llevaba debajo del brazo una caja y en la boca una sonrisa como si no hubiera existido el día anterior. Sentado en la cama donde yo seguía enroscada sobre mí misma, desató el nudo de cuerda que fijaba la caja. De su interior extrajo, triunfante, un aparato de radio. ¡Aquello que tantas veces le habíamos pedido a nuestra madre, lo que nunca tuvimos, lo que tanto habíamos ansiado; se presentaba ante mis ojos y mis deseos justo un día después de la muerte de Mariela! Don Augusto enchufó el aparato, lo encendió y buscó en el dial el primer programa que emitiera música. Una voz melodiosa sonó en Radio Nacional de España, una música que en aquel momento me pareció tristemente sublime:

Y pensar que te adoraba tiernamente,
que a tu lado como nunca me sentí.

¡Las canciones!, desde ese momento poseería esas coplas que cantaba asomada a la ventana mientras los vecinos

escuchaban placenteros, sorprendidos de que esta chiquilla acariciara sus oídos con voz potente, entonada, con ángel, elevada al cielo de todo el barrio. Lo mismo un bolero que un tango que un fandango. Lo que fuera, yo disfrutaba deleitando los sentidos de mis paisanos. Siendo muy pequeñita, don Augusto me llevó al coro de la iglesia. Con doce años ya me había convertido en la voz principal. En las fiestas del pueblo no paraba, pues todo el mundo me pedía, una y otra vez, que me arrancara con unas coplillas. El bolero terminó:

Que nadie sepa mi sufrir.

Los años de guerra transcurrieron desconsolados. La tristeza había provocado que las curvas de mis caderas y de mis pechos se hicieran más lineales, que los pómulos se marcaban en mi cara dibujándola más afilada. En la soledad de mi habitación, encendí la radio: «En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos. La guerra ha terminado». En el reloj de la torre de la iglesia había sonado las diez de la noche. Seguro que don Augusto venía al día siguiente a celebrar la victoria con triples dosis de aguardiente, dulces y tabaco. Daría la bendición

a mi madre con el hisopo de un solo agujero. Después, con confesarse con él mismo y darse la absolución, todo solucionado y aquí paz y después gloria.

La guerra había terminado, me lo estaba estampando en los oídos una y otra vez aquella radio que el cura me compró justo un día después de que mi hermana muriera, ¡solo un día después! Mariela, de alguna manera, estaba allí junto a mí, la sentía, hasta podía ver la marca hundida que dejaba su trasero sobre la colcha de la cama. Recordaba aquellas sesiones clandestinas de juego en las que ambas soñábamos con ser artistas: ella, una escritora de éxito y yo, cantante famosa. Ya me había autoimpuesto nombre artístico: Sonia del Mar, porque el mío, Antonia Palacios, no me gustaba. Las fotos de santos, cristos y vírgenes que cubrían las paredes de mi habitación, las imaginaba carteles en las que se anunciaban mis actuaciones estelares. Ambas jugábamos calzadas con zapatos de tacón y los labios pintados de carmín. Todo requisado en incursiones secretas que hacíamos a la habitación prohibida. Momentos adorables que solía liquidar mi madre entrando en la habitación como un elefante enloquecido, agarrando a Mariela por los pelos y sacándola de la habitación a rastras mientras gritaba enfurecida:

—¡Tú no te llamas Mariela, te llamas José Manuel, eres un niño y debes jugar con los niños!

Después llegaba a casa don Augusto encajando su eterno gesto de obligación misericordiosa y recluía a Mariela en su habitación durante dos semanas.

Amaneció el primer día de una falsa paz. Don Augusto apareció por casa a eso de las cinco de la tarde, mi madre ya lo esperaba. Traía consigo una botella nueva de Cazalla, una docena de dulces del obrador y dos paquetes de tabaco. Para él no existía el racionamiento, obsequio tras obsequio, no le faltaba de nada. Venía, tal como yo había barruntado, a celebrar la victoria. Salí de mi habitación, sonriente, aquel era un día muy especial.

—¡Hoy preparo yo el café! —dije mientras me dirigía a la cocina.

¡Qué sorpresa se llevarían, era la primera vez que me ofrecía! ¡Pues sí que aquel iba a ser un día especial! Preparé el café poniendo toda el alma, que no le faltara de nada: solo para mi madre, cortito para mí y con leche para el cura, que no me equivocara. Los tres sentados a la mesa de camilla, el aroma del café se mezclaba con el olor de los dulces. Don Augusto se llenaba la boca de hojaldre y crema pastelera, ahora de humo de tabaco, ahora de Cazalla, ahora un trago largo al café con leche. Yo

observaba cómo la nuez de aquel hombre subía y bajaba mientras el líquido caliente descendía por su gaznate. Fin de fiesta, ¡viva Franco y viva España! Como siempre, me retiré a mi habitación. El cura, como casi siempre, se metió con mi madre en su dormitorio prohibido.

A las ocho en punto de la tarde se escuchó un grito. Salí de mi habitación corriendo, me dirigí a la de mi madre, entré, vi al cura desnudo, tumbado en la cama, amarillo, con los ojos semicerrados y apagados, con un espumarajo blanquecino que salía de su boca, manchado todo el pecho de vómitos. Mi madre, como ida, se tapaba la boca con ambas manos, gritaba en su interior, lloraba con llanto ahogado, se tiraba de los cabellos hasta arrancárselos. Ni siquiera hacía por taparse sus arrugadas carnes macilentas, sus pechos que caían planos sobre su ombligo, sus largas greñas canosas. Aquel hijo de puta había muerto fornicando y mi madre había recibido por última vez al Espíritu Santo en forma de carajo, tal como solía burlarse todo el pueblo de nosotras: «¡Antonia, hija del cura!» ¡Me lo habían cantado tantas veces por la calle!

Había que avisar. A las diez ya estaba la casa invadida de religiosos que se repetían unos a otros:

—¡Que nadie se entere!, ¡nadie puede enterarse de esto!

A las tres de la madrugada, un beato adinerado acercó un automóvil hasta la puerta. Envuelto en sábanas, el cadáver fue introducido en el coche. A las tres y media ya estaba el muerto en su parroquia y en su cama, donde «había fallecido tranquilamente aquella noche en brazos de Dios».

Primeros de año de 1940, estaba preparando mi maleta. Tal como había hecho Mariela años antes, buscaría en Sevilla el triunfar como artista. Llevaría conmigo aquellos recuerdos recuperados de la casa de mi hermana: el carterín; el manuscrito de la novela, que ya había leído al menos cinco veces; el reloj de Carlos, algunos vestidos, zapatos, anillos, colgantes, pendientes. Me gustaba mucho una pulsera de plata con incrustaciones de lapislázuli y malaquita. Mi hermana tenía buen gusto, me pondría la pulsera en su honor y recuerdo, pero no en la muñeca, sino en el tobillo izquierdo. ¿Símbolo de rebeldía?, posiblemente. Mi madre gritaba, lloraba, me rogaba que no la dejara sola. «¡Ahí te quedas!». ¡Sentía tanto rencor por lo que le habían hecho a Mariela! No podía perdonarla, no cabía remordimiento alguno. Los únicos buenos recuerdos que conservaba de ella eran aquellos en los que la acompañaba al campo a recoger

hierbas para hacer ungüentos o tisanas. Mi madre dominaba el arte de la botánica y la farmacia natural sin haberlo aprendido en los libros. La llamaban en el pueblo «la Bruja». Yo había heredado aquella afición, tal vez porque solo entre hierbas ella se mostraba amable y cariñosa.

El día de mi partida, subida en mis tacones, vestía un traje de dos piezas tan ceñido a la cintura que parecía una avispa. Encima del traje mi abrigo marrón, en la cabeza una femenina boina ladeada hacia mi pómulo izquierdo. La maleta y una caja de cartón donde llevaba la radio ya estaban colocadas en el portaequipajes, bien amarradas, que no se cayeran. Sentada en el autobús, miraba las calles de mi pueblo a través del cristal de una ventanilla blanquecina de vaho. En el exterior, paisanas que tiritaban bajo un escaso y fino abrigo de tela daban besos de despedida a los viajeros, que subían pronto, frotándose las manos, buscando el calor del interior del vehículo. Un hombre *negrucio* y desdentado me sonreía baboso, no quitaba ojo de la pulsera abrazada a mi tobillo izquierdo. Utrera ya era historia, el presente se llamaba Sevilla. ¿La guerra había terminado?, para mí no, todavía quedaban batallas que ganar o perder. En ellas yo estaría presente como guerrera comprometida con la República.

2

Destripando embarazadas

Caminaba erguido, recto, tieso. Mi espalda trazaba una línea perfecta con mi nuca y mis piernas. Yo, Rufino, inspector de policía, dos metros de delgadez cómodos dentro de mi traje nuevo azul marino y de mi abrigo gris marengo, observaba desde las alturas a la chusma que pasaba por mi lado. De vez en cuando miraba hacia abajo para contemplar mi corbata de seda color vino tinto. Sobre mi cabeza presumía un sombrero de fieltro al que me gustaba acariciar el ala. En mis labios se sostenía un pitillo humeante, confundido con mi aliento que se volvía blanco en aquella mañana de enero de 1940. Caminaba sabiendo que muchos ojos me miraban disimuladamente, pero yo, como despreciativo del resto de la humanidad, paseaba mi aparente tranquilidad por la Alameda de Hércules camino del cuartel de policía.

Lo primero que hice fue encender la radio, era el único inspector al que el comisario permitía disfrutar de un aparato en su despacho. Ya esperaba sobre la mesa un ejemplar del ABC, me gustaba ojearlo antes de calentar

motores. Otra vez aquellas paredes blancas desconchadas. El retrato enmarcado del Caudillo me miraba como diciéndome que yo representaba un orgullo para la raza. Aquellas dos sillas de confidente, pobres, de patas delgadas y respaldar incómodo que debía clavarse en la espalda de los interrogados como un puñal, me recordaban lo largo que se me iba a hacer el día. La máquina de escribir seguía dormida, el cenicero repleto hecho montaña de colillas de la jornada anterior. Otra vez el tintero, la percha, el fichero metálico. Saqué mi pistola Astra del bolsillo de mi pantalón, la puse sobre la mesa. ¿Otro día?, tal vez me iba a divertir porque tocaba destripar embarazadas. Cuando eso ocurría, solía volver a casa con material fresco y los nervios más templados.

El gordo del Germán abrió la puerta del despacho con energía y preguntó:

—¿Qué, dispuesto para la caza? —Sonreí mientras exhalaba una buena bocanada de humo, asentí con la cabeza.

—Pero hoy tú y yo solos, sin gorraplatos, me apetece divertirme un ratito —dijo el gordo.

—¡Eres un cerdo! —exclamé.

—Sí, soy un cerdo, ¡pero después bien que mojas tú también, cabrón! Así que cojo las llaves del coche y nos vamos.

En el interior del automóvil viajábamos solos los dos inspectores. El gordo conducía, en su repugnante sonrisa se adivinaba que debía estar imaginándose los buenos ratos que iba a disfrutar dentro de poco. Por el rabillo del ojo veía cómo sus labios gruesos se relamían impacientes. Seguro que su cuerpo obeso soñaba con roces agradables de hermosas tetas. Su calva, siempre sudada, hasta en invierno, reflejaba la luz de una mañana soleada y fría. La ventanilla permanecía abierta, mi boca disparaba chorros de humo. Un cigarrillo detrás de otro, apagarlo y vuelta a encender. ¿Cuántos me había fumado a esa hora?, diez o doce.

—Fumas como un carretero, ¡si te tuvieras que conformar con el tabaco del racionamiento te daba algo!
—comentó el gordo del Germán.

—Sí, pero afortunadamente no me falta, y además de calidad.

—Ya me podías regalar una cajetilla de esas que te envían desde el extranjero. ¡Lucky Strike!, ¡qué aroma tan delicioso e inconfundible! Me muero por fumarme uno de esos.

—De estos no vas a catar ni uno. Este lujo me lo guardo para mí solo. Te conformas con la mierda de tabaco de la cartilla —contesté con cierto regodeo.

—El cajón de detenidos por estraperlo lo tenemos bien repletito. ¿Verdad? —preguntó.

—Sí, tranquilo, no tendremos que llevar a nadie a comisaría, te lo vas a pasar bien.

—Lo malo del invierno es que nos cuesta más trincar a las frioleras. En verano es otra cosa, es muy fácil. Para acertar basta con ver quién lleva un abrigo puesto cuando hace tanto calor. Da gusto, en dos horas caen cuatro o cinco —dijo el gordo.

—Pero ahora es cuando aparecen las embarazadas, eso te gusta mucho.

El automóvil aparcó frente a la estación de trenes de Plaza de Armas. Cuando salimos del coche, los funcionarios del fielato nos miraban con una cara de mala leche que no podían disimular. Soltarían para sí mismos, sin que se oyeran, maldiciones varias: «¡Su puta madre!, el largo y el corto, el gordo y el flaco otra vez, y vienen solos, sin policías armadas». Germán no era bajo, pero a mi lado parecía un fardo de esos redondos que tan bien sabían empaquetar las embarazadas. Ese día solo nos beneficiaríamos nosotros, y encima chitón, a ver si tenían

cojones de protestar. Se les fueron al carajo las propinas y regalos que les hubieran hecho los pequeños estraperlistas.

En la estación, todo eran miradas de reojo con conversaciones disimuladas por lo bajo. El próximo tren en hacer su entrada era sagrado, venía de la parte de Extremadura cargado de mercancías de gran estraperlo, pero a ese no nos podíamos acercar ni los inspectores ni los funcionarios. Las órdenes venían de arriba, muy claritas y muy serias, como si no existiera el tren. ¡Qué cabrones, cuanto más ricos más ambicionaban! Cuando entrara el tren que venía de Córdoba empezaría la fiesta. Seguro que vendría atestado de pobres con familias muertas de hambre. Salían de la ciudad para comprar alimentos que después revendían. Todos sabíamos que los funcionarios hacían la vista gorda a cambio de propinas y regalos en forma de alimentos. Cuando irrumpíamos allí los inspectores de brigada urbana la cosa cambiaba, porque requisábamos y deteníamos a quien se nos metía por el ojo. Desde que en agosto de 1939 se implantara la cartilla de racionamiento a las familias, la gente se la jugaba con tal de no ver a sus hijos pasar hambre, pero a nosotros nos daba igual, íbamos a por ellos sin miramientos.

El tren paró. Frioleros, embarazadas y gordas saltaron al andén como chinches. Todas las mujeres eran voluminosas, ¡con el hambre que se pasaba! Llevaban amplios mantones negros sobre faldas anchas. Caminaban lo más rápidamente que le permitían los pesos que cargaban. Sin mirar a nadie, iban pensando que si no los paraba el funcionario del fielato, pues eso que se ahorran, y si lo hacían, un regalito y ya está. Una mujer guapita se sostenía la barriga e imitaba el andar de una preñada de ocho meses.

—¿Cuál te gusta? —pregunté a Germán.

—Esa, la del pelo rubito.

El gordo largó su placa de policía a medio metro de la cara de la mujer, la hizo parar en seco. La expresión de la tía era para verla, si no se había cagado en las bragas le faltaba poco.

—¡Policía! Señora, tiene usted que acompañarnos —dijo Germán.

La mujer ni siquiera preguntó por qué. En su mente ya se estaría imaginando a sus hijos esperándola durante horas con el estómago vacío. Escoltada a ambos lados, la metimos en la dependencia de la policía en la estación: una sala con una mesa, tres sillas, un perchero y un arcón.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Macarena —respondió escuetamente con una voz que casi no le salía del cuerpo.

—¡Venga, suelta lo que llevas!, ¡fuera el abrigo y te quitas el vestido! —exigió Germán.

Yo observaba sentado desde el borde de la mesa. Macarena comprendió que negar que llevaba mercancías era inútil, solo le podía servir para que le diéramos dos buenas bofetadas en su bonita cara.

—Traigo muy poco, es solo para dar de comer a mis hijos —respondió la mujer suplicante y llorosa—, tengo cinco, me están esperando, están solos, ¡por favor no me detengan!

—¡Bueno, ya estamos con los lloriqueos!, una mujer joven y guapa como tú cuenta con muchos recursos para ganarse la vida. Venga, primero me cuentas con quien venías en el tren y qué era lo que hacíais, después me vas soltando sobre la mesa lo que llevas —continuó Germán.

—Cuando el tren aminoraba la marcha porque ya solo quedaban unos kilómetros para entrar en la estación, yo me arreglaba bien el bolsón para disimular el embarazo: un litro de aceite, un kilo de arroz, otro de garbanzos, un pan de medio y un trozo pequeño de carne de cerdo que he encontrado a buen precio. Quería

venderlo para ganarme unas pesetas, porque la carne me la quitan de las manos en el estraperlo.

—¿Dónde lo vendes?

En el Altozano, en cualquier esquina de la calle Betis o en Puente y Pellón.

—Donde tardas en vender la carne lo que tus hijos en comerse un huevo frito —dijo Germán haciéndose el gracioso—. ¿Con quién venías?

—Con una mujer que no conozco de nada, de unos cuarenta y cinco años. Ella sabía muy bien dónde guardar la mercancía en el tren por si los inspectores subían en alguna estación. Tiene suerte de tener dos hijos de dieciocho y veinte, ellos la esperaban junto a las vías. Antes de que el tren entrara en la estación, la señora fue tirando varios paquetes por la ventana. Sus hijos corrían para recogerlos. Así es mucho más seguro, además se libra una de la comisión al funcionario. Mis hijos son muy pequeños, el mayor solo tiene nueve años, yo no puedo hacer lo de lanzar los paquetes por la ventana, pero sé que con un poco de arroz que les suelte a los de abastos ya me hacen la vista gorda.

—No sé si creerte en eso de que no conoces a la que iba contigo, no me pongas nervioso. Venga, te desnudas y pones aquí en la mesa la mercancía —dijo el gordo.

No nos estaba contando nada que no supiéramos, pero había que asustarla un poco para que tragara con facilidad. La mujer se quitó un abrigo marrón claro raído que tenía los codos agujereados y los bolsillos descosidos, se subió el vestido hasta la altura de los pechos, desamarró el fardo esférico que llevaba atado a la cintura. Cortamos el cordel, fuera los papeles de periódicos, pusimos la botella de aceite, el paquete de arroz, los garbanzos, el pan y el trozo de carne sobre la mesa. Y Germán:

—¡Coño, es verdad, llevas carne!, este trozo cuesta mucho en el estraperlo. ¡Te va a caer una buena!

Yo fumaba y observaba tranquilo, sin decir palabra. Macarena nos miraba con ojos aterrados, imagino que en su mente solo aparecían sus hijos. Inocente, hizo la pregunta que estábamos esperando:

—¿Habría alguna posibilidad de que no me detuvieran? El pequeño tiene solo un añito, menos mal que mi Antonio, el mayor, es muy apañado y sabe cuidar de sus hermanos. Si me meten en la cárcel, ¿qué va a ser de ellos?, ¿los llevarán a la casa cuna o al hospicio de San Luis? ¡Por Dios, me va a estallar la cabeza!

—Estamos obligados, tenemos que cumplir con nuestra obligación. Si te dejáramos ir sería para que tus

hijos no estuvieran solos, pero necesitamos una buena contraprestación por tu parte —dijo el gordo poniendo una cara muy seria.

—No me queda ningún dinero.

—Pero tienes otras cosas...

La mujer comprendió, bajó la cabeza. Ya sabía que no tenía otra salida. Me levanté, eché el pestillo de la estancia. Germán la desnudó con movimientos rápidos, excitados. Ella intentaba, sin fuerzas, taparse con brazos y manos. La sentó en la mesa, se quitó los pantalones y los calzonazos, abrió las piernas de la mujer, se puso a la faena. Yo me fumaba mi cigarrito y miraba cómo el gordo movía su culo rítmicamente, al principio más lento, después más rápido. ¡Cómo gemía el cerdo! Primero él, un trapo para que se limpiara el coño, luego me tocaba a mí. La tía no me miraba cuando le estaba dando, mantenía los brazos caídos, pero me daba igual. Cuando acabé, se volvió a limpiar, no dijo una palabra, se medio vistió apresurada y se marchó corriendo con la mente fijada en lo que acababa de ocurrir. El gordo empezó con los chistes, decía que si se quedaba preñada sabría muy bien de quien era el niño: si larguito mío, si gordito suyo. A lo peor la embarazábamos a la vez y salía el niño una mezcla

de los dos, ¡un monstruo! Y yo, mientras me abotonaba la camisa, venga a reírme imaginándomelo.

Estaba oscureciendo, el día había sido provechoso. Primero la embarazada, luego, ya más tranquilos, confiscamos a algunos estraperlistas conejos, gallinas, carnes, legumbres, panes. Intentaban pasarlo todo escondido bajo las faldas y en cestos de doble fondo.

Antes de pasar por la comisaría había que dejar buena parte del botín en casa de Germán y luego en la mía. En el parte de servicio solo aparecería lo poco que entregaríamos en el cuartel. Total, para que se lo llevara el comisario a su casa por la cara mejor se guardaba en la despensa de los que lo habíamos trabajado. ¡No te jodes!

Antes de dormir, me puse a escuchar la radio:

Ojos verdes,
verdes como la albahaca,
verdes como el trigo verde
y el verde, verde limón.

Exhalé la última bocanada de humo, apagué el cigarrillo, mi mujer y los niños ya estaban dormidos. Deseaba que al día siguiente entrara algo bueno para la brigada criminal,

porque hacer labores de la urbana no me apetecía, aunque tuviera el premio de una alacena llena y alguna otra cosilla que tampoco venía mal, que uno es un hombre, ¡coño! Cerré mis ojos verdes y me quedé dormido.

3

Una voz que envenena

Antonia llevaba dinero ahorrado, cada peseta que había caído en sus manos desde que era niña había sido guardada en una caja de cartón. Al llegar a Sevilla, se hospedó en una pensión cerca del convento de San Buenaventura. Lo primero era dejar de ser Antonia. ¿Cómo? Ella sabía que en el ayuntamiento trabajaba un tal Justino Fernández que por dinero falsificaba cédulas de identidad, fe de bautismos y libros de familia. Era quien le había arreglado los papeles a su hermana cuando dejó de llamarse José Manuel para pasar a constar como mujer y llamarse María Manuela, Mariela para todos. Aquello había ocurrido antes de la guerra, «ahora sabrá Dios si ese señor sigue vivo». Había que preguntarlo, aunque pudiera ser peligroso.

—¿Sabe usted si un señor llamado Justino Fernández sigue trabajando aquí?

Pues sí que seguía en el ayuntamiento. Se trataba de un camaleón que se adaptaba a cualquier color, sobre todo al del dinero. Había sobrevivido a los últimos cinco

apocalipsis sentado en su diminuto despacho. Antonia lo encontró detrás de dos columnas de carpetas polvorientas. Los cabellos, escasos y grasientos, se pegaban en su frente. El ojo izquierdo estaba cegado por una nube, el derecho intentaba enfocar el escote de la muchacha. Olía al sudor asentado que desprendía una camisa blanca perforada por cien pequeñas quemaduras causadas por el tabaco. «¡Por Dios, aquí no se puede respirar con tanto humo!».

—Dígame qué desea señorita.

Antonia permaneció callada, no supo qué decir, parecía tonta. El hombre, ya veterano, comprendió.

—Mil pesetas.

—¿Mil pesetas?! —A Antonia se le quedaron los ojos y la boca redondos.

«¡Pues si me tengo que quedar con una mano detrás y otra delante me quedo!».

Antonia asintió con la cabeza. Una semana después recogió en el mismo lugar su nueva cédula de identidad. En aquel momento se había convertido en Sonia del Mar Gutiérrez.

Sonia se sentía sola en una Sevilla endeudada para pagar los fastos de la exposición de 1929, con problemas de abastecimiento de agua, de vivienda y de paro. Le había

quedado muy poco dinero, sabía que solo podría encontrar un alquiler de veinte pesetas mensuales en algún corral de vecinos. Necesitaba trabajar. Le habían comentado que en la Alameda de Hércules existían locales en los que por la noche se tocaba flamenco, canción española y también algunos boleros y tangos.

En la Alameda, le indicaron un caserón donde vivía la propietaria de un corral de vecinos. Llamó a la campana de la cancela, abrió una señora muy bien vestida que la hizo pasar. Había tenido suerte, hacía muy poco se le había quedado una estancia libre. Si quería, podía verla. Mientras cruzaba la Alameda, aquel paseo le parecía que reflejaba claramente en lo que se había convertido España: en una acera se sucedían grandes caserones de propietarios de corrales de vecinos, en la otra se situaban los propios corrales donde las gentes pobres malvivían sus miserias. Entraron en el patio de vecinos, de planta rectangular. Desde abajo se apreciaban perfectamente los tres niveles con sus galerías: baja, primera y segunda, la barandilla y las macetas, muchas macetas pintadas de colores. Las mujeres salían de sus estancias y sonreían. La señora abrió la puerta con una llave que seleccionó entre un manojo de al menos cincuenta, entraron. Ante Sonia se apareció la pura desolación: una sola pieza con un jergón

que casi se movía solo impulsado por los piojos, una mesa desvencijada con dos sillas, un mueble aparador estrecho, suelo de losas de barro y paredes de cal muy desconchadas que lucían más negras que blancas. El corral incluía la ventaja, porque los cortes de agua en Sevilla eran diarios, de contar con un pozo justo en el centro del patio. Al menos no le faltaría el agua, aunque tuviera que acarrear cubos. No se podía permitir en aquel momento nada mejor, pensaba que en cuanto comenzara a cantar en alguna taberna podría salir de allí. «De acuerdo, me quedo, pero esto no va a durar mucho», se prometía a sí misma. Lo primero que plantó sobre la mesa fue la radio, después bajó a la droguería a comprar DDT para desinfectar la cama. «¿Dónde pongo la ropa y la maleta?, ¡ya me las arreglaré!».

Por la tarde, se compuso para visitar algunas tabernas de la zona lo más arregladita y peinada que pudo, pero solo estaban interesadas en el flamenco. Al día siguiente visitó la taberna El Duende. Sí, flamenco, pero también canción española y sudamericana. Una señora que limpiaba le dijo a Sonia que se esperara porque el dueño estaba a punto de llegar. Tranquila, sentada, observaba y olfateaba el local. Olía igual que el aliento de

un borracho. Un poco más allá, un sillero arreglaba varias sillas de anea que estaban desculadas.

Cuando llegó el dueño no puso mucho interés, aunque no le importaba oírla porque a Serafín, el cantante de copla, no le hacía mucha gracia cantar boleros ni cosas de esas.

—¡Venga niña, canta lo que quieras!

Sonia se arrancó con un tango llamado *Malena*, con esa misma voz que agolpaba gente bajo su ventana allá en Utrera.

Malena canta el tango como ninguna
y en cada verso pone su corazón.
Arrullo del suburbio su voz perfuma,
Malena tiene pena de bandoneón.

Los oídos del dueño del local no creían lo que estaban oyendo. No podía ser, aquella voz potente, clara, afinada y dulce como un pastel de chocolate le estaba solicitando trabajar en su humilde taberna.

Tal vez allá en la infancia su voz de alondra
tomó ese tono triste de la canción
o acaso aquel romance que solo nombra

cuando se pone triste con el alcohol.
Malena canta el tango con voz de sombra
Malena tiene pena de bandoneón.

Seguía elevando su voz al cielo del barrio, el nombre Malena le recordaba el de Mariela, el dolor de su muerte, su propia pena. Del interior de la taberna surgían empleados atraídos por el son único de su voz: Paco el de la guitarra, Mariano el cantaor, Rodolfo el del piano, Serafín el de la copla, bailaoras, palmeros y dos camareros. Los que serían sus compañeros desde aquella misma tarde.

Tu canción tiene el frío del último encuentro,
tu canción se hace amarga en la sal del recuerdo.

Yo no sé si tu voz es la flor de una pena,
solo sé que al rumor de tus tangos, Malena,
te siento más buena, más buena que yo.

El local no estaba abierto, lo estaban limpiando, pero desde la Alameda comenzaron a aparecer vecinos encantados por esa garganta de Hamelin que, según se decían unos a otros, ponía los bellos de punta.

Tus tangos son criaturas abandonadas
que cruzan sobre el barro del callejón
cuando todas las puertas están cerradas
y ladran los fantasmas de la canción.
Malena canta el tango con voz quebrada,
Malena tiene pena de bandoneón.

«¿Comenzar esa misma noche?, ¿que si cinco pesetas por velada? ¡Encantada!». Lo malo, le comentó el dueño, era que muchos días se iba la luz, pero para eso estaban las velas. «Pues si tiene que ser con velas encendidas, adelante».

—¿Cómo te llamas? —le preguntaron.

Por primera vez surgió de su boca ese nombre soñado en ilusionados e imaginarios juegos junto a su hermana:

—Sonia del Mar. —Su verdadero nombre, Antonia, quedó enterrado para siempre.

Con su vestido barato, su peinado ondulado en grandes bucles, sus curvas de mujer atractiva, sus enormes ojos castaños, sus pestañas largas, su boina y su pulsera en el tobillo, volvió a cantar aquella noche el tango *Malena* para veinte hombres que en sus mesas saboreaban sus anisados, sus copas de brandy o sus vasos

de vino. Rodolfo la acompañaba al piano. El alcohol no estaba racionado, las cirrosis para olvidar el hambre hacían estragos en los hígados de aquellos hombres que la escuchaban embelesados.

De vuelta al corral de vecinos, emocionada, seguía cantando por lo bajo para sí misma. Había tardado en encontrar trabajo un solo día. La ciudad, con su escasez de luces, parecía un escenario perfecto para que asomaran fantasmas o diablos detrás de cualquier esquina. Solo se escuchaba el eco de sus tacones. Miraba a las estrellas, sonreía a la oscuridad, sentía ganas de bailar.

Habían transcurrido unos meses desde su llegada a Sevilla. La taberna El Duende se colmaba día tras días de caballeros acomodados que asistían para escuchar a Sonia desde la tranquilidad de sus estómagos satisfechos. Todas las noches se llevaba a casa sus buenas propinas, pero la escasez de su cartilla de racionamiento, de tercera categoría y de mujer, solo alcanzaba para algunos escasos alimentos de baja calidad que carecían de valor nutritivo: ciento cincuenta gramos de pan a la semana y algo de garbanzos, boniatos, patatas, bacalao. El jabón también estaba racionado. Comenzaba a pasar hambre. Por la mañana, aliviaba la miseria leyendo una y otra vez la

novela que había escrito su hermana y que había terminado un poco antes de morir. Recordaba que la casera, cuando fue a recoger las pertenencias de Mariela, le había contado que ella misma vio cómo de un camión bajaron unos falangistas mandados por un mando que era pelirrojo, que al cabo de un buen rato se la llevaron desnuda, montada en el camión, casi rapada. Ella sangraba e intentaba taparse el pene y los testículos con ambas manos mientras le gritaban maricón una y otra vez. En la novela, basada en un caso real, Mariela narraba cómo un falangista pelirrojo llamado Félix había asesinado al librero Eugenio Valdeluna, e incluso se daba noticia del lugar donde el criminal trabajaba: una droguería de la Cuesta del Rosario.

Corría el mes de abril. Con los primeros dineros ganados, Sonia se había teñido de rubio platino y se había hecho la permanente con grandes ondas al agua. Cargó un cubo de agua, lo calentó en la hornilla, se aseó en una palangana con el poco jabón racionado que le quedaba. Labios pintados de rojo base intenso, pestañas negras, cejas arqueadas con la ayuda de unas pinzas para agrandar la mirada, un poquito de aroma de azahar. Se pintó las piernas con agua de café para simular las medias, con un perfilador dibujó la costura trasera. Era

casi imposible encontrar medias, debido a la guerra mundial toda la producción de seda y nylon se destinaba a la fabricación de paracaídas. Se puso un vestido, no demasiado desgastado, ceñido con un cinturón. Encima el abrigo, ya un poquito pasado. No llevaba la pulsera en el tobillo ni la boina. De mañana se fue, esquivando las miradas de los hombres, a buscar a Félix a la droguería. Lo vio desde fuera a través de los cristales. Esperó a que no hubiera nadie en el establecimiento, entró cuando el droguero se quedó solo. Era un hombre bastante atractivo. Ella sabía, por la novela, que era muy mujeriego. A la primera mirada insinuadora, a su primera sonrisa, al primer coqueteo, cayó en la red hipnotizado por su propia lujuria.

4

Caso abierto

Se me había pegado la canción que sonaba en la radio mientras me afeitaba. La interpretaba Paquita Robles, la Pitusilla, decía así:

Yo te daré,
te daré niña hermosa,
te daré una cosa.
Una cosa que yo solo sé.
¡Café!

Decían por ahí que Shostakovich copió la música para componer su vals número dos, que se la escuchó cantar a los niños españoles enviados a Rusia durante la guerra. Yo pensaba que aquello no era más que un chauvinismo más de aquel nacionalismo fanático de la recién estrenada España de Franco. Al principio sí sonaban igual el vals y la canción, pero después no me parecía a mí que aquello fuera un plagio. Hubiera dado mi vida por el régimen, pero algunas tonterías no las entendía yo muy bien.

Un nuevo día. Tenía que hacer un informe, después a ver si le podía echar una mano a los de la brigada urbana. Estaba ya un poco harto de estraperlistas y mendigos, aunque follarme a alguna piojosa de vez en cuando no venía mal. Con los de la urbana no tenía problemas, pero con los de la político social no había manera, esos no te daban ni las migajas. El trincar rojos, maricones, sospechosos y desafectos del régimen para enviarlos a la cárcel se lo guardaban para ellos solitos. ¡Con lo que me hubiera gustado a mí!

—Rufino, que te llama el comisario —dijo una voz que acababa de abrir la puerta de mi despacho.

«Pues a ver qué quiere el jefe».

—¿Me ha llamado usted, señor comisario?

Un despacho más grande que el mío y unas sillas más cómodas, ¡cuestión de jerarquía! Allí estaba yo esperando que el bigotazo de aquel hombre cincuentón comenzara a hablar.

—Dame un cigarro de esos que te envían desde el extranjero.

Me daba mucho por culo, pero al bigotes no le podía negar el tabaco. La atmósfera navegaba como nube blanca de humo, sobre el cenicero los dos cigarrillos

rivalizaban por ver cuál se consumiría antes, seguro que ganaba el mío. Habló el comisario:

—En la tarde de ayer ha aparecido muerto en su droguería un falangista llamado Félix Luque Gorostiza. Se le ha practicado la autopsia. Al parecer, ha sido envenenado con cicuta. No hace falta que te diga que tenemos que dar con el asesino y que si no lo hacemos nos cortan las pelotas. Por esto tiene que pagar alguien, sea culpable o no, pero, antes de mandar a cualquier desgraciado a garrote, mejor busquemos al hijoputa que lo ha hecho. ¿No te parece?

—¡Joder!, ¡un falangista!, ¡buena la tenemos liada! Imagino que me está dando a entender que quiere que me ocupe yo del caso.

—Sí, que te ayude Germán, pero la voz cantante la llevas tú, no me fio de él. Quiero que detengamos al verdadero culpable, que friamos al auténtico. Eso nos va a dar prestigio. Para entregar a uno cualquiera siempre hay tiempo. Germán es demasiado rapidito, le importan tres leches que el detenido sea culpable o no. Como siempre, alguien pagará, pero están muy interesados en que esta vez sea el asesino. Tenemos que trincarlo o nos dan de hostias hasta *jartarnos*. No tengo que repetirme más, ¿verdad?, ¿lo he dejado claro? Te pones

inmediatamente a trabajar. El forense ya sabe que vas a ir a hablar hoy con él.

Antes de salir me pidió otro cigarro.

¡Por fin un caso criminal! Salí a la calle cantando en mi interior. El sol de abril se encontraba en el mediodía. El Anatómico no estaba lejos de la Alameda, mejor me iba caminando. Mis dos metros lineales de altura, traje de primavera, corbata, sombrero, mi cara picada de viruelas y mis ojos verdes brillantes de ilusión, echaron a andar.

«¡Cómo huele aquí a formol!». Nos sentamos en un poyete alicatado de azulejos blancos que se encontraba pegado a la pared de una sala alicatada de azulejos blancos en un edificio todo alicatado de azulejos blancos. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, aunque por los amplios ventanales penetraban la luz y el calor de aquel día radiante. El forense:

—He analizado líquido extraído del estómago y de los intestinos del fallecido, he encontrado concentraciones de alcaloides derivados de la piperidina, muy tóxicos, suficientes para matar a una persona. El olor en la orina también lo delataba. Estos alcaloides se encuentran en la cicuta. Alteran el funcionamiento del sistema nervioso central. La ingestión de dosis pequeñas puede provocar

colapso respiratorio y muerte. Comencé a sospechar cuando comprobé que, antes de morir, esta persona había sufrido una parálisis muscular ascendente que alcanzó a los músculos respiratorios. El óbito se produjo por falta de oxígeno al corazón y al cerebro.

—Conozco bien el proceso: el veneno se extrae de las semillas de la planta. Se machacan en un mortero dichas semillas, se le añade agua caliente, se deja enfriar y reposar, se filtra y ya tenemos el elixir de la muerte — comenté.

—Sin duda este señor ingirió el líquido, no sé si para suicidarse, por error o ha sido asesinado.

—¿Cabe entonces la posibilidad de suicidio?

—Sí. Tengo entendido que era droguero, sin duda conocía los efectos de esta planta.

—¿Sería posible el error?

—Muy difícil. A veces las hojas de la cicuta se confunden con las del perejil, las de las zanahorias o las del anís. También puede ocurrir el envenenamiento tras la ingestión de animales que hayan comido la planta: cerdos, vacas, conejos. Pero ya le digo que en esta ocasión ha sido por medio del preparado. También se utiliza la cicuta para calmar dolores, pero en pomadas de uso

tópico. O suicidio o asesinato, el error es mucho más difícil.

—Pero, tengo entendido que el olor es fétido. En caso de haber sido asesinado, no entiendo cómo no se dio cuenta por el olfato.

—Cierto que el olor es muy desagradable, no obstante se puede camuflar con azúcar, café, cacao, miel —aclaró el forense.

—Sigo con el supuesto del asesinato. La persona que lo haya cometido debe tener acceso a esta planta de la cicuta. Imagino que será difícil de conseguir.

—Pues imagina mal, porque se encuentra muy cerca de nosotros: en las orillas de los arroyos, en zanjas, en cunetas. Usted, sin duda alguna, las ha visto. Tienen un fruto verde muy pequeño, las semillas son de color negro, las hojas parecidas a las del perejil, las florecitas son blancas y se presentan en racimos. Toda la planta huele muy mal.

—Repítame los síntomas que puede padecer una persona que haya ingerido el veneno.

—¡Oh!, muchos: trastornos digestivos, vértigos, cefaleas, parestesias, descenso de temperatura corporal, reducción de la fuerza muscular, parálisis ascendente,

convulsiones, destrucción muscular, asfixia y, finalmente, la muerte.

Me costaba trabajo tragar saliva y me temblaba la mano. Acabé de apuntar en la libreta los síntomas. ¡Pues estamos bien! Resulta que no estaba claro que hubiera sido asesinado, también podía tratarse de un suicidio. Sea lo que fuere, había que investigar. Lo más lógico era empezar por la viuda. Lo primero que se estudia en el manual de criminología es preguntarse, ante un asesinato, quién se beneficia de la muerte, si tenía enemigos, si alguien lo odiaba, aventuras amorosas. ¡Vamos allá!

La noticia de la muerte del falangista ya había saltado a las páginas de sucesos de los periódicos, se había convertido en conversación favorita en las tabernas y en los corrillos de viejos y jóvenes que se calentaban al sol. Para los mandamases no cabía la posibilidad del suicidio.

Acudí a una casa sevillana, muy cerca de la Alfalfa. Había transcurrido una semana. No me parecía bien comenzar a entrevistar a Carmela hasta que no hubiera enterrado a su marido. La mujer no puso inconveniente, expresó en todo momento su deseo de colaborar con la policía. Vestida de negro, peinada con moño, delgadita y guapa, comenzó a hablar sin parar como si quisiera

desahogarse y vomitar desde su interior toda esa bilis que tanto daño le hacía:

—Como ustedes saben, mi marido se llamaba Félix Luque Gorostiza, pero todo el mundo le llamaba «*Colorao*» porque era muy pelirrojo. Trabajaba en la droguería de su padre en la Cuesta del Rosario. Se afilió a Falange casi al principio de la fundación del partido. Pasamos ocho años de novios, ahora llevábamos dos de casados. Tenemos un niño de un año.

—Un noviazgo muy largo —observé.

—Tuvimos que aplazar la boda hasta en tres ocasiones.

—¿Puedo preguntarle el porqué?

—Mi marido era un hombre muy atractivo, le gustaban las mujeres demasiado.

—¡Entiendo!

—Además, hace cuatro años, estuvo encarcelado acusado de la muerte de un librero. Tal vez usted se acuerde de Eugenio Valdeluna y del escándalo que se levantó cuando en la autopsia se descubrió que, en realidad, era una mujer. Félix se declaró culpable. Estaba a la espera de juicio, pero gracias al glorioso golpe de Estado fue liberado de la cárcel de Ranilla por sus compañeros falangistas el 20 de julio de 1936.

Inmediatamente, se incorporó a los sublevados realizando el servicio de detención de personas no afectas al levantamiento. Después marchó voluntario al frente de Peñarroya.

Recordé que yo también combatí en ese frente y lo mal que lo pasé. Proseguí:

—¿Apresó a muchas personas durante aquellos días del levantamiento?

—Sí, su grupo fue muy activo, calculo que unos cien rojos aproximadamente.

—¿Notaba usted a su marido en sus últimos días triste, lloroso, deprimido?

—¡En absoluto! Era un hombre muy feliz, más después de la victoria en la Guerra Civil. Estaba encantado con su familia y loco con su niño.

—¿Sabe si podía existir otra mujer en su vida?

—Desde que nos casamos, que yo sepa, no volvió a engañarme, y mire que yo me ando con ochenta ojos.

—¿Es usted celosa?

—Lo normal en una mujer, pero créame, mi marido, de novios, me dio más de una razón para serlo.

—¿Tenía Félix contratado algún seguro de vida?

—Sí, ahora estoy intentando tramitar el pago, aunque después del informe del forense está todo parado.

—¿Le importaría contarme qué ocurrió el día de su muerte?

—Se fue muy contento al trabajo. Como todos los días, estaba esperándolo para cenar. Yo sabía que iba a llegar más tarde porque me había comentado que debía quedarse a ordenar algunas mercancías que se habían recibido. A las doce de la noche comencé a asustarme porque no llegaba, a las dos de la madrugada fui a la droguería. Estaba cerrada, llamé a la puerta, pero nadie contestaba, se encontraba todo muy oscuro. Al día siguiente, vinieron algunas vecinas a avisarme de que la droguería no se había abierto. Ya comenzaba a imaginar que había pasado la noche en la cama de otra mujer. Lo estuve esperando hasta las siete de la tarde, hora en la que informé a sus compañeros falangistas. La policía forzó la puerta de la droguería, pudieron entrar, encontraron su cadáver tirado en el suelo de la trastienda. Me han dicho que estaba muy azul, parece que murió asfixiado. Por cierto, la llave de la puerta trasera no ha sido encontrada.

—¿Alguien más tiene llaves de la droguería?

—No, él para esas cosas era muy suyo, solo había una copia, la llevaba siempre consigo.

—Ya no la molesto más, le doy las gracias por atenderme y mi más sentido pésame.

¡Vaya gazpacho! Podía haberse suicidado o haber ingerido el veneno por error, pero ni una cosa ni la otra parecían probables. Cientos de familias lo odiaban, incluso había cometido algún asesinato. Simplemente por ser falangista podía ser blanco de enemigos que aún se resistían a aceptar que la guerra había terminado. Los líos de faldas no faltaban, podía haber cometido el crimen alguna mujer despechada o incluso la suya propia por celos. Y a todo eso le teníamos que añadir que su esposa se beneficiaba monetariamente de su muerte. En la trastienda donde lo encontraron no había aparecido nada extraño, ninguna taza, ni botella. Nada. ¡A ver quién es el guapo que desmaraña este lío! Lo malo era que exigían resultados inmediatos, pero no al típico indigente, maricón, rojo o desgraciado de costumbre que pasara por allí, sino al verdadero culpable, que eso ya me lo repitió el comisario varias veces. Sentía la necesidad de encender un cigarro.

5

El ángel de los pobres

Cuando entré por primera vez en la única pieza que componía mi morada en el corral de vecinos, tenía muy claro que no iba a permanecer mucho tiempo habitando aquel cuartucho. En mi imaginaria bola de cristal del futuro, me veía ganando el suficiente dinero que me permitiera mudarme a una casa limpia, de varias piezas, con retrete y aseo propio, cocina y agua corriente. Gracias a mi trabajo en la taberna El Duende, comenzaba a ser conocida en Sevilla: «Sonia del Mar, la de la pulsera en el tobillo». Noche tras noche se abarrotaba el local de caballeros cada vez más pudientes. Se entusiasmaban con mi voz e imaginaban mis curvas debajo del vestido negro. Desde el pequeño escenario de tablas polvorientas veía sus ojos brillantes de alcohol, sus líquidas sonrisas puestas en mi escote e incluso podía oler el intenso tufo a aguardiente que exhalaban sus bocas. Ganaba cinco pesetas diarias y casi el doble en propinas.

Estaba pensando en mudarme a una casa, me lo podía permitir. Me gustaba el barrio de San Juan de la

Palma, no muy lejos de la Alameda, en una zona mejor. Cuando paseaba por esas calles, entre naranjos recién florecidos, sentía que sus casas de dos plantas y azotea me saludaban al pasar, que sus balcones atestados de geranios me invitaban a hacerles una visita. Lo estaba cavilando, podía, ¿por qué no acababa de dar el paso? Un día por otro, un día por otro y ya estábamos en verano.

Al día siguiente de comenzar a vivir en el corral, conocí a Macarena. Yo vivía en el número uno de la galería de la primera planta, Macarena en el tres. Azulejos de cerámica de Triana pegados junto a la puerta a la altura de los ojos así me lo recordaban. Habíamos coincidido en el pozo para sacar agua, en la cocina a la hora de hervir unos pocos garbanzos sin sustancia e incluso en el retrete cuando el pipí, u otra cosa, ya no se podían aguantar más. Nos caímos bien desde el principio y comenzamos a ser amigas.

Macarena tenía el pelo trigueño, tirando a rubita. Nadie le dijo nunca que era rubia, rubita, que no es lo mismo. Era una mujer delgada, pero no canija ni huesuda, sino de bonitas formas. Sus ojos recordaban el color de la avellana, su voz acariciaba con una suave ronquera que acunaba los oídos como susurros de paz y tranquilidad. Decían algunos hombres del patio que su voz, su leve

sonrisa que de vez en cuando se convertía en risa apagada y ronca, su olor a lavanda y sus gráciles movimientos femeninos, hacían de Macarena una mujer muy sensual. Decían eso, pero con unas palabras que desgarraban el diccionario y el buen gusto.

En 1930 se casó con un cargador del puerto, anarquista afiliado a la CNT. Cada año un niño: en 1931 su Antonio, después vinieron su Andrés, su Macarena, su Miguel y su Manolo. El 18 de julio de 1936, el cargador acudió a defender la barricada de San Marcos, fue apresado, recluso en la prisión de Los Jesuitas y fusilado el 31 de julio. Macarena se quedó sola, con cinco bocas infantiles que alimentar. Al acabar la guerra, sin recursos, tuvo que recurrir al estraperlo para ganar el dinero suficiente con el que comprar alimentos de la cartilla de racionamiento. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que sus hijos no pasaran hambre. En el mes de enero había sufrido abusos por parte de dos inspectores de policía. Había vomitado de asco, se había sentido agredida, pero había aprendido que sería capaz de soportar cualquier humillación con tal de sacar adelante a sus hijos. Un mes después de conocerla, una tarde que me había dejado a los niños, metió a un hombre en su cama. Aquella fue la primera vez que cobró dinero por entregar su cuerpo.

Prefería el puterío al peligro de ser encarcelada por estraperlo. Así, al menos, sabía que por la noche dormiría con sus hijos, que no los abandonaría.

En el número cuatro de la galería vivía un matrimonio: Gonzalo y Lola, más sus siete hijos. Dos camas de literas en las que dormían de dos en dos, y otra de matrimonio ocupaban casi toda la pieza en la que moraban. Un tablón sobre dos caballetes que montaban y desmontaban todos los almuerzos y cenas constituía su bien máspreciado. Un mueblecito donde guardaban cubiertos, platos y vasos lucía como único adorno. No hacían falta armarios, solo disponían de la ropa puesta, su gran lujo semanal consistía en una muda de ropa interior que cambiaban los domingos después del aseo en el baño de zinc. El primero disfrutaba del agua limpia y caliente, el último la tenía que sufrir sucia y fría. Cada semana explotaba una batalla cruenta por el baño a la que Lola ponía fin a base de zapatillazos, donde cogiera, a diestro y siniestro. Gonzalo estaba empleado en una fábrica de corcho, ganaba tan poco que casi no podía comprar los alimentos racionados, pero era un hombre tan obediente, pusilánime y miedoso que jamás se saltó una norma. Antes vería a sus hijos hambrientos que cometer una falta. Lola era mujer más brava, pero Gonzalo le prohibía que

hiciera nada que estuviera fuera de la ley. «¡Pobres pero limpios y honrados!».

En el número cinco vivía Pastora, una mujer de cuarenta y cinco años. Siempre vestía con el hábito del Gran Poder y olía a pipí. Había pasado en pocos años de republicana comunista a beata de misa, comunión diaria, confesión semanal y limpieza de la iglesia. De vez en cuando aparecía el párroco por el corral de vecinos para tomar un cafelito con ella. El cura aprovechaba para poner la oreja y enterarse de si fulanito o menganita cometían actos contra la decencia y se apartaban del «recto camino que Dios nos ilumina con su infinita bondad y sabiduría». Pastora le daba cuentas puntuales de lo que pasaba en el vecindario para que el párroco pasara por algunas casas y tirara de la oreja a alguna oveja descarriada. El hermano de Pastora había muerto defendiendo en el Altozano la entrada de los fascistas a Triana. Su cuerpo quedó tirado durante cuatro días, descomponiéndose sobre los adoquines de la plaza bajo los cuarenta grados del agosto sevillano. Al acabar la guerra, Pastora, asustada, intentaba demostrar casi obsesivamente su entusiasta religiosidad y su absoluta adhesión al Caudillo.

¿Cómo sabía yo todo eso? Muy fácil: en el patio no había secretos, lo conocíamos todo de todos. Me contaban,

sin pudor, hasta si habían tenido revolcón con los maridos por la noche. Todas sus vidas habían desfilado por mis oídos cuando solo llevaba allí dos semanas. El patio bullía como una de esas familias enormes de incontables miembros. Se sabía todo al instante. En el lavadero me enseñaban, sin reparo, calzones y bragas manchadas mientras relataban airadas el enfado que tenían con el correspondiente dueño o propietaria de la prenda. «¡Mira los palominos!, ¿tú crees que esto puede ser?».

En el número dos, justo la estancia que tocaba pared con pared con la mía, vivía un médico al que solo había dado los buenos días dos veces al cruzarme con él en la galería. Al parecer, era un hombre que no salía casi nunca. Una mañana del mes de agosto, amanecí con un fuerte dolor de cabeza, la garganta también me dolía. Había pasado la noche muy inquieta y molesta. Sin fuerzas, avisé a Macarena para que me hiciera el café y para pedirle que se acercara a la taberna El Duende para comunicar que estaba muy enferma. Muy posiblemente aquella noche no podría ir a cantar. Cuando Macarena me vio, me tomó del brazo para llevarme a la cama, antes de llegar a mi estancia llamó con los nudillos a la puerta del número dos.

—¿Qué haces? —pregunté.

—¿Qué hago?, estás muy malita hija, y te va a ver don Ángel ahora.

—Pero, ¿cuánto cobra el médico?

—Él no cobra, la voluntad, alguna peseta si tienes y si no un puñadito de garbanzos o de arroz o un vasito de aceite. Lo que puedas, si no tienes nada, pues nada, no te lo va a pedir.

Abrió la puerta un hombre de unos cuarenta años, de estatura mediana, delgado, gafas finas, pantalón gris, camisa blanca. Desde fuera ya se olfateaba un olor peculiar, como a farmacia o a formol. Ángel nos hizo pasar, me sentó en una silla. La estancia constaba de una cama y una mesa de despacho pequeña de madera con tapete verde de piel, que serviría al médico tanto para atender a los pacientes como para almorzar o cenar, porque era la única que tenía. Todo lo demás en la estancia eran mesitas metálicas bajas repletas de utensilios y artefactos plateados y brillantes. Me pidió que me abriera un poco la camisa porque me iba a auscultar, ahora la espalda, que abriera la boca y dijera aaah.

—Tiene usted mucha fiebre, ha cogido una buena amigdalitis —dijo Ángel.

El hombre se sentó, sobre la mesa de despacho comenzó a escribir con su pluma a la vez que recitaba en voz alta lo que estaba garabateando sobre el papel:

—Se va a aplicar fomentos calientes en la garganta tres veces por día y una compresa calentadora todas las noches. Cada hora va a hacer gárgaras calientes con una solución de ácido fénico dos gramos y medio, bicarbonato sódico doce gramos, borato sódico doce gramos, glicerina veinte gramos y media cucharadita de sal. Debe dar toques a las amígdalas una vez al día con Argirol al veinte por ciento. Tome también un laxante y mantenga dieta líquida durante dos o tres días. Debe beber agua y zumos de fruta en abundancia, preferiblemente calientes. En caso de que se formen abscesos tendremos que abrirlos con el bisturí. Para la fiebre dese friegas con un paño mojado en agua tibia o en alcohol de romero.

—¿Y de dónde saco yo carne de gallina para hacer un caldo, o frutas para los zumos? —pregunté.

—Si tiene dinero tendrá que acudir al estraperlo. Si no, tendrá que conformarse con agua bien azucarada en la que debe diluir una cucharada de bicarbonato y el zumo de un limón.

Aquella tarde, Macarena acudió a la calle Puente y Pellón. Al volver me contó que no tardó en encontrar a

una friolera, bien tapadita y gorda, parada en una esquina, en la solana, al fuego de la tarde de verano. Las gotas de sudor resbalaban desde su frente hasta la punta de la nariz, colgaban, temblaban y caían al suelo. Llevaba algo de fruta, nada de carne, pero le dijo que la Carmen, una que se había puesto en la Plaza del Pan, tenía una gallina. Gastó la mitad de mis ahorros en la fruta y la carne. El ácido fénico, el Argidol, el borato sódico y la vaselina los encontró sin problema alguno en la farmacia de La Campana.

Hice un caldito muy rico y sustancioso, la carne hervida se la regalé a Macarena para sus niños. Aquella noche saltaron de alegría sobre sus camas, con gran festejo y griterío, porque iban a cenar un poco de gallina. De fruta trajo dos peras, cuatro melocotones y dos nectarinas. Con el pasapurés pude sacarles el jugo, pero el resto no lo tiré, me lo tomé en forma de papilla, que el hambre apretaba más que las amígdalas.

Una semana duraron las fiebres. Todos los días, Ángel me hacía una visita para comprobar cómo evolucionaba. Se asomaba a mi boca abierta para ver si las amígdalas iban sanando poco a poco, después caía preso de las preguntas que yo le hacía. Siempre fui muy cotilla, en eso me parecía a mi hermana Mariela, quería

enterarme de todo. Y el hombre, que bien que se le notaba que empezaba a sentir un silencioso y tímido tilín por mí, me contó su historia. Siendo tan introvertido como era, se sorprendió a sí mismo porque no paró de hablar en toda la mañana espoleado por las sonrisas coquetonas que mi menda le regalaba. ¡Las cosas del querer!

—Yo ejercía de médico en Guillena, una labor que duraba ya más de diez años. Durante ese tiempo me entregué por completo a mi profesión y a mis enfermos. Nunca dije un no, si alguien me necesitaba acudía, aunque tuviera que salir de casa de noche y cayeran rayos. Si la persona no podía pagar no le cobraba. Me sentía reconocido, querido por el pueblo. En Navidad, mi casa parecía un almacén de alimentos en el que los pavos se picoteaban unos a otros entre jamones, sacos de alubias y barricas de arenques. Todo el pueblo me traía regalos, hasta el más pobre procuraba reunir para mí un puñado de castañas o bellotas.

»Estaba afiliado al Partido Socialista, de hecho estuve a punto de presentarme a alcalde, pero desistí porque lo mío es la medicina y no la política. Cuando estalló la guerra fui detenido junto a otras veinte personas de izquierda. Nos trasladaron en un camión a Sevilla, donde nos encarcelaron. No estuve preso ni cinco horas,

porque el cura del pueblo, don Juan Manuel, y el jefe de Falange de Guillena se presentaron ante la autoridad militar para firmar una declaración jurada en la que se daba cuenta de todos los servicios que yo había prestado al pueblo y se certificaba que, aunque socialista, era un hombre de bien que podía ser reconducido hacia la causa nacional. Me pusieron en libertad y volví a Guillena. Evité la muerte.

»Pensé que estaba a salvo, pero solo lo estaba mi integridad física. Procediendo con la ley de responsabilidades políticas, fue embargada mi casa en el pueblo con todos sus muebles. También el poco dinero que tenía ahorrado. El Colegio de Médicos de Sevilla me abrió un expediente de depuración. Estoy a la espera del proceso, por ahora pesa sobre mí una inhabilitación para ejercer la medicina. Todo apunta a que será perpetua. O el destierro o decir adiós a la medicina, es lo que me espera. Me vine de Guillena, donde todo el mundo me conocía, sin nada. Mientras se resuelve el expediente, malvivo con lo poco que la gente pobre me puede pagar por el servicio médico que les presto. Me expongo con cada enfermo que trato, pero no puedo dejar de hacerlo, es más fuerte el deseo de auxilio a los demás que el miedo.

Pues sí, en aquel corral todo el mundo me empapaba de su vida, hasta el más serio y callado. Pagué al médico por sus servicios cinco pesetas. Desde aquel día, lo invitaba a café todas las tardes. Pero café café, ¡riquísimo!, no el sucedáneo de achicoria al que solo podía alcanzar el bolsillo de los más pobres. Lo preparaba y lo llevaba a casa de Ángel, solo una puerta más allá en la galería. Entre sorbo y sorbo disfrutaba con la conversación sobre ganglios o infecciones, la única que el cuajo y la timidez de aquel hombre sabían mantener. Yo admiraba su historia y la labor que ejercía. Comenzaba a sentir algo por él, pero no tenía claro si aquella emoción era amor, agradecimiento o admiración.

Después del cafelito de la tarde, me preparaba y me marchaba a trabajar a la taberna. En aquella época cantaba el tango *Melodías de arrabal*, dedicándoselo desde el interior de mi alma, quizá de una manera inconsciente, a mis queridos vecinos del corral:

¡Barrio, barrio!,
que *tenés* el alma inquieta
de un gorrión sentimental.
Penas ruego,
es todo el barrio malevo
melodía de arrabal.

Viejo barrio,
perdoná si al evocarte
se me planta un lagrimón,
que al rodar en tu *empedrao*
es un beso *prolongao*
que te da mi corazón.

Quería mudarme de casa, me lo podía permitir. Pero eso
ya lo dejaría para el otoño, que en aquel agosto hacía
mucha calor.

6

Apuntando en una libreta

Rufino, sentado en su silla, mantenía las piernas estiradas con los pies cruzados encima de la mesa. Miraba al techo, lanzaba bocanadas de humo, cavilaba. El brazo izquierdo sobre el estómago, el derecho caía pesado, el cigarrillo entre sus dedos índice y corazón, apuntando al suelo. Se sentía perdido. En la radio sonaba un tango llamado *Yira, yira*:

La indiferencia del mundo
que es sordo y es mudo
recién sentirás.
Verás que todo es mentira,
verás que nada es amor,
que al mundo nada le importa.
¡Yira!... ¡Yira!...
Aunque te quiebre la vida,
aunque te muerda un dolor,
no esperes nunca una ayuda,
ni una mano, ni un favor.

No había encontrado ningún indicio que le hiciera pensar que la esposa de Félix, el falangista envenenado, tuviera algo que ver con su muerte. Había entrevistado a los padres y a los hermanos del finado, ninguno de ellos tenía conocimiento de recientes aventuras amorosas o nuevas compañías. En lo que coincidieron todos fue en mencionar el nombre de la persona a la que Félix asesinó y por la que estaba preso cuando se produjo el alzamiento: Eugenio Valdeluna Valdeluna. Seguiría investigando en aquella dirección, no tenía otra salida. Llamó al ordenanza y le pidió que le buscara el expediente. El hombre se llevó un papel con el nombre y la fecha del asesinato: 29 de enero de 1936. Media hora más tarde aterrizó la carpeta sobre su mesa. Comenzó a leer el informe de la autopsia:

«29 de enero de 1936. Forense de guardia don Nicolás Marcelino Ortega. Declaro que: eran las seis de la mañana cuando fui avisado por la policía de que había aparecido un cadáver en la puerta de la parroquia de San Vicente. Me trasladé al lugar, donde varios guardias de asalto y el juez me estaban esperando.

El cadáver se encontraba boca abajo, muy ensangrentado. En el primer examen visual pude comprobar que se trataba de un hombre de unos cincuenta años aproximadamente, su extraña y descoyuntada postura indicaba que había sido arrojado desde un vehículo en marcha. Había sufrido un fuerte golpe en la cabeza, presentaba distintas heridas sangrantes en la espalda, a simple vista parecían haber sido producidas por arma blanca. No apareció ningún rastro alrededor del cuerpo que pudiera tomarse como prueba. Por el color, la rigidez y la temperatura pude deducir que había muerto aquella misma noche. Cubrí sus manos con bolsas de papel para impedir que se perdieran en el traslado restos biológicos que pudieran encontrarse en su piel o en sus uñas. Cubrí, también con bolsas, el perineo para evitar que se perdieran muestras en caso de que hubiera sido víctima de abuso sexual. Di por concluido mi trabajo en el lugar en el que se encontró el cadáver, el juez ordenó el levantamiento, el cuerpo fue introducido en una bolsa y trasladado a dependencias del Anatómico.

Autopsia: además del golpe en la cabeza y las heridas de la espalda, aparentemente producidas por arma blanca, presentaba otras de las mismas características en pecho y abdomen. Vestía traje azul marino, camisa blanca, corbata burdeos que le apretaba fuertemente el cuello. En el bolsillo del traje apareció una cartera con dinero y documentación personal. En dicha documentación constaban el nombre y los apellidos: Eugenio Valdeluna Valdeluna.

Procedí a desnudar al cadáver, comprobé que aquella persona correspondía al género femenino. Examiné sus ropas, pude conseguir algunas muestras de cabellos que estaban adheridos a ella. No encontré en ningún momento restos de pólvora. Todas las prendas fueron guardadas en bolsas de papel y clasificadas.

Aparentemente, se había desangrado, porque por la herida de la cabeza y de los múltiples orificios que presentaba en tórax, abdomen y espalda había perdido mucha sangre.

Descripción externa: mujer, un metro y setenta centímetros de estatura, cabello rubio canoso, ojos grises claros, sin pechos. Años atrás le había sido

practicada una mastectomía con remodelación estética que imitaba tórax de varón, también presentaba una cicatriz de intervención quirúrgica a la altura de la matriz. Cuatro orificios penetrantes en espalda, dos en tórax y uno en abdomen. Fuerte contusión craneal. En el cuello presentaba señales de haberle sido arrancada alguna pieza que pudiera ser una cadena o similar. Había sido violada tanto vaginal como analmente, los desgarros eran evidentes. Pude obtener restos de semen que, en estudios posteriores, se ha podido confirmar que pertenecían a más de un hombre. Del recto saqué una insignia de solapa perteneciente a Falange.

Tomé muestras de material orgánico que se encontraba bajo las uñas, del cabello, de distintas pieles que presentaban lesión, comprobé que las heridas producidas por arma blanca las había sufrido encontrándose todavía con vida.

Examen interno. Hice un corte con el bisturí desde la zona de apófisis mastoidea derecha a la zona de apófisis mastoidea izquierda, reversé el cuero cabelludo hacia atrás y hacia delante, apareció debajo de la piel retirada la bóveda

craneal. Corté el hueso, ya estaba previamente fracturado, quité la calota craneana, extraje el cerebro completo. Presentaba graves daños producidos por un golpe ejecutado con un objeto romo. Lo pesé y lo guardé en formol.

Abrí la zona del cuello, corté la piel de tórax y abdomen. Verifiqué que en tiempos le habían sido extirpados quirúrgicamente tanto el útero como las trompas y los ovarios. Extraje las vísceras, las separé, las pesé, revisé los daños mortales debidos a las heridas producidas por arma blanca de hoja de unos quince centímetros de largo y unos cuatro de ancho, que habían alcanzado pulmones, corazón e hígado. Tomé muestras de sangre y de orina pinchando la vejiga, también de contenido gástrico, guardé en formol los trozos de vísceras necesarios para realizar la investigación, volví a introducir en el cuerpo el resto.

Tras proceder al fichaje de huellas dactilares, cerré el cadáver. El auxiliar lo limpió y lo dejó listo para entregar a su familia».

Rufino Acabó de leer el informe del forense, sacó una libreta de un bolsillo del traje y copió del expediente la

dirección de la familia de Eugenio Valdeluna. Iría a visitarla.

Caserón de familia adinerada. Buena decoración, oleos de cierta calidad artística, candelabros de plata, mesa de roble, alfombras. Un ambiente acogedor. «¡A ver si saco algo en claro!». Se sentaron alrededor de la mesa gigante que regía en el amplio salón comedor. La viuda de Eugenio, o de Eugenia, según se quisiera mirar, era una mujer muy atractiva, por un momento llamó a la puerta de los deseos de Rufino. Vestida de negro, llevaba el pelo recogido, su perfume embriagaba, su sonrisa hechizaba. Nunca hubiese imaginado que alguna vez se hubiera sentido atraído por una cincuentona. Los hijos: un hombre y una mujer, ambos jóvenes, tenían cara de tontos. Se limitaron a mirar como búhos, a escuchar a su madre, a no decir palabra alguna. No quiso indagar en cómo aquella señora pudo haber estado casada legalmente con una mujer, cómo habían podido tener hijos ni cómo salvó el pellejo después del golpe de Estado, aunque lo podía imaginar viendo el postín de la casa y el retrato gigante de Franco que presidía el salón. Beatriz, la viuda, comenzó a hablar de Eugenio tan mal que a Rufino le parecía que si no fuera porque Félix, el falangista, se había declarado culpable, habría que

investigarla a ella por la muerte de su marido. Al parecer, hacía años que la había abandonado para vivir con otra mujer, una tal María Jesús, pero esa sí estaba ya criando malvas en una fosa común del cementerio desde agosto de 1936.

Beatriz habló de diversos amigos de Eugenio, pero estaban todos muertos o encarcelados. «¡Buena panda de rojos republicanos tendrían que ser!». Y al final, cuando ya parecía que la nada volvía a desolar la investigación, la mujer recordó el día en el que una escritora la había entrevistado porque estaba muy interesada en escribir una novela sobre la vida y muerte de su marido. Había entrevistado a bastantes personas que habían conocido a Eugenio, fue también a visitar al asesino a la cárcel para que le contara cómo se perpetró el crimen. Recordaba que la escritora se llamaba Mariela Palacios Guadalajara. ¡Eureka! La localizaría, seguro que ella le podría aportar luz. Rufino Salió de la casa dando saltos de alegría, flotaba envuelto en el perfume de aquella bella mujer. ¡Qué bien le supo el cigarro que encendió! Un paisano que pasó junto a él no pudo más que pararse y exclamar:

—¡Qué aroma, ese tabaco es bueno!

7

Un agujero en la pared

1941 había llegado casi sin que me diera cuenta. El tiempo pasaba con una rapidez como nunca antes lo había hecho. La vida me sonreía, el trabajo en El Duende marchaba cada vez mejor. Lleno diario y mis buenas propinas. Por aquel entonces cantaba *Alma de loca*:

Milonguera, bullanguera, que la vas de alma de loca,
la que con tu risa alegre vibrar hace al cabaret.
La que lleva la alegría en los ojos y en la boca,
la que siempre fue la reina de la farra y del placer.

Todo el mundo te conoce de alocada y jaranera.
Todo el mundo dudaría lo que yo puedo jurar,
que te he visto la otra noche, parada en una vidriera,
contemplando una muñeca con deseos de llorar.

Había olvidado lo de mudarme de casa, imagino que estaba a gusto viviendo en el corral, además me sentía bien porque hacía meses que se me había ocurrido una curiosa

forma de ayudar a mis vecinos. En cuanto veía un roto en alguna prenda le pedía al portador, o portadora, que me la diera porque se la iba a arreglar. Llevaba la ropa a una costurera que vivía en el barrio de San Julián y tenía unas manos maravillosas. ¡Qué arreglos, qué zurcidos! Y con la ventaja que me cobraba muy poco, porque era mujer humilde que trabajaba para personas pobres que antes pensaban en comer que en sus ropajes. La costurera se llamaba Nieves, estaba casada con un albañil. Me gustaba sentarme a contemplar cómo trabajaban aquellas manos. Entre chaqueta y chaqueta nos hicimos muy amigas. Era muy dulce y calmada, miraba con unos ojos azules que llamaban la atención. Me sentía bien ayudando a mis vecinos, y encima me había echado una amiga de agradable conversación con la que pasaba horas cada vez que le llevaba un buen bolsón de prendas para arreglar.

Mi amistad con Ángel, el médico, se había estrechado. Yo deseaba ir a más, porque aquel hombre empezaba a atraerme bastante. Para el Día de Reyes, le compré una bata blanca y una corbata. Cuando abrió el paquete puso ojos de cordero. Le anudé un regalo al cuello, después le ayudé a ponerse el otro. Estaba muy guapo, así sí que parecía un médico. Mientras se miraba en un espejo que presentaba más zonas negras que reflejos, rodeé su

cuello con mis brazos y le planté un beso en la boca que lo dejó estupefacto. Si hubiera tenido que esperar a que fuera él el que se arrancara hubiera muerto soltera y virgen.

Quisimos vivir juntos, pero no casarnos, pues a ninguno de los dos nos llamaba la religión. Teníamos que tener mucho cuidado y mantener en secreto que dormíamos en el mismo colchón. Su situación ya era lo suficientemente delicada como para no cometer ni el más mínimo desliz. La mujer del hábito del Gran Poder vigilaba con diez ojos que en el corral nadie se saliera del carril marcado por el párroco. Si se hubiera descubierto que convivíamos en el pecado, el iracundo y obeso sacerdote hubiera lanzado a Ángel a las hogueras del régimen. Socialista, médico represaliado que ejercía sin permiso y yacía con una mujer fuera del matrimonio... No hubiera tenido perdón.

Juan, el marido de Nieves, la costurera, vino a casa. Yo tenía confianza, sabía que no nos delataría y mantendría en secreto el trabajo de albañilería que iba a realizar. Abrió un agujero en la pared medianera que separaba mi estancia de la de Ángel: medio metro de ancho, uno sesenta de alto. Para disimular, porque la curiosidad de los vecinos querría saber qué obra había efectuado en casa, reparó las paredes, que estaban muy desconchadas. Cuando nuestras puertas

estaban abiertas, sendos muebles alacena, uno en cada estancia, tapaban y hacían desaparecer el hueco a la vista de curiosos. Cuando cerrábamos las puertas, empujábamos los muebles y Ángel pasaba a mi lado. Dormíamos, comíamos, nos aseábamos en mi estancia. La suya, aunque manteniendo la cama para disimular, quedó solo para pasar consulta.

Comencé a ayudar a Ángel en mis horas libres de mañana y tarde. El primer paciente que vi tratar era un hombre joven de veintisiete años. Sufría continuos calambres en las pantorrillas. A la semana, arrastraba la punta de los pies cuando andaba, al mes no podía contener la orina, arrastraba toda la planta del pie y sufría un temblor en las manos que le impedía sostener cubiertos o afeitarse. Ángel cavilaba muy extrañado, no entendía el mal que aquejaba al enfermo. El hombre nos comentó que en el pueblo de su primo, en la provincia de Ciudad Real, se habían producido casos similares al suyo, y que ese mismo primo le trajo hacía meses tres grandes sacos de almortas para que no pasara hambre. Forzosamente, el agente causante tenía que estar en la alimentación. Cuando le preguntamos qué comía cada día nos dijo que desayunaba, almorzaba y cenaba almortas. Unos días las comía con pan, otros con lechuga o con lo que hubiera en

la despensa. Mantenía esa dieta desde hacía meses: una carencia absoluta de proteínas en forma de carnes, huevos o leche e intoxicado por el consumo de más de un kilo de almortas al día. Ayudamos, como pudimos, a aquel hombre para que pudiera comprar alimentos y quemara toda la almorta que aún le quedaba. Pronto comenzó a mejorar. Ángel pudo enterarse por antiguos compañeros suyos de medicina que casos de esa misma extraña enfermedad se estaban produciendo por millares en el este, el centro y el norte del país.

Entre enfermo y enfermo, los meses transcurrían felices, me sentía plena en mi vida de pareja, con mi trabajo, con mis amistades, con mi labor de ayuda a los vecinos. Un día que fui a llevar ropa a Nieves para que la arreglara, me la encontré llorando. Su cara estaba empapada, sus cabellos mal peinados, sus ojos amoratados y rojos. Me contó lo que le ocurría:

—Un carnicero del mercado de La Encarnación que vive en la plaza de Los Carros en una casa muy alta de tres plantas contrató, ¡maldita la hora!, a mi Juan y a su cuadrilla para que le reformaran la casa. El tío se dedica al estraperlo de carne, pero con él nadie se mete porque es falangista. Está ganando sus buenos dineros. La obra duró

cinco meses, en ese tiempo apenas pagaba, pero con el hambre que estábamos pasando y la falta de trabajo decidieron terminar el encargo esperando que pagara al final.

»Cuando terminó la obra, cada vez que Juan y sus compañeros se acercaban a cobrar el carnicero los aplazaba para otros quince días. ¡Encima se burlaba!, porque en una ocasión les dijo descaradamente que no les iba a pagar y que a ver si tenían cojones de denunciarlo. Un domingo, mi marido y los tres compañeros entraron en casa del carnicero, lo encontraron en la azotea, discutieron, y no se les ocurrió otra cosa que coger al tío por los pies y dejarlo colgando hacia la calle con la cabeza hacia abajo. En la calle se formó un buen cachondeo viendo cómo revoloteaba los brazos y se cagaba de miedo. Lo volvieron a subir y se fueron de allí riéndose de él. ¡¿Cómo se les pudo ocurrir hacer algo así?! ¡Qué mala cabeza!

»Ya sabes que hoy cualquiera te puede denunciar, y más si es falangista, que su palabra va a misa. El tío acusó a mi Juan de injuriar al Caudillo y atacar a un miembro de Falange.

Nieves se tapó la cara con las manos, gemía. Entre sollozos que le cortaban el aliento pudo seguir hablando con dificultad:

—Me lo detuvieron y lo enviaron a la cárcel de Ranilla, que está tan llena que no se pueden ni mover, y comidos de piojos y chinches. Yo creía que me lo iban a fusilar, pero en el juicio le han caído treinta años de cárcel, además dicen que lo pueden mandar al campo de trabajos forzados de La Corchuela. ¡Y yo estoy aquí sola, sin mi marido, con una niña de un añito y embarazada a término que estoy! Todos los días llorando todas las horas, con el miedo metido en el cuerpo de lo que le puedan hacer a mi Juan. ¿Qué va a ser de mí? Los vecinos han dejado de traermé ropa, ya no me hacen encargos.

No sabía cómo consolar a aquella mujer a la que le había tomado un cariño especial. La desgracia se había cebado con ella, de repente, como caída del cielo. ¿Qué decirle?, solo cogerla de la mano, que sintiera que estaba a su lado, que la ayudaría en lo que pudiese. Le pregunté el nombre del carnicero, me lo dijo, me dio también el número del puesto de La Encarnación donde trabajaba.

Nueva permanente, mi rubio platino, mis grandes bucles. Me pinté bien los ojos, las pestañas largas, las cejas en

arco, los labios rojos. Mi cintura y mis pechos se marcaban bien en el traje de dos piezas verde, de falda un poquito más corta de lo normal. Mi boina y mis tacones. Me quité la pulsera del tobillo izquierdo. Bien perfumada, me fui a buscar a Andrés Lozano Arias: el cabrón que había denunciado a Juan y había hundido en la desgracia al hogar de mi querida amiga Nieves.

8

En busca de Mariela

Mariela Palacios Guadalajara. Sabía el nombre de la escritora que se había interesado en escribir una novela basada en la vida de Eugenio Valdeluna. Si la encontraba, tal vez podría darme noticias sobre personas que pudieran odiar a Félix. Había estado rebuscando en todo tipo de archivos, no encontré nada. Lo más parecido era una escueta anotación en un listado de personas ejecutadas al principio de la guerra: «Nombre: José Manuel Palacios Guadalajara. Fecha de la muerte: 3 de agosto de 1936. Lugar: Sevilla. Causa del fallecimiento: aplicación bando de guerra». En el margen, escrito con pluma, una anotación sobre una petición expresa de un sacerdote.

Imaginaba que era un hermano de la escritora que había sido fusilado en los primeros días del levantamiento, pero sobre Mariela no encontraba nada. El comisario empezaba a impacientarse, exigía que mis investigaciones comenzaran a dar resultados. Yo seguía

tan perdido como el primer día, ningún indicio ni sospecha, nada.

Beatriz, la viuda del librero, me comentó que la escritora había ido a entrevistar a Félix a la cárcel. Volví a visitar a la familia del falangista por si alguien me podía dar noticias de dónde podía localizar a la escritora. Ni la viuda ni los padres ni los hermanos sabían nada de lo que le preguntaba, pero todos me aconsejaron que visitara a un tal Andrés Lozano Arias, un carnicero del mercado de la Encarnación que vivía en la plaza de Los Carros, también falangista, que había sido el mejor compañero que había tenido Félix en las acciones de castigo que aplicaban durante la República y después en la guerra.

Fui a visitarlo. Nos sentamos junto a la chimenea, olía a tranquilidad de encina, Franco y José Antonio me miraban severamente desde sus marcos colgados de la pared. Andrés era un hombre fuerte, de grandes manos con dedos que parecían chorizos. Se mostraba muy amable conmigo, se notaba que quería presumir de camisa azul y boina roja. El mostrenco estaba encantado de contarme batallitas y se jactaba de que él también había participado en el asesinato de Eugenio Valdeluna. Disfrutaba describiéndolo con pelos y señales:

—Durante la puta República dimos la cara, no como otros que vienen ahora a presumir de derechas. Nosotros, los falangistas, no soportamos a las tías que no admiten el sagrado papel que Dios les ha encomendado de esposas y madres. Tampoco aguantamos a los maricones ni a las machorras, pero si hay algo que no tragamos de ninguna de las maneras es una tía que se haga pasar por hombre.

»Nos dieron el chivatazo de que un librero de la calle Sierpes era una tía vestida de hombre, empezamos a preparar la acción inmediatamente. La estuvimos espiando durante un tiempo, supimos que todas las tardes salía de casa a la misma hora para acudir a la librería. A las seis de la tarde ya teníamos preparado un coche. Cuatro compañeros estábamos apostados en la Puerta Real, muy cerca de su casa. La vimos bajar hacia el Museo caminando por la acera, vestida con sombrero, abrigo, traje y corbata de hombre. Cuando pasó junto al coche abrimos la puerta, le pusimos una pistola en las costillas y la empujamos al asiento trasero tan rápida y violentamente que a la tía, sorprendida, no le dio tiempo a resistirse.

»El coche llegó pronto a su destino, una finca no muy lejos de Sevilla. Cuando la bajamos, la machorra ya

lloraba imaginándose qué era lo que le iba a ocurrir. La arrastramos a base de golpes, porque se revolvía, a una habitación grande que tenía una cama enorme. Cuando la tiramos sobre la cama, ya casi no se quería mover asustada por la violencia y la determinación con que actuábamos. Lo primero que hicimos fue quitarle los zapatos, los pantalones y los calzones para comprobar si lo que nos habían dicho era cierto. Efectivamente, allí apareció ante nosotros un buen coño en condiciones. Le dimos bien, por delante y por detrás, la tía chillaba como una rata. Le pusimos el culo que parecía el agujero gordo de un botijo, le metimos dentro una insignia de falange para que los rojos supieran bien quién había completado la acción de castigo. Después, cuando la tía ya no se movía, le pegamos fuerte en la cabeza con un leño y la rematamos con una navaja. Así fue como terminamos aquel servicio a España.

—¿Por qué detuvieron a Félix?

—Porque, al parecer, al hacerle la autopsia a la hija de puta aparecieron distintos cabellos entre su ropa y su cuerpo, algunos de ellos eran pelirrojos. Falangista y pelirrojo, ya ve que no tuvieron que ser muy listos ni buscar demasiado. Se declaró culpable al momento, porque los seguidores de José Antonio nos vestimos por

los pies y tenemos dos cojones, además no soltó el nombre de ningún compañero por más de hostias que le dieron. ¡Un tío en condiciones!

Un asesino me estaba contando a mí, un inspector de policía, que había cometido un crimen, pero no podía detenerlo porque aquel animal estaba considerado como un héroe. Una sensación de asco e impotencia me subía por la garganta y me llegaba hasta el paladar. Yo tampoco era mejor que él, me aprovechaba de mi profesión para tirarme a las piojosas. ¿De qué me estaba dando asco?, quizá de mí mismo. Antes, hubiera disfrutado con lo que me contaba, no me hubiera conmovido ni lo más mínimo el masacrar a un rojo. Continué haciendo preguntas:

—Me han comentado que, estando Félix en la cárcel, fue a visitarlo una señorita muy interesada en escribir una novela sobre el librero.

—En todo caso la librera, ¡las cosas en su sitio tal como Dios las quiso! Sí, resultó que la escritora no era una tía, era un maricón vestido de mujer. Además, se burló de Félix, porque después de que le contara, de buena fe, cómo se llevó a cabo la ejecución de la Eugenia esa, el mierda se levantó el vestido y le enseñó los huevos y la polla como diciéndole: «¡Anda, cabrón, que te he engañado!». Cuando nos enteramos, los compañeros que

no estábamos encarcelados nos pusimos a buscarlo y lo encontramos. En realidad, se llamaba José Manuel Palacios, vivía en la calle Pureza. Después del golpe de Estado, cuando rescatamos a Félix de la cárcel, fuimos a por él a su casa. Golpeamos la puerta fuerte, tuvo que abrirnos, le dábamos de hostias por todos los lados, le quitamos la ropa de mujer que llevaba puesta, le cortamos los pelos tan cortos que le hacíamos brechas en el cuero cabelludo. Lo montamos en el camión en pelotas y chorreándole sangre de la cabeza. Lo llevamos al barco prisión, lo fusilaron unos días después. Vivía con un tío al que también pasaron por las armas la misma noche que a ella.

—¿Sabe si Félix mantenía alguna aventura con una mujer justo antes de que muriera?

—Le volvían loco las tías, pero, que yo sepa, hacía ya mucho tiempo que no follaba con nadie que no fuera su mujer. El que está viéndose ahora con una tía buenísima soy yo, aunque la puta todavía no me ha dejado que le coja una teta. ¡Que no se entere mi mujer! — dijo Andrés bajando la voz, guiñándome un ojo, buscando un gesto de complicidad por mi parte.

Me fui de aquella casa con muy malas sensaciones. Aquel tío era presuntuoso, tonto y malvado hasta darme

repugnancia. La escritora, o el escritor, o como se quiera, había muerto y no se tenía constancia de que hubiera publicado el libro. Al saber que en realidad Mariela era un hombre, me expliqué el porqué de su interés en la vida de Eugenio Valdeluna. De lo que sí estaba entonces seguro era que Félix, el *Colorao*, no solo había asesinado a Eugenio Valdeluna, sino que también estaba involucrado en la detención y posterior muerte de Mariela. Empujado por la profunda antipatía que había sentido hacia el falangista al que había entrevistado, comencé a llamar en mi interior al librero como Eugenio, y a la escritora como Mariela. A cada uno en el género que ellos escogieron. ¿Me estaba volviendo blando?

En el despacho, volví a ver el apunte en el listado de los primeros fusilados después del golpe. Lo miraba de otra manera porque sabía que aquel tal José Manuel era Mariela. En el margen aparecía: «Ejecutado junto a Carlos Díez por petición de don Augusto González Serrano, párroco del Sagrario en Utrera». ¿Qué quería decir aquello? No alcanzaba a comprenderlo. Pensé que el cura, sin duda, debía conocer bien a Mariela. Quizá me pudiera dar información sobre personas que hubieran podido

albergar deseos de venganza por lo que le hicieron los falangistas. Decidí personarme en Utrera.

Me acompañó Germán. Conducía él, como de costumbre. Medio adormecido por el bamboleo del coche y el placer del tabaco me puse a cantar *Cambalache*:

Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor,
ignorante, sabio o *chorro*, pretencioso o estafador.

¡Todo es igual!, ¡nada es mejor!

¡Lo mismo un burro que un gran profesor!

No hay *aplazaos*, ¡qué va a haber!, ni escalafón.

Los inmorales nos han *igualao*.

Si uno vive en la impostura

y otro afana en su ambición

da lo mismo que sea cura, colchonero, rey de bastos,
caradura o polizón.

—¡Qué bien cantas *jodío*! ¡Anda, dame un cigarro de esos del aroma cautivador! —pidió Germán.

—¡No!

Llegamos a la parroquia del Sagrario. Al gordo lo dejé fuera, no me fiaba de él. Me llevé una gran sorpresa cuando el nuevo sacerdote me dijo que don Augusto había fallecido en abril de 1939. Primero contó la versión

oficial: había muerto tranquilamente en su cama, pero después, con ganas de conversación, me aclaró lo que había ocurrido en realidad. Lo hacía guiado por el desprecio que sentía hacia Juana Palacios, la pecadora en cuya cama murió el antiguo párroco de una manera poco clara. A esa mujer la llamaban en el pueblo «la bruja» porque le gustaba coger hierbas del campo. Seguro que sabía preparar veneno de cicuta, además se apellidaba Palacios, igual que Mariela. Comenzaba a sospechar de ella.

Volví a dejar fuera al gordo. Se enfadó, preguntaba si lo había llevado solo como chófer. Llamé a la puerta de Juana, abrió una mujer de sesenta y tantos, canosa y despeinada, vestida de negro casposo, las manos huesudas, artríticas, las uñas largas y sucias de años. Desde el interior me llegó un olor a orines, basura, mugre, dejadez. Cuando, amable, me hizo pasar, mis ojos comprobaron lo que mi nariz me había anunciado: ropas tiradas, bolsas de tela repletas a rebosar de trapos, restos de comida en platos pegados de varios días. Me dieron algunas arcadas, no sé cómo pude disimular, estaba seguro de que pronto vería correr por aquella habitación sin color a alguna rata. Nos sentamos en sillas

desvinciadas que chirriaban de un lado a otro. Comencé a preguntar:

—Estoy aquí porque investigo la muerte de un hombre llamado Félix Luque Gorostiza. Este señor detuvo en los primeros días del alzamiento a una persona llamada José Manuel Palacios Guadalajara, que fue pasado por las armas varios días después de su captura. ¿Es usted pariente de José Manuel?

—Sí, era mi hijo. Tenemos los mismos apellidos porque yo soy madre soltera. —No quise preguntar quién era el padre. Continué:

—Créame que no tengo intención en molestarla ni traerle a la memoria recuerdos, sin duda dolorosos, pero tengo que hacerle algunas preguntas. ¿Sabe qué significa esta anotación?: «Ejecutado junto a Carlos Díez por petición de don Augusto González Serrano, párroco del Sagrario en Utrera» —leí en voz alta—. La mujer contestó:

—José Manuel, en Sevilla, se vestía de mujer, se hacía llamar Mariela, hasta se había casado con un hombre. Cuando nos enteramos de que fue apresado, don Augusto, nuestro párroco, que lo quería como si fuese su hijo, fue a visitarlo para interceder por él, pero no pudo hacer nada. José Manuel le pidió que procurara, ante las autoridades militares, que lo ejecutaran junto a Carlos, el

hombre con el que se había casado, que también estaba sentenciado a muerte. Eso sí pudo conseguirlo el padre.

—Me han dicho en el pueblo que entiende usted bastante de plantas silvestres.

—Sí, me gusta hacer tisanas y ungüentos naturales que son muy efectivos para distintos males.

—¿Tiene más hijos?

—Tengo a mi Antonia, que está en Sevilla.

—¿Me podría facilitar la dirección?

—No la sé, desde que se fue, hace más de un año, no he vuelto a saber nada más de ella.

—¿Qué hace en Sevilla?

—Quería ser cantante, tiene una voz preciosa. No sé si lo habrá conseguido.

—¿Ella también entiende de plantas?

—Sí, yo le enseñé. De pequeña, le gustaba acompañarme al campo.

—¿Desde cuándo no va a Sevilla?

—Hace doce años que no salgo a la calle para nada, me da miedo. Antes era mi hija Antonia la que se encargaba de las compras, ahora me ayuda una vecina.

No quise comentarle que me habían dicho que el cura murió desnudo en su habitación. Salí de aquella casa con la sensación de que me iba acercando a mi objetivo,

aunque, si le hubiera ido al comisario con la idea de remover una historia, ya enterrada, sobre un sacerdote que había *palmao* mientras se tiraba a una parroquiana, me hubiera sacado del despacho a patadas. ¡Con la Iglesia habíamos topado!

En la fonda donde paramos a comer, gracias a algunas preguntas que le hice al dueño, me pude asegurar de que era cierto que Juana hacía muchos años que no salía de su casa. Decía aquel hombre de mandil perpetuo y grasiento que era por la vergüenza de haber parido dos hijos del párroco. Parecía que todo el pueblo sabía de aquella relación. Cura y falangista muertos de la misma manera. Sí, me iba acercando. Lo siguiente sería buscar en Sevilla a una mujer llamada Antonia Palacios Guadalajara. Invité al gordo al caldo de agua, en el que flotaban algunos granos de arroz, y al trozo de pan negro que lo acompañaba. No dejaba de estar enfadado el imbécil.

Cuando llegamos a Sevilla, el bigotes me hizo llamar. Gritaba mientras me cogía por la solapa y hacía gestos con su puño de quererme golpear. Sudaba, los ojos fuera de sus órbitas, las venas del cuello parecía que le iban a estallar. Había aparecido muerto, en las mismas

circunstancias que Félix, Andrés Lozano, el carnicero al que yo había estado interrogando un día antes.

9

Confieso que he mentido

Sonia había desayunado un trozo de chocolate terroso, incomedible, se le soldaba al paladar. Tuvo que hacer unos esfuerzos tremendos para despegarlo, hasta el punto que se le cansó la lengua de tal manera que no podía ni dar los buenos días a Ángel. Se aseó en la palangana con un pedacito de jabón mínimo que se perdía entre sus manos. Para poder comprar otro trozo tendría que esperar al menos quince días porque su cartilla de racionamiento así lo marcaba. La escasez de materia prima y desinfectantes para fabricar jabón la había enseñado a lavarse lamiéndose tal como hacen los gatos. No tuvo ninguna dificultad para adquirir un velo, un rosario y un misal. Ese tipo de artículos los podía encontrar en numerosos establecimientos.

Fue a la parroquia, quería confesar. Cuando llegó, se puso al final de una larga cola que esperaba a que el sacerdote saliera de la sacristía y se embutiera en el confesionario. Miraba, asombrada, aquel catálogo de hábitos: del Gran Poder, morados de cíngulo amarillo en

camisas para los hombres y vestidos en las mujeres; marrones, con cinturón de cuero y cola lateral para el Carmelo; blancos con cordones crema para Fátima y Lourdes; grises con cordones blancos para San Antonio y Santa Rita; blancos y correa negra para la Merced. En las miradas de aquellos pocos hombres y aquellas muchas mujeres, podía leer el miedo que le guardaban al párroco. En sus gestos, propios de estar absortos en sus pensamientos, Sonia creía adivinar las muchas peticiones y promesas que hacían a Dios y a la Virgen: que si salga mi marido pronto de la cárcel, que si un desaparecido entre pronto por la puerta de casa, que si mi hijo se cure del tifus o de la tuberculosis.

El cura salió de la sacristía, alto, rollizo, los mofletes rojos, cabellos finos y canosos que dejaban entrever una calva que comenzaba a ser morena y soleada. Ya dentro del confesionario el sacerdote, se acercó la primera mujer, vestida con hábito del Gran Poder, se arrodilló. Sonia tuvo que esperar cerca de una hora, hasta que le llegó el turno:

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

—Padre, confieso que constantemente me vienen a la mente pensamientos impuros.

—Debes ser más concreta hija. ¿Qué tipo de pensamientos impuros?

—Cuando veo a cualquier hombre, me enciendo, tengo deseos, y, aunque todavía no ha ocurrido porque no se ha dado la oportunidad, sé que si me viera a solas con alguien caería en la tentación y pasaría de los pensamientos a los hechos.

—¿Te tocas?

—Sí, padre, muy a menudo.

—Ya sabes que así mancillas a tu cuerpo, que no te pertenece, pertenece a Dios. Además, es muy perjudicial para la salud porque seca el bulbo raquídeo. Con respecto a los hombres, debes de huir de ellos, no mantener ni el más mínimo contacto. El hombre es fuego, la mujer estopa, llega el diablo y sopla. Solo cuando se te acerque alguien que tenga deseos de desposarte debes de tenerlo en cuenta, y eso siempre manteniendo la lejanía, evitando todo contacto, estando siempre acompañada por alguna amiga o familiar.

Aquel hombre siguió excretando por la boca un rosario de acciones pecaminosas. Sonia llegó a pensar que todo era infernal, hasta el respirar. El cura le explicó cómo debía vestirse, la indumentaria que correspondía para permanecer en los baños públicos y hasta el modo

correcto de hablar. Le mandó que rezara infinitas oraciones, también debía acudir a misa diaria durante dos meses. Le recomendó que se metiera una piedra en el zapato para que el dolor le recordara la debilidad de la carne y el tormento que Jesucristo sufrió, en su infinita misericordia, para redimirnos de nuestros pecados. Si no fuera porque en su interior Sonia se carcajeaba de todo aquello, se hubiera horrorizado.

Todavía impactada por el lúgubre sermón que había recibido en la mañana, fue a trabajar a la taberna El Duende por la tarde. Notó cierto alboroto en el ambiente. Rodolfo, el pianista, Atanasio, el dueño de la taberna, Mariano, el *cantaó* y Paco, el guitarrista; rodeaban intentando calmar a Serafín, el cantante de copla, que sentado en una silla con la cabeza entre las manos, lloraba y lloraba en un sofocón interminable de *jipíos* y lamentos. Por la mañana había sido asaltado por dos individuos, le habían robado la compra que le permitía su cartilla de racionamiento: un poco de aceite, algo de arroz, habichuelas, dos piezas de pan negro, chocolate, achicoria para hacer sucedáneo de café y un trocito de jabón. El número de robos se incrementaba a medida que el hambre iba cercenando las esperanzas de la población. Ya

se había producido incluso algún asesinato cuyo móvil no había sido otro que el llenar y aliviar un estómago vacío. Macarena y Sonia habían comenzado a ir juntas a hacer la compra, pensaban que así se protegían la una a la otra.

Los trabajadores de El Duende convinieron que las propinas de aquel día se las entregarían todas a Serafín. Al menos, dispondría de suficiente dinero para comprar algo en el estraperlo. Sonia intentaría ayudarlo en lo que pudiera porque le había cogido mucho cariño. Era un hombre delgado, de una estatura mediana, muy amanerado. Todos lo sabían, pero a Sonia le había confesado él mismo de palabra que era homosexual. Ella le inspiraba confianza, por eso le contaba sus miedos, sus anhelos, sus enamoramientos. Su hermano permanecía en la cárcel porque había estado afiliado a UGT. Homosexual y hermano de un presidiario, era objetivo continuado de desprecios e insultos. Lloraba en cuanto la emoción se le subía por la garganta, incluso escuchando una canción triste. Serafín no fumaba, lo que le servía para poder vender su cartilla de racionamiento de tabaco, solo para hombres, a la que todos llamaban cartilla de fumador. De esa manera se sacaba un dinerito que le permitía comprar algo más de comida. A Sonia le enfadaba que las mujeres no pudieran aprovechar ese recurso porque no se les

asignaba cartilla. Estaba muy mal visto que una mujer fumara, incluso se hacía campaña resaltando la falta de femineidad que representaba, en la que se aseguraba que Marlene Dietrich tenía los dientes podridos por culpa del tabaco.

La guitarra tocaba al compás de las bulerías que nacían de la garganta de Mariano, y Mariquilla; una trianera de dieciséis años que todavía no era mujer, delgada, enfermiza, sin pechos ni intención de que le crecieran; taconeaba levantando el polvo de las tablas. A eso de las diez, Serafín ya se había calmado, se sentía con fuerzas para salir aquella noche al escenario para cantar sus coplas, aunque los ojos aparecieran todavía enrojecidos y húmedos.

Sonia no aguantó en el vestuario, quiso verlo actuar, pensaba que así le daba su apoyo en aquella noche triste. Ya le daría tiempo a vestirse, tras la actuación de Serafín volvía el cuadro flamenco, después le tocaba a ella. Para esa noche le bullía en la cabeza un buen repertorio de boleros. Serafín estaba vestido con una camisa que en su origen debía haber sido blanca, con estampado en un rojo que después de tantos lavados se había vuelto malva, y en un verde descolorido en gris. Estaba ataviado con su sombrero cordobés desgastado, su

pantalón ceñido, sus botas ajadas, su pañuelo de lunares al cuello. A Sonia le recordaba a su hermana Mariela, quien a menudo soñaba en voz alta con vestirse de lunares con un traje de flamenca.

Fue justo cuando Serafín subió al escenario cuando Sonia lo vio: altísimo, al menos dos metros, elegante, con unos ojos verdes que no le quitaban ojo, muy atractivo, aunque no era guapo. Estaba acompañado de otro hombre también muy bien vestido, gordote y calvo. Atanasio, el dueño de la taberna, indicó con el dedo índice a aquellos hombres el lugar donde Sonia estaba sentada. Se acercaron, el hombre alto se paró delante de ella, quieto, con el sombrero entre sus manos, manteniendo mirada con mirada. Sonia sintió, de pronto, algo que jamás había experimentado. Desde su centro de mujer le recorrió el cuerpo un estremecimiento cálido, nervioso, placentero. Parecía que todo lo que la rodeaba se había fundido en una amalgama de colores, sonidos, olores. A través de aquella atmósfera uniforme se abrían, como un foco entre el polvo de las tablas, sus ojos. El hombre gordote se dirigió a Sonia después de estirar su brazo derecho haciendo el saludo romano. Ella lo repitió, aunque sintiera asco, porque era obligatorio.

—¿La señorita Sonia del Mar?

—Sí, soy yo, dígame.

El individuo sacó una placa de policía, la acercó a medio metro de los ojos de la mujer. Ella se puso temblorosa, estaba segura de que se le notaba, el estómago en la garganta, el paladar con sabor amargo. Cuando vio la placa se le descompuso el cuerpo. Se quedó sentada donde estaba, intentando dar muestras de tranquilidad, aunque el corazón se le había disparado, le faltaba el aire, se sentía mareada, se le puso la cara roja.

—Mi nombre es Germán, el de mi compañero Rufino. Necesitamos comprobar su cédula de identificación personal —dijo el policía poniendo una cara muy seria.

Se le heló el alma. Mantuvo la calma. Antonia había desaparecido de los documentos oficiales para dar paso a Sonia, hija de Martín y de Aurelia. ¡Sus buenos dineros le había costado que el funcionario del ayuntamiento falsificara su partida de bautismo para poder expedir su nueva cédula de identidad! Fue a la habitación donde Mariquilla y ella se vestían y desvestían, cogió su cédula falsificada, volvió a donde esperaban los agentes, se la entregó a Germán, quien verificó que Sonia del Mar no solo era apodo artístico, sino el verdadero nombre de aquella mujer. Después preguntó:

—¿Conoce a una mujer llamada Antonia Palacios Guadalajara? Creemos que es también cantante al igual que usted.

—No, no la conozco de nada —respondió mientras tragaba saliva.

Los policías pidieron excusas, le agradecieron la colaboración, volvieron a saludar brazo en alto, fueron acompañados, se sentaron. Rufino y Sonia seguían cruzando sus deseos con las miradas. Serafín comenzó a cantar su copla:

El día que nací yo,
¿qué planeta reinaría?
Por dondequiera que voy,
¡qué mala estrella me guía!

Cuando acabó recibió un fuerte aplauso. Parecía haber puesto más sentimiento que ningún día en aquella copla. Sonia no dejaba de mirar hacia Rufino, vio que aplaudía, pero también pudo comprobar que Germán se mantenía quieto, que miraba a Serafín con cara de desagrado. Del piano de Rodolfo volvieron a escucharse notas, sonaba *Tatuaje*. Y Serafín:

Era hermoso y rubio como la cerveza,
el pecho tatuado con un corazón,
en su voz amarga, había la tristeza
doliente y cansada del acordeón.

En aquel momento entraron dos hombres en la taberna,
se notaba que eran obreros, de los muchos que acudían
cada tarde a gastarse lo poco que ganaban en aguardiente.
Fueron acompañados a su mesa.

Él se fue una tarde, con rumbo ignorado
en el mismo barco que lo trajo a mí,
pero entre mis labios, se dejó olvidado
un beso de amante, que yo le pedí.

Germán se levantó muy bruscamente mirando a los
obreros que acababan de entrar.

Escúchame marinero y dime qué sabes de él,
era gallardo y altanero y era más rubio que la miel.
Mira su nombre de extranjero escrito aquí, sobre mi piel,
si te lo encuentras, marinero, dile que yo muero por él.

Cuando Serafín acabó la copla, Germán se acercó a la mesa de los obreros, sacó la placa de policía, comenzó a gritar:

—¿Es que no sabéis que está prohibido permanecer en cafeterías y lugares de espectáculo sin chaqueta?!

Los trabajadores temblaban, se le subieron los colores de la cara.

—¿No os habéis enterado o, más bien, no os queréis enterar?!

—No tenemos chaqueta —explicó uno de ellos en una voz tan baja que casi no se oía.

—Pues si queréis divertirlos en sitios como este la pedís prestada o trabajáis para compraros una. Ya sabéis que las actitudes plebeyas y los desaliños en sitios públicos están perseguidos, así que, ¡andando, a la calle!

Los obreros se levantaron de la mesa y salieron del local casi corriendo. Después, Germán se plantó delante del escenario, quieto, mirando con una cara de furia y de desprecio a Serafín que asustaba. El cantante permanecía rígido sobre las tablas, ojos muy abiertos, boca cerrada. Todos, expectantes, esperaban que el agente le espetara una crueldad de un instante a otro, pero, en un momento que supuso un alivio general, bajó la cabeza, se puso el

sombrero y salió por la puerta de la taberna sin decir nada. Rufino se levantó con tranquilidad, fumando se dirigió hacia la puerta sin dejar de mirar a Sonia ni un segundo. Al llegar a la salida, se perdió tras su compañero.

10

Una ciudad sin basura

Era domingo, no tenía que trabajar. Tumbado en la cama, lo primero que hice al despertar fue encender un cigarro Lucky Strike. Mi mujer aún dormía, embutida en la ropa de cama miraba hacia el lado contrario de donde yo estaba. Mientras contemplaba el techo y daba caladas a mi pitillo, recordaba lo que me había ocurrido la noche anterior: Germán me había hablado de una taberna en la que se cantaba flamenco, canción española y temas sudamericanos. Él sabía lo mucho que me gustaba a mí la música y lo aficionado que era al tango argentino. Me había propuesto que fuéramos juntos para disfrutar de una buena velada. Accedí porque me apetecía y porque estaba buscando a una mujer llamada Antonia Palacios que vino a Sevilla para ganarse la vida como cantante. Tal vez trabajaba allí. Hasta ese momento, mi búsqueda no había dado resultados.

La taberna olía a vinos de Jerez, a albero mojado, a tablas resacas, a urinario. Mientras esperaba a que nos acomodaran en una mesa, mis ojos anclaron en una mujer

muy atractiva que llevaba puesta una pulsera en el tobillo izquierdo. Encendió mis deseos desde el mismo momento que la vi. Yo, que jamás me había enamorado, que en mi vida había sentido pasión alguna, sufrí de sopetón unos deseos de poseer a aquella mujer tan intensos que hasta me dieron ganas de llorar. Me la comía con la mirada, no podía apartar mis ojos a otro lugar, ella tampoco quitaba los suyos de mi persona. Aquel erotismo me estaba proporcionando más placer en unos minutos que todas las mujeres que habían pasado por mi cama en mi insulsa existencia. Resultó que aquella preciosidad era Sonia del Mar, la cantante, la mujer a la que queríamos preguntar si su verdadero nombre era Antonia. El gordo le pidió la cédula de identificación, comprobamos que no era ella. La mujer nos dijo que no sabía de nadie que se llamara así.

Una vez sentados, estábamos dispuestos a degustar nuestros vinos y disfrutar del espectáculo. Seguía con mis sentidos puestos en aquella hermosura que no dejaba de mirarme. Flotaba embriagado sintiendo aquella emoción, pero el gordo, como siempre, tuvo que meter la pata. Entraron en la taberna unos pobrecillos que no llevaban chaqueta. El cabrón, que es más franquista que Franco, sacó la placa y los echó del local. Ciertamente es que está prohibido permanecer sin chaqueta en los locales

públicos, pero no deja de ser verdad que todos los cafés, tablaos y tabernas están *empetaos* de gente así, pero nadie se queja ni ocurre nada. También estaba molesto porque el que estaba cantando era un maricón, así que se fue al momento, yo salí detrás de él. Así terminó y se fue a la mierda aquel momento único y sublime que estaba disfrutando.

Con el cruce de miradas con Sonia me había sentido vivo. ¡Vivo!, yo, la desidia hecha persona. ¡No me conformaría con haberme marchado del local sin más, con no volverla a ver! Me había propuesto acudir a la taberna para contemplarla de nuevo. De repente, mi vida, que hasta ese momento giraba en torno a la nada, encontraba un sentido. Afecto al régimen y agente de policía porque así lo quiso mi padre. Si hubiera deseado que fuera ferroviario me habría pasado la vida entre trenes, si pescadero entre merluzas. Me casé con una mujer de la que ni estaba enamorado ni me atraía físicamente. ¿Por qué? Porque la gente se casaba, así, sin más. Sentía cariño por mis hijos, pero apagado y distante, sin un beso ni una caricia. Simplemente, me dejaba llevar por la corriente con una indolencia que me aplastaba contra el colchón. Si el gordo abusaba de una mujer amparado en su placa de policía, yo, ausente de crítica y despreciativo,

aprovechaba y mojaba también sin plantearme ni lo justo ni lo inmoral. Seguía contemplando el techo, por primera vez estaba interesado en alguien. Sí, volvería a buscarla.

El lunes amaneció tenso, nada más entrar por las puertas de la comisaría noté que me miraba todo el mundo: ordenanzas, secretarios, inspectores, gorraplatos. Presentía que algo ocurría. Antes de poner un pie en mi despacho fui informado de que el comisario, el bigotes, quería hablar conmigo. Caminando por el pasillo podía verlo a través de las vidrieras esperándome de pie, ceño fruncido, cuerpo erguido, brazos en jarra, cabeza alta, barbilla y pecho echados hacia delante. Mis rodillas aún no habían traspasado la puerta del despacho cuando comenzó a gritar, señalándome con el dedo índice y el puño cerrado, que era un incompetente porque todavía no había aclarado nada sobre los asesinatos de los dos falangistas. Me relevaba del caso y me enviaba definitivamente a la sección urbana. ¿A la sección urbana? Creía que aquello no me estaba ocurriendo a mí. Mis pies temblaban y apuntaban hacia la salida, querían salir huyendo.

Todo a mi alrededor giraba en una irrealidad. De nuevo sentado en mi despacho, la frente caía derrumbada

sobre mis brazos, alguna lágrima estuvo a punto de mojar la mesa. Entró el gordo, quería que le proporcionara toda la información del caso de los falangistas, lo ordenaba el bigotes porque desde aquel momento él, el Germán, se hacía cargo de la investigación en solitario. Me lo exigía con cierto brillito en los ojos y con una sonrisa que se le escapaba, aunque intentara disimularla. El tío se sentía feliz, yo sabía que era capaz de pasar por encima, escupir y pisotear a su propia madre si fuera necesario. Le facilité todos los informes que había redactado hasta ese momento, se los puso bajo el brazo, salió del despacho apuntándome con su enorme y redondo culo.

Aquel mismo día comenzó mi castigo, todo un inspector al servicio de la Junta de Represión de la Mendicidad. ¡Me iba a hartar de piojos! De primeras ya me echaron el sermón: «Limpiar las calles de los profesionales de la pordiosería encubierta, socios de la vasta cofradía de los gandules y feriantes de la compasión. Adecentar la secuela de la inmunda época marxista que nos ha dejado esta triste herencia de mugre que perdura en tantos rincones. Tenemos que declarar la guerra al sucio, al desaseado, al que no se lava». Allí estaba yo, patrullando como un simple gorraplato por las calles de una Sevilla exhausta de pobreza y de muerte en

la que no se generaba basura porque nadie tiraba nada. Al principio no me lo creía, hasta que vi con mis ojos a personas que comían peladuras de naranja y de patatas refritas en una sartén escasamente untada con un ínfimo trozo de tocino. Una ciudad en plena epidemia de tifus exantemático, de gente de color azul que desmayaban y caían al suelo en unas calles donde los niños morían de hambre. Huérfanos o hijos de encarcelados se convertían en colilleros, se alimentaban gracias al Auxilio Social, hacían colas en las puertas de los cuarteles para esperar las sobras de los ranchos. ¿Mi misión? Era el responsable de que los cadáveres de mendigos abandonados fueran retirados temprano, antes de amanecer, para que no los vieran los niños adinerados en su paseo matutino caminito del colegio. También enviar mendigos al campo de Las Arenas, hacer cumplir un bando del gobernador civil que prohibía totalmente la mendicidad, advertir de sanciones a todas las personas que la favoreciera. Tenía que avisar, casi como un pregonero, que la autoridad iba a detener y trasladar a las estaciones de desinfección a toda persona que transitara por la calle y no fuera lo suficientemente limpia. Yo, el más elegante, sumergido en la perpetua mierda de la chusma. Me habían convertido en el brazo trajeado de la lucha contra la inmundicia, tenía

que perseguir recogedores de colillas, mendigos, el ir mal vestido, la venta ilegal, el dormir en la calle, la embriaguez. ¡Quién te ha visto y quién te ve!

Cuando leía periódicos como FE y ABC, no encontraba palabra que hablara de aquella realidad que me estaba explotando en la cara. Todo se enmascaraba como necesidad de dar albergue y trabajo a los mendigos reincidentes y retirarlos de las calles para evitar las enfermedades infecto contagiosas que pudieran propagar. La palabra tifus era tabú, no se reflejaba la verdadera situación, se limitaban a publicar las notas oficiales de la Jefatura Provincial de Sanidad. ¿La verdad? Una ciudad de epidemias recurrentes de tifus, viruelas, difteria, paludismo, sarampión, rabia, lepra y tuberculosis. Aquella evidencia me despertó y me bajó de golpe de la Arcadia feliz donde creía que vivía.

Una semana muy dura, pero el sábado acudiría, yo solo, a la taberna El Duende a buscar a la mujer cuyo recuerdo me había alegrado la sucia labor que me habían encomendado. Me vestí con mi mejor traje, el cabello brillante de gomina, ladeé mi sombrero, me coloqué una rosa en la solapa, quité la alianza de mi dedo y la tiré sobre la mesilla de noche. Pasé por delante de mi mujer, me

miraba indolente y aburrida. Mis hijos jugaban sobre la alfombra. Sin decirles un adiós ni dirigirles una mirada, salí de mi casa en busca de la emoción de sentirme vivo.

En la taberna fui acomodado en una mesa de tiras de madera. Todo en el local era de color tierra, excepto un soberbio azulejo situado detrás del mostrador de madera, cuyos tonos en amarillos y azules daban un poco de brillo a todo el mate reseco que me rodeaba. El olor a alcohol y a tabaco impregnaba mi ropa, un rugido continuo de conversaciones adormecían mis oídos. Observé que el ambiente del local estaba cambiando, veía bastantes mesas en las que se sentaban individuos muy bien vestidos que reían a carcajadas y degustaban licores caros. Pedí mi copa de oloroso. Disfruté con el cuadro flamenco, después el maricón cantó las coplas *Échale guindas al pavo* y *Los piconeros*. Por fin apareció la mujer que yo estaba esperando, fue presentada: «Sonia del Mar, boleros y tangos». Saltó a las tablas, pulsera en el tobillo izquierdo, con la misma fuerza con la que a mí me subía el calor por el pecho. Al principio no me vio, pero después estalló un minuto intenso en el que noté que se había dado cuenta de que yo estaba allí. Se me quedó mirando fijamente, comenzó a cantar *Cuesta abajo*.

Si arrastré por este mundo
la vergüenza de haber sido
y el dolor de ya no ser,
bajo el ala del sombrero
cuántas veces, embozada,
una lágrima asomada
yo no pude contener.
Si crucé por los caminos
como un paria que el destino
se empeñó en deshacer,
si fui flojo, si fui ciego,
solo quiero que hoy comprendan
el valor que representa
el coraje de querer.

11

Raza inmortal

Un sábado más de primavera, salí a las tablas para interpretar mi repertorio de esa noche: dos tangos y dos boleros. Rodolfo ya esperaba en el piano preparado para que yo le diera el «adelante». Entonces lo vi, aquel policía altísimo que tanto me había impresionado unas semanas antes, el que había acudido a la taberna acompañado de otro colega, estaba allí, fumando, con una rosa en la solapa, sentado en una mesa sin quitarme los ojos de encima. Quedé paralizada, con unas sensaciones que oscilaban entre el pánico y la excitación sexual. Rodolfo tuvo que dar unos golpecitos con sus nudillos en el piano mientras me hacía señas arqueando las cejas, como diciendo: «¡Venga, tenemos que empezar!». El instrumento arrancó sus primeros acordes, por fin, con voz temblorosa comencé a cantar *Cuesta abajo*. Cuando acabé el tango, el hombre altísimo se puso de pie, comenzó a aplaudir. No sé qué hizo el resto del público porque mis sentidos estaban enfocados en él, como si lo viera a través de un catalejo, sin que existiera el mundo a

su alrededor. Impactada por su altura, su delgadez, su traje, su rosa en la solapa, sus ojos. En un arranque de impulsividad cambié el repertorio:

—Rodolfo, toca *La rosa*.

—Ahora tenías previsto *Volver*.

—Sí, pero vamos a cambiar. *La rosa*, por favor.

El sonido del piano y mi voz se fundieron:

Junto a mi lado pasaste
como visión pavorosa
y en tus manos una rosa
aprisionada yo vi.
Como soy tan amante
a esa flor tan fraganciosa
te dije: «Dame esa rosa»,
pero no la conseguí.

Al finalizar, el hombre alto se levantó, avanzó lentamente entre las mesas, llegó hasta las tablas, quedó parado ante mí, podía oler su perfume de hombre, brillaban sus ojos verdes. Se quitó la rosa de la solapa, alargando su brazo me la ofreció. Yo tomé la flor, al hacerlo rocé levemente mis dedos con los suyos. Sin decir palabra bajó la cabeza, se caló el sombrero, dio media vuelta y salió de la taberna.

El sábado de la semana siguiente volvió. Cuando acabé de interpretar la última pieza de aquella noche, se levantó, me ofreció de nuevo una rosa y se fue sin decir palabra. No faltaba ningún sábado, lo esperaba, semana tras semana, con la excitación propia de una adolescente, enamorada de un hombre con el que todavía no había cruzado una sola palabra, al que acariciaba la mano durante un segundo cuando me regalaba su rosa. Me moría por hablarle, pero dentro de mí algo me paralizaba.

Mi relación secreta con Ángel era muy satisfactoria. Lo quería, lo admiraba, me calentaba la cama de noche. Yo le ayudaba en su heroica labor cuando podía, procurando no levantar las sospechas de los vecinos. Intentaba revestir esa ayuda de altruismo, algo que no les extrañaba a los habitantes del corral porque yo les había pagado cientos de arreglos de prendas que le llevaba a mi amiga Nieves, la costurera de las manos de oro.

De noche cantante, de día enfermera. Por las mañanas, después de haber dormido y desayunado conmigo, Ángel se colaba por el hueco de la pared y pasaba a su estancia. Una vez que nos encontrábamos cada uno en la nuestra, movíamos los muebles que tapaban el agujero a ambos lados del tabique. Después yo

salía de mi estancia a la galería y, a los ojos de los vecinos, tocaba con los nudillos a la puerta de Ángel, que me abría para que pasara a ayudarlo.

En plena epidemia de tifus exantemático y de tuberculosis, no paraba en todo el día de atender enfermos. Luchábamos contra una plaga bíblica de hambre y enfermedades, en la que, además, una legión de cirróticos destruían sus hígados diariamente en aquel circo sin pan que se había convertido una España en la que se cerraban las panaderías mientras las tabernas continuaban abiertas y atestadas. Diariamente, veía desfilar delante de mí el genocidio que se estaba cometiendo contra las clases más desfavorecidas, carne de cañón para el tifus en la epidemia de 1941. A los fusilamientos diarios se sumaban los encarcelados que morían en las prisiones por millares y las víctimas de fiebres tifoideas, paludismo, disentería, tifus, tuberculosis y enfermedades venéreas. Agravaba la situación la prostitución de tanta mujer que había quedado sola porque su marido había sido ejecutado, represaliado, encarcelado, desaparecido o internado en un campo de concentración. Los servicios sanitarios, municipales y provinciales de beneficencia no lograban abarcar a toda la población. Las enfermedades infecciosas hacían estragos:

sarna, acarosis, meningitis, flemones, gangrenas, septicemias, papilomas, tétanos, sarampión, erisipela, fiebres de malta... El agua municipal era fango color de chocolate que no servía ni para limpiar.

Las carencias de medicinas y de medios técnicos nos dificultaban la labor. Para conseguir penicilina había que gastar una fortuna. 1941 acababa, se marchaba con la tristeza de haberse consumado como un año terrorífico en muertos. Una plaga que servía como un elemento más de represión para una clase obrera más preocupada en comer y sobrevivir que en protestar o mantener ideales políticos. La guerra continuaba, pero no contra un ejército armado, se acometía contra los pobres para domar y apaciguar a los pocos que quedaran vivos. Sobrevivíamos a aquel holocausto porque nos habíamos convertido en una raza inmortal. Tal como imaginaba cuando salí de Utrera, la guerra no había terminado. Estaba cada vez más convencida de la necesidad de seguir combatiendo y más decidida a actuar.

Carmencita, la hija de Gonzalo y de Lola, había enfermado, se cansaba con facilidad, estaba perdiendo peso sin razón aparente, sufría una tos persistente. Una mañana, expulsó un vómito de sangre que manchó su ropa de cama y las de los hermanos que dormían a su

alrededor. Ángel le diagnosticó tuberculosis. El tratamiento: mucho descanso, aire fresco, sol y una buena alimentación que alcanzara las tres mil calorías diarias, algo absolutamente inalcanzable para una familia que vendía los alimentos caros de su cartilla de racionamiento para comprar otros, menos nutritivos, pero más baratos. Le montamos en el patio una cama donde descansaría y tomaría el sol muy abrigada en los días en los que no lloviera. Todos los vecinos nos implicamos, robamos unos gramos de alimentos de nuestra ya escasísima dieta para que Carmencita pudiera alimentarse mejor.

Lola se arrancaba los mechones de cabello con sus manos. La tragedia de una hija enferma de tuberculosis a la que se unía su hijo mayor, de veintiún años, que había partido ese mismo año como voluntario de la División Azul. Su padre así se lo había pedido para borrar cualquier duda que pudiera existir sobre la adhesión de la familia al régimen de Franco. El 10 de julio había escuchado misa ante el altar de la Virgen de los Reyes en una catedral abarrotada de gente. El día 11, en un acto celebrado en la Plaza Nueva, recibió un banderín bendecido por el canónigo, el 15 partió con la primera expedición de sevillanos hacia Madrid entre un gentío entusiasta que le arrojaba flores. El año acababa, Lola no había vuelto a

recibir noticias de su hijo. Loca, de un lado a otro del corral, se enfrentaba a la posibilidad de que su hija muriera ahogada en un vómito de sangre cualquier madrugada. Yo la abrazaba sin saber cómo consolarla.

La Navidad había llegado de sopetón, húmeda, triste y apagada. Un sábado más, el hombre alto me regaló una rosa. Yo pensaba que se iba a marchar igual que siempre, sin decirme palabra, pero algo cambió, porque al finalizar la función y salir a la calle para dirigirme a mi casa, me estaba esperando. Por primera vez me habló y pude escuchar su voz grave.

12

Me siento vivo

Se atrevió, no sabía cómo lo hizo, pero Rufino esperó a Sonia a la salida de su trabajo. Cuando la mujer apareció y lo vio se quedó parada a un metro de él, con la boca en forma de o, los ojos muy abiertos, las cejas levantadas. No sabía qué hacer, no se movió, no se atrevía o no quería iniciar la marcha para dirigirse a su casa. Uno frente al otro. Por fin Rufino se decidió y le habló:

—Señorita Sonia, ¿le importa que la acompañe a casa?

—¿Va a interrogarme de nuevo inspector?

—¡Oh, no, discúlpeme! Esto no tiene nada que ver con el trabajo, es solo por el placer de caminar y charlar con usted.

—No me importa, pero me temo que va a ser un placer muy corto, porque, como usted ya sabe, vivo aquí muy cerca.

—Pero un placer muy corto disfrutado a diario se convierte en una dicha continuada.

—¿Quiere decirme que está dispuesto a acompañarme todos los días a casa?

—Si a usted no le importa.

Sonia quedó muy seria, pensativa. Sin decir palabra pasó junto al hombre y continuó su camino mientras Rufino observaba cómo se iba alejando su preciosa figura en un balanceo femenino. El sonido de los tacones resonaba en la noche. Sonia paró su marcha, dio media vuelta, volvió, dijo con una sonrisa que brillaba más en sus ojos que en su boca:

—Puede usted acompañarme si quiere.

El paseo duró solo diez minutos, aunque anduvieron muy lentamente, como si lamentaran cada paso dado. Al llegar a la puerta del corral donde vivía, Sonia le tendió la mano, él la estrechó acariciándola con su dedo pulgar.

—Todavía no sé cómo se llama, o al menos no lo recuerdo —preguntó la mujer.

—Rufino.

—Hasta mañana Rufino —dijo con una sonrisa que, en esa ocasión, se marcaba en sus ojos, en su boca y hasta en sus curvas.

1942 había amanecido. Rufino se sentía vivo. Cuando llegaba a casa, el recuerdo de Sonia envuelta en su alegría colmaba ese espacio que tan vacío dejaban los gritos de los niños, una mujer a la que no le apetecía ver y un trabajo que lo sumergía en la miseria. En un coche de policía que rodaba un día sí y tres no por falta de gasolina, acompañado por tres policías armadas, recorría las calles en busca de mendigos que enviar al campo de Las Arenas, en el término municipal de La Algaba. Según describía la propaganda, se trataba de un internado que había sido creado para dar cobijo, saneamiento y trabajo a los indigentes. Rufino sabía bien que mendigo que entraba allí no salía vivo debido a las malas condiciones del centro, la muy escasa alimentación, las neumonías producidas por el frío y las muertes que causaban las epidemias. Sí, lo sabía, pero tenía que cumplir con un sombrío deber que cada minuto le pesaba más. Día tras día su traje se impregnaba de pestilencia, aunque todo lo olvidaba cuando pensaba en Sonia. A veces se dedicaba a recoger niños vagabundos para ponerlos a disposición de las autoridades, que los enviaban al hospicio de la calle San Luis o al hogar de San Fernando. En su mayoría eran huérfanos. Realizando aquella labor confirmaba que los

verdaderos perdedores de la guerra habían sido los niños.
«¿Ha valido la pena el haber combatido para esto?».

Vigilaba a una población cuya única preocupación era entretener el hambre, sobrevivir, lamentarse y olvidar. Días repulsivos que contrastaban con noches de ilusión y enamoramiento en unos paseos cada vez más largos, pues mayores eran las vueltas que caminaban hasta llegar a la casa de Sonia. Una noche, amparado en la oscuridad de la una de la madrugada en invierno, Rufino la besó a la entrada del corral. Ella se alzaba de puntillas para poder alcanzar con sus brazos el cuello, lo besaba jadeante en los labios. Él la tomaba por la cintura y le susurraba lo mucho que la deseaba, ella levantaba su muslo hasta la cintura del hombre, apretaba su centro y sus pechos contra aquel cuerpo fibroso de varón, buscaba su aliento con la boca. Pareció que aquello durara un siglo, aunque solo hubieran transcurrido treinta deliciosos minutos que remataron cuando Sonia cantó *A media luz* al oído de Rufino:

Y todo a media luz
que es un brujo el amor,
a media luz los besos
a media luz los dos.

Y todo a media luz
crepúsculo interior,
¡qué suave terciopelo!,
la media luz de amor.

Después susurró:

—Me tengo que ir ya, cariño, mañana nos vemos.

Subió, rápida, escaleras arriba. Rufino quedó echado sobre el muro, con el sabor a menta de la boca de Sonia todavía vivo y el recuerdo de su perfume acariciando el momento más feliz de su vida.

Rufino estaba cambiado, su desidia se había disipado, se sentía llevado en volandas por unas fuerzas nuevas que surgían de su interior. Acudía con alegría al trabajo que le habían asignado como castigo por su falta de acierto en el caso de los falangistas muertos. «¡Es que no me reconozco!». Hasta estaba fumando menos. Cuando un tendero avisaba porque se originaban discusiones en las largas colas del racionamiento, Rufino acudía, junto con los policías armadas, con cara seria, pero con una sonrisa interior. En aquellas colas, las mujeres protestaban, culpaban a las autoridades de haber vaciado las despensas de España para enviarlas a una Alemania en

guerra. Algunas conservaban la valentía de preguntarse en voz alta, que la oyeran todos, para qué había servido la guerra si eran mucho más pobres que con la República. Los hombres solían permanecer callados por miedo a la represión, a la cárcel y a la muerte. Las mujeres, a las que se les toleraban más las protestas, se rebelaban. No se quedaban quietas viendo a sus familias morir de hambre, arriesgaban con el estraperlo o cometían pequeños hurtos en corrales, campos o vagones de tren sin emplear ningún tipo de arma o violencia. Algunas actuaban conjuntamente para después repartirse el botín.

Movido por la alegría que sentía en aquellos momentos, Rufino solía ser generoso con aquellas mujeres a las que comenzaba a comprender después de comprobar con sus propios ojos el estado de miseria en el que se encontraba la ciudad. Rara vez llevaba a comisaría a alguna, las dejaba libres con más frecuencia de la que les hubiera gustado a los policías armadas que lo acompañaban, y además, sin exigir ningún favor a cambio. En una ocasión tuvieron que acudir rápidamente a Triana porque se había provocado una gran reyerta a causa de un burro que había muerto en plena calle. En aquel momento, el pobre animal dejó de tener dueño para pertenecer a las hambres de todos los parroquianos, que

acudían corriendo con cuchillos y hachas de carnicero para despedazar al animal y llevarse a casa el mayor trozo de carne posible. Pronto los vecinos comenzaron a amenazarse unos a otros, a blandir los cuchillos amenazantes a escasos centímetros de las caras.

Los policías restablecieron el orden, dispersaron a los vecinos, comprobaron que el suelo se embarraba en un charco de sangre y despojos sobre el que se encontraba la piel, la cabeza y los intestinos del asno despedazado. Avisaron al matadero municipal para que retiraran lo poco que quedaba del burro. Comprendiendo a aquellas personas, rehenes de su miseria, Rufino no quiso practicar ninguna detención. Los policías armadas comenzaron a llamarlo «el blandito». Aquellos comentarios llegaron a los oídos del comisario. Cada vez estaba más descontento con él.

De vez en cuando detenían a alguna vidente que se aprovechaba de la incultura y la ansiedad de la población más necesitada haciendo predicciones sobre cuándo iban a volver los familiares que se encontraban desaparecidos. Las personas más ilusas seguían manteniendo la esperanza de verlos entrar algún día por la puerta. No se resignaban ni aceptaban que estaban muertos, que sus restos descansaban en cunetas o en fosas comunes.

«¡Brujas!». A esas videntes sí que las arrastraba a la comisaría y les daba un buen susto.

En ocasiones custodiaba bidones de aceite que se cargaban en trenes con destino al puerto de Málaga desde donde partían hacia Alemania. En dichos bidones se leía un rótulo: «Sobrante de España». Otras veces eran cargamentos de fruta, verduras, cosechas enteras de patatas que eran transportadas en tren hacia el puerto de Valencia, desde donde continuaban cargadas en barcos hacia las zonas ocupadas por Alemania. También acudía, en tiempo de verano, a la playa de María Trifulca o a la Barqueta para hacer cumplir que todo el personal fuera del agua, sobre todo las mujeres, mantuvieran el albornoz puesto en todo momento.

Una mañana en la que Rufino se aburría en su despacho escuchó un aullido. «¡Coño, cómo chilla el bigotes!». El comisario estaba muy enfadado porque Germán tampoco estaba consiguiendo resultado alguno, no avanzaba en su investigación. En Madrid se estaban poniendo muy nerviosos. Se asomó a la puerta, vio salir al compañero del despacho del comisario, parecía sudoroso, lívido, desencajado. Rufino no sabía nada de cómo marchaban las pesquisas porque Germán lo había excluido

completamente del caso. No quería ocultar que se alegraba de que no le fuera bien, lo malo de todo aquello era que al final iba a pagar algún inocente por el crimen. Tarde o temprano se reflejaría en la prensa que se había encontrado al culpable, que había confesado y se daba por cerrado el caso. Un desgraciado moriría ejecutado por un crimen que no había cometido en una España en la que ningún asesinato quedaba sin resolver.

En medio año Rufino no había dejado de acompañar a Sonia ni una sola noche. Se sumergía en su boca, en su perfume, en su escote, en sus caderas, siempre en el secreto de la noche de una ciudad fantasma sin luces. «¡La polla me va a reventar!». Sonia le daba el último beso y se perdía escaleras arriba.

Rufino se aprovechó de su cargo de inspector de policía, chantajeó a un estraperlista que regentaba una pensión en el Arenal.

—Yo no te denuncio si tú me permites utilizar una de tus habitaciones para estar con una mujer sin que me exijas el libro de familia que certifique que estamos casados.

Una mañana del mes de abril de 1942, a las once y media, Sonia se desnudó delante de Rufino. Ante sus

deseos se desplegaron los cabellos rubio platino, los senos voluminosos, sus caderas, sus muslos redondeados, su culo en forma de pera que tan loco lo volvía. En la cama, sexo contra sexo, pecho contra pecho, boca contra boca, desfogaron ansiedades reprimidas devorándose el uno al otro.

Cuando reposaban más tranquilos, él fumando, ella abrazada al pecho velludo, Rufino confesó:

—No quiero engañarte, quiero que sepas que estoy casado.

—Ya lo sabía. ¿Hago café?, tengo una mano especial para prepararlo, ¡verás qué rico me sale! — contestó Sonia.

13

Más malo que Baltasar

Dos amores alegraban mi vida, los dos los disfrutaba en secreto. Rufino no sabía nada de Ángel, Ángel no sabía nada de Rufino. Me culpaba diariamente, era consciente de que llegaría el momento en el que tendría que decidir entre uno y otro, aunque las dos relaciones estaban condenadas a la clandestinidad: la de Ángel porque no me quería casar por la Iglesia, la de Rufino porque era él el que estaba casado. Tarde o temprano tendría que hacer daño a uno de los dos. En un lado pesaba la admiración por la persona, el cariño, la compañía diaria, una cama caliente, hambres compartidas, el respeto político y humano a un médico republicano, uno de los nuestros. En el otro lado de la balanza equilibraba una atracción sexual que me colmaba de placer, a la que no deseaba renunciar, un amor físico y feroz con un policía fascista que representaba aquello que yo pretendía combatir en mi guerra particular. Amor frente a pasión en una batalla que se libraba en mi pensamiento cada minuto del día.

La atracción por Rufino no me impedía seguir ejerciendo de enfermera por el día. Una madrugada, oímos que alguien llamaba a la puerta de la estancia de Ángel. Él se vistió rápidamente, se coló por el agujero de la pared y pasó a su lado. Una vez que cerró el hueco con el mueble, abrió la puerta. Dos personas cargaban a un individuo de unos veinticinco años que estaba agonizando. Ángel llamó a mi puerta, cuando entré en su estancia el hombre ya había sido depositado en la cama, las dos personas que lo llevaron se habían marchado. El enfermo era solo pellejo amarillento, las cuencas de los ojos hundidas y negras, los pómulos sobresalientes. El cabello lo tenía grasiento y sucio, la barba descuidada desde hacía muchos días. Parecía un milagro que aquel hombre pudiera llegar a ver el amanecer.

Diagnóstico: neumonía. Me puse manos a la obra, a hacer todo lo que Ángel me pedía. Le aplicamos un enema salino para limpiar el intestino, lo abrigamos todo lo que pudimos, calenté agua para darle un pediluvio, puse compresas frías en la frente, fomentos grandes y humeantes en el pecho hasta que el paciente comenzó a sudar. Lo dejamos descansar. Yo procuraba mantenerlo caldeado con una botella de agua que hervía una y otra vez, y muy tapado con mantas. Mi misión era procurar

que no se enfriara. La misma operación dos veces al día. No podíamos hacer más, conseguir penicilina, con nuestros ingresos, ¡misión imposible!

El paciente sobrevivió a aquel amanecer y a muchos más. Cuando se sintió mejor, aunque débil, pudo contestar a nuestras preguntas.

—Me llamo Salvador Torres. En noviembre del año *pasao* me metieron en el campo de Las Arenas, que está en La Algaba.

—No había oído hablar de ese campo —puntualizó Ángel.

—Porque lleva poco tiempo abierto, es para *arrecoger* mendigos. A mí me han *metío* allí por coger colillas, pedir y dormir en la calle. Un día me trincaron dos policías armadas que iban con un inspector muy alto, más largo el tío que un invierno. Me llevaron a la comisaría y después al campo de internamiento ese.

Al oír la descripción del inspector me dio un vuelco el corazón. Salvador prosiguió:

—¡Ya usted ve!, que yo ni me he *metío* nunca en política ni he hecho ningún delito. *Na* más que por pedir y por ir sucio. El campo tiene una alambrada muy larga, por lo menos trescientos metros, y la guardan policías armadas y otros guardias distintos que hay dentro. De allí

no se escapa ni Dios. Tiene dos barracones y por lo menos tres fanegas de tierra. Cuando entré me dieron un mono color caqui y unas zapatillas de esparto. Yo me asusté, porque los que estaban allí metidos estaban más consumidos que yo, y mire que en la calle me quitaba el hambre a *guantás*. Según lo que yo escuchaba, aquello había sido campo de concentración durante la guerra, y después habían hecho los dos barracones en el mismo sitio donde estaba el campo. ¡Pero vamos!, que allí no había de *na*, solo un montón de gente que nos apiñábamos porque no teníamos ni un metro donde rebullirnos. No teníamos ni camas, que dormíamos en el suelo.

El director del campo era un tío que se llamaba Baltasar, como el rey mago, y fíjense si era *hijoputa*, que en La Algaba, ahora cuando se le quiere señalar a alguien lo malo que es se dice: «¡Eres más malo que Baltasar!». Encima, el tío decía que allí estábamos muy bien porque teníamos un techo y comida y se nos evitaban las enfermedades contagiosas.

—Cuénteme cómo era la vida en el campo —dijo Ángel.

—¡Un infierno! El Baltasar, que iba en un caballo blanco, nos llevaba andando a una acequia y nos obligaba a que nos bañáramos en pleno invierno. El agua estaba

congelá, había gente que se moría de frío y de pulmonías. De comer *na* de *na*, una sopa que no era más que agua y un cachillo *mu* chico de pan negro. Se decía que el Baltasar se quedaba con el dinero de la comida. Nos caíamos de hambre, pero teníamos que trabajar mucho forzosamente en unos campos que hay por allí cerca. ¡A ver cómo se trabaja con el estómago vacío! Y solo con el mono, que pasábamos unos fríos tremendos, y mucha mierda por todos los lados, y durmiendo en el suelo. Eso sí, todos los domingos a misa forzosamente.

—Pero, ¿no podían salir de allí para nada? — pregunté.

—¡Imposible!, y eso que una tía mía de Sanlúcar, cuando se enteró de que yo estaba allí, intentó sacarme. Había presentado un certificado de trabajo en un cortijo que me había buscado, otro de buena conducta firmado por un cura y una recomendación del jefe de Falange del pueblo. Pues ni por eso me dejaron salir del campo.

—Imagino que con esas condiciones morirían muchos internos — comentó Ángel.

—¿Muertos? Todos los días caía algún mendigo preso. Decían los que llevaban más tiempo allí que en un año habían muerto ciento treinta y nueve. Y no me extraña, que eso lo he visto yo con mis ojos, que raro era

el día que no *palmba* alguno por pulmonías, tifus o tuberculosis. Los cabrones los dejaban morir, y cuando ya había *jiñao* lo llevaban en un carro de madera a la puerta de la iglesia, donde el párroco le daba un responso sin ni siquiera dejarlo entrar dentro. Después lo echaban a una fosa común del cementerio de La Algaba.

—Si no pueden salir del campo, ¿cómo es que lo han traído aquí? —pregunté.

—Allí no hay ningún médico ni nadie que entienda *na* de medicina. Me puse muy malito, con mucha tos y mucha fiebre, perdí el conocimiento, así que imagino que me dieron por muerto, porque cuando desperté estaba en la fosa común, encima de muertos *podríos* y blanco de cal viva que me ha hecho daño en los ojos y en el pellejo. Salí de la fosa con mucho esfuerzo, tuve la suerte de encontrarme con dos hombres, muy buenas personas, que me llevaron a su casa, me limpiaron la cal, me dieron ropa, me montaron en un carro y me trajeron aquí. Al Baltasar lo echaron en el mes de marzo, pero aquello sigue igual. Yo antes me pego un tiro que volver allí.

—No te preocupes, nosotros te vamos a ayudar, esas personas que te han traído me conocen, sabían lo que hacían —tranquilizó Ángel.

Salvador sobrevivió, lo tuvimos con nosotros todo el mes de mayo hasta que se restableció completamente. Se reponía en la estancia de Ángel mientras nosotros dormíamos en la mía. Sabía de nuestro secreto, del hueco en la pared, que éramos amantes. Confiábamos en él, se lo habíamos contado todo y actuábamos con naturalidad. Ellos cenaban juntos, después Ángel pasaba a mi estancia, cerraba el hueco y me esperaba en la cama a que volviera del trabajo. Fueron días difíciles porque tres bocas comen más que dos, y eso, en tiempos de hambre, se nota muchísimo. Una mañana de junio, muy agradecido, nos abrazó y se despidió. Yo le había conseguido ropa y le había entregado dinero para el autobús que lo llevara a Sanlúcar. Cuando se marchaba, desde la barandilla de la galería le cantaba *Amargura*:

Llora el ave cuyo nido,
en la noche, llevó el viento.
Cuán amargo es su lamento,
como triste es su gemido.

Profunda la pena ha sido,
mas torna luego a anidar,
y cantando sin cesar

vive feliz y contenta.
Ya el ave no se lamenta,
ni tiene por qué llorar.

A salvador no lo volví a ver, aunque más tarde irrumpiría en mi vida de una manera muy peligrosa, pero eso lo contaré más adelante. ¡En fin!, una buena acción samaritana y a seguir con mi loca vida.

Cada cierto tiempo acudía a confesar, pero siempre en una parroquia distinta.

—Padre, confieso que constantemente me vienen a la mente pensamientos impuros. Cuando veo a cualquier hombre, me enciendo y siento deseos, y, aunque todavía no ha ocurrido porque no ha habido oportunidad, sé que si me viera a solas con alguien caería en la tentación y pasaría de los pensamientos a los hechos. No me podría contener, estoy segura de ello, un solo roce me haría entregarme por entero a los gozos carnales que alimenta el diablo. Mi pecado es aún más grave, porque los peores pensamientos y deseos los imagino con sacerdotes.

—¿Estás prometida?

—No.

—¿Además del pensamiento has caído en la tentación por obra? —Yo notaba que al cura se le había acelerado la respiración.

—No padre, ya le digo que no he tenido oportunidad de estar a solas con un hombre, pero lo deseo tanto que sé que no podría contenerme.

—Pero, si ello llegara a ocurrir, además del pecado de lujuria, cometerías el de injusticia señalando en otra confesión a la persona a la que tú has arrastrado —dijo el hijo de puta mientras empezaba a jadear, su aliento se volvía más penetrante que el olor a incienso.

—No, eso sí que no lo haría, si hay una virtud que alberga mi alma es la de la discreción. Se dice el pecado propio, pero nunca el ajeno, además no se nombra nunca a otro pecador, por muy terrible que haya sido su falta.

—Mira hija, lo que me cuentas es lo suficientemente grave como para que lo tratemos con mucho más tiempo en la sacristía. Ya ves que hay cola para confesar, esto no lo podemos resolver con dos simples padres nuestros. Quiero que vengas a verme el próximo viernes a las doce del mediodía, yo te estaré esperando.

Un segundo antes de levantarme, la voz del cura ya sonaba tan entrecortada, acelerada, tensa y jadeante

que podía imaginar fácilmente la erección de su pene bajo la sotana. Le dije que sí, le aseguré que acudiría, me levanté y me fui.

El viernes, a medio día, estuve puntualmente en la sacristía. Me había quitado la pulsera del tobillo y me había asegurado de que nadie me viera entrar. Me abrió el sacerdote, ya me miraba con ojos brillantes. Altura mediana, tirando a delgado, comenzaba a quedarse calvo, vestido de calle, demasiado perfumado para tratarse de un cura. Cuando pasé, cerró con llave.

14

Celoso

El gordo me había pedido que lo acompañara al levantamiento de un cadáver. Se sentía perdido y cuestionado, en aquel momento sí solicitó mi ayuda, aunque antes me había apartado totalmente del caso de los falangistas envenenados. No me apetecía echarle una mano, pero no me importó ir porque cualquier labor era mejor que la lucha que me traía diariamente con tanto piojoso y tanta porquería.

Nos desplazamos a una parroquia que estaba situada por la zona de la judería. Nos acompañaron a la sacristía, donde encontramos a un cura tirado en el suelo. Estaba vestido de calle, se encontraba boca abajo, de sus labios salían unos espumarajos secos. Aquello olía a incienso añejo y a vino de misa, también a perfume de hombre. Todo estaba en orden: una mesa y cuatro sillas, un arcón largo y macizo con hermosos relieves, un mueble vidriera con una llave puesta donde se guardaban libros que parecían antiguos. Según los dos monaguillos, dos jovenzuelos que temblaban ante nuestras preguntas, no

faltaba nada. También interrogamos a dos seglares de unos treinta años que hablaban con unos modales así como muy de iglesia y un poco amanerados. A nuestras preguntas sobre si sabían si el sacerdote había concertado alguna cita o si habían visto a alguien por la sacristía ese día, contestaron que ni sabían ni habían visto nada. El gordo sudaba, movía los labios en silencio, parecía que estaba rezando por que el cura hubiera muerto de forma natural, que no fuera aquel un nuevo caso de envenenamiento por cicuta. Un cierto tufillo me decía que se había cagado en los pantalones. No me extrañaba, con lo pelota y rastrero que era, temía más que a una vara verde una bronca del bigotes. Se descomponía el tío. Pronto llegaron el forense y el juez, hicieron su trabajo entre guantes y plásticos. El cadáver fue trasladado para que se le realizase la autopsia. ¿Qué coño estaba haciendo un cura con tanto perfume encima?

De vuelta a comisaría, el gordo me estuvo comentando la investigación que había llevado a cabo hasta ese momento. El muy simple se había limitado a buscar por toda Sevilla, preguntando a la gente si conocía a una mujer llamada Antonia Palacios que era cantante. Cuando se hartó de que le dieran un no por respuesta, comenzó a interrogar de nuevo a los familiares de los dos

falangistas, y claro, el resultado fue el mismo que yo obtuve: nada. Al menos yo sabía algo que él ignoraba, que aquel cura, en caso de haber sido envenenado, no era el primero de la lista, sino el segundo, pero no estaba dispuesto a comentarlo con él porque prometí al sacerdote de Utrera que no contaría nunca lo que me reveló. El resultado de la autopsia: muerte causada por ingestión de cicuta. Al gordo se le iba a caer el poco pelo que le quedaba, pero a mí me importaba tres leches. ¡Que le dieran por culo!

De vuelta a la rutina. La comisaría general de abastos publicaba cada semana el porcentaje, la cantidad y el precio de los alimentos que se adjudicaban. Era mi obligación acudir a sofocar las broncas que se formaban en las colas. Entrábamos en los establecimientos donde los dueños discutían con algunos compradores porque se la intentaban colar. Había quien llevaba una cartilla falsificada o que pertenecía a algún familiar ya fallecido, incluso quien intentaba borrar con migas de pan la tinta de los sellos en la cartilla de los alimentos ya dispensados. Picarescas ante unas tiendas y hornos de pan que no despachaban nada, que mantenían los escaparates vacíos, tan solo los estantes limpios asomaban a la calle tras los

cristales. A veces nos llamaban del puerto porque los cargadores no realizaban su labor debidamente. Comprobábamos que los trabajadores, sentados sobre fardos, casi no podían andar por falta de alimento. No podían descargar con tanta rapidez como lo hacían antes, nos comentaban que no les quedaban fuerzas. Siempre recibíamos órdenes de velar por los intereses de los propietarios, así que les dejábamos de regalito algunas amenazas. En una ocasión acudimos a una reyerta, en una funeraria de la calle Amor de Dios, que casi acaba en tragedia. La discusión se debió al precio de un ataúd. Era para una niña de diez años, el padre argumentaba que el precio de un féretro infantil era de cuarenta pesetas y no de sesenta como pretendía cobrarle el dueño de la funeraria. El dueño, a su vez, argumentaba que el precio de cuarenta era para ataúdes de hasta un metro, y que la niña medía más de un metro. Habían llegado a las manos y se habían agredido mutuamente. Dos buenas bofetadas y un traslado a la comisaría dejaron al padre de la niña muerta más suave que un guante.

El infierno en mi trabajo, el purgatorio en mi día a día con mi mujer y mis hijos, el cielo los sábados por la noche cuando iba a ver a Sonia y la acompañaba a su casa, la

gloria cada martes por la mañana metido en la cama con ella en la habitación de la pensión de mi amigo. El absoluto placer de sus pechos, de su boca, de sus nalgas, de sus muslos pegados a mi cuerpo en un continuo respirar acelerado y fogoso. Una mujer definitivamente entregada que me deseaba y disfrutaba con furia, una y otra vez hasta perder el conocimiento cuando estaba dentro de ella. Al acabar disfrutábamos de la calma, desnudos, abrazados, charlando de nuestras cosas.

Un sábado de otoño, en la taberna El Duende, mientras saboreaba mi copa de oloroso y esperaba la actuación de Sonia, posé mis ojos y mi curiosidad en un caballero ricamente vestido con un terno de lana gris. El cuello lo cerraba con un pañuelo de seda de colores vivos, los puños con unos gemelos de oro. Los dedos estaban tan cargados de anillos y piedras que debían pesarles al tamborilear sobre la mesa de madera al compás de una soleá. Canoso, buen corte de pelo, peinado hacia atrás, entre cuarenta y cincuenta. Un diente de oro centelleaba continuamente porque su sonrisa no se apagaba nunca. También dorada era la cabeza de elefante que servía de empuñadura de su bastón. Sobre la mesa descansaban un ramo de claveles blancos y un vaso que debía contener un cóctel de estos modernos y extranjeros, a juzgar por el

color tan raro que tenía el líquido. El tío llamaba la atención, se notaba que era alguien que manejaba mucho dinero.

Sonia, como todas las noches, cantó dos tangos y dos boleros. Al acabar cada pieza, el caballero le lanzaba un clavel y aplaudía con un entusiasmo y unos aspavientos que no eran propios de un hombre. Uno de los claveles lo cazó al vuelo Sonia, lo olió con gesto pícaro, lo besó y se lo volvió a tirar al caballero. Aquello no me gustó, un calor intenso me subió desde el dedo meñique del pie hasta las orejas, me temblaban las manos, apretaba la mandíbula hasta causarme dolor. Más tarde salió el maricón de las coplas a las tablas. Se repitió lo de arrojarle un clavel al acabar cada canción. Aquello me tranquilizó un poco, pero de nuevo volvió el fuego a recorrerme el cuerpo cuando, una vez que el cuadro flamenco volvió a aparecer en el escenario, el *bienvestío* de los claveles fue acompañado por el dueño del local al interior de los vestuarios. No volvió a salir, el espectáculo terminó sin que regresara a su mesa. Yo explotaba.

En la calle, esperando la salida de Sonia, el fuego se había convertido en llamas que me salían de los oídos, la nariz, la boca y los ojos. Cada minuto me parecía un año, los ojos puestos obsesivamente en la puerta por donde

estaban saliendo, en un goteo tardío y perezoso, cada uno de los empleados de la taberna. Todos menos ella. Cuando ya estaba a punto de entrar y arrasar con las puertas de los vestuarios, apareció Sonia sonriente y tranquila. Al verme la cara preguntó:

—¿Qué te pasa?

Yo no iba a perder el tiempo en circunloquios mentales ni tonterías. Fui al grano.

—¿El tío que te ha tirado hoy claveles cuando cantabas ha estado en tu vestuario?

—No, ahí no puede entrar ningún hombre.

—Yo he visto que el dueño de la taberna lo ha acompañado al interior.

—Yo no sé nada, no sé dónde ha estado ese señor, pero te puedo asegurar que en mi vestuario no ha entrado.

—¿Por qué le devolviste besado el clavel?

—Es un gesto de agradecimiento a un espectador que me demuestra con una flor que le está gustando mi actuación. ¡Vamos!, que tú me has visto hacerlo otras veces, y ni ha ocurrido nada ni te has puesto así.

Era cierto lo que decía, pero el imaginarme que pudiera verse a solas con otro hombre me estalló el entendimiento. Nos fundimos en la oscuridad del portal

de su corral de vecinos. Tuve un impulso que no se me hubiera ocurrido si no hubiera pasado lo del incidente del *bienvestío* de los claveles: por primera vez le pedí subir a su estancia. Le temblaba la voz, se negó razonando que las lenguas la arrojarían inmediatamente a las garras del párroco, que yo era un hombre casado, que podía incluso perder mi trabajo como inspector de policía. Sí, todo era cierto, sin embargo, camino de mi casa, las dudas daban vueltas en mi cabeza como un torbellino y una pregunta me machacaba el pensamiento: ¿Me estará diciendo la verdad o me oculta algo? Antes del cataclismo emocional que supuso en mí tal arranque de celos, no había reparado en que no sabía nada de ella. En los paseos acompañándola a su casa o en los momentos que pasábamos en la cama después de la faena, siempre era yo el que le contaba mi historia, pero ella jamás había mencionado nada de su vida pasada ni de su familia. Se limitaba a explicar que eran recuerdos muy dolorosos y prefería no hablar de ello. Yo no sabía ni siquiera cómo se llamaban sus padres o si vivían o habían muerto, si tenía hermanos, dónde se había criado. Y encima yo le daba pelos y señales de mi trabajo y de las investigaciones llevadas a cabo en el caso de los falangistas envenenados. Lo había tomado con naturalidad y lo creía normal, hasta

aquella noche en que comencé a dudar, quizá sin razón, de ella. Había buscado en cada metro cuadrado de la ciudad a Antonia Palacios, una mujer de su misma edad que cantaba de maravilla al igual que ella. No la encontré. Puse tras su pista a un buen número de gorraplatos que buscaban en archivos y preguntaban hasta a los sordomudos: nada. El gordo casi se había limitado a perseguir ese nombre: cero. Muy posiblemente yo era presa de una obsesión. ¿Sería Sonia la misma persona que Antonia Palacios? Seguro que no, pero necesitaba averiguarlo para quedarme tranquilo.

El martes, metido en la cama junto a ella, fumando, mi espalda sobre el cabecero, sus brazos abrazando mi cintura y su cabeza reposada sobre mi pecho, le comenté:

—¿No te parece que no es normal que todavía no sepa nada de ti?

—Sí, entiendo que pienses así —contestó.

—Tienes que confiar en mí. Me voy a enfadar si me sigues ocultando tu vida pasada.

—Te ruego que no insistas, por favor. Mis recuerdos son tan traumáticos que me bloqueo si rebusco en mi memoria. Todavía no me encuentro preparada, pronto lo estaré —dijo mirándome con ojos de súplica.

—No te preocupes. ¿Sabes?, me gustaría que me dieras una fotografía tuya para llevarla en la cartera.

—¿No te da miedo de que te la pueda encontrar tu mujer o que te la vean en el trabajo?

—No, quiero llevar tu imagen siempre conmigo — contesté después de darle un beso.

Ella sonrió, se levantó de la cama y preparó un exquisito café. Dos semanas más tarde me dio la fotografía, estaba guapísima. Había ido expresamente a hacérsela a un fotógrafo de la calle Sierpes. En el reverso había estampado sus labios de carmín con un beso. Mi obsesión seguía golpeando mis sienes, necesitaba calmar la ansiedad que me causaban mis dudas. ¿Ir a Utrera?

Fui solo, volví a visitar a Juana Palacios, la madre de Antonia. Llevaba preparada una artimaña como compulsión que sirviera de bálsamo y descanso a mi sufrir. La casa seguía tan sucia como la primera vez que la visité, olía a ratas, a dejadez. La señora: despeinada, canosa, enfermiza, medio calva, me atendió amablemente a la luz de una pobre vela que apenas alumbraba nuestras caras entre la escarcha y la oscuridad.

—He venido a visitarla para informarle que hemos encontrado a Antonia, que está muy bien y que le envía

muchos besos y una fotografía para que usted vea lo guapa que está.

Saqué de mi cartera la fotografía y se la entregué a la anciana con la esperanza de que me contestara: «Se ha equivocado usted, esa no es mi hija». Se quedó mirando aquella cara, luego dijo, emocionada:

—Sí que está muy guapa, pero, ¿por qué no me escribe?, ¿por qué no viene a verme? Sevilla no está tan lejos.

Le solté alguna mentira piadosa atropellada, le dejé la fotografía con el beso que ella creía que le enviaba Antonia. ¿Dónde está la salida? Me fui de allí receloso con un mundo que se me había vuelto, de golpe, boca abajo. ¡La amaba tantísimo! No sabía qué hacer.

En casa no podía dormir, en la radio sonaba *La mentirosa*.

Cuanto te amé puedo decir
que jamás a otra mujer,
podré querer como a vos.

La juventud no volverá nunca más
y a la ambición ya puedo darle el adiós.

¡Qué tiempo aquel!,
hora fugaz que se fue,

todo el valor de una pasión conocí.
Cuántas felices frases de amor escuché,
que siempre yo, sumiso y fiel, te creí.

Las caricias de tus manos,
tus palabras de ternura,
dejaron cruel amargura,
porque nada fue verdad.
Besos falsos de tu boca,
juramentos, ilusiones,
mataron mis ambiciones,
sin un poco de piedad.

Pero, por el mal que vos me hiciste,
solo dice mi alma triste
¡mentirosa!, ¡mentirosa!

Ya no era el mismo hombre con Sonia, no podía serlo.
Aparecí de nuevo el sábado por la taberna. El *bienvestío*
estaba sentado, con su ramo de claveles listo y su cóctel
de colores raros ya preparado. Flores y aplausos al
maricón y a Sonia, después perderse en los vestuarios. Yo
había investigado ya quién era aquel pájaro porque en
aquel momento no me fiaba de nadie. Fue muy fácil,

parecía que en Sevilla lo conocía todo el mundo menos yo. Era, nada más y nada menos, que Luis María Puig y Somosierra, marqués de Somosierra. Al parecer, y según me contaba gente que lo conocía bien, era maricón *perdío*, que suspiraba por cualquier muchacho que tuviera una polla en condiciones, pero que no hacía asco a las mujeres. ¡Vamos, que les daba a los dos palos! Se gastaba fortunas en organizar fiestas en su palacio con jovencitos, putas, lesbianas y hombres y mujeres de dinero, donde la cocaína y el alcohol corrían para desembocar en auténticas orgías y escándalos. La policía tuvo que acudir al palacio en más de una ocasión, pero no actuaba más allá de poner un poco de orden porque ante un aristócrata nada se podía hacer. Era también aficionado a los cafés de barrios bajos, donde gustaba de mezclarse con la chusma. Más de una vez había recibido palizas por ir tan bien vestido y por mariconeo. Era apasionado de la copla, amigo de tonadilleras y cantantes famosos. El saber todo aquello no me había dejado tranquilo, todo lo contrario.

Aquella noche, mientras paseábamos camino de su casa, pensaba que era la primera vez que veía a Sonia después de saber que era Antonia Palacios, mentirosa y posiblemente asesina. El estar junto a ella se había

convertido en una adicción a la que no podía ni quería renunciar. ¿Sería yo el próximo en morir?

15

Gatos y solomillo de ternera

Rufino estaba muy raro con Sonia, había cambiado, ya no era el mismo palo seco y lacio que tanto le gustaba y la excitaba. Parecía que escrutaba cada palabra que ella pronunciaba, cada movimiento y hasta cada beso que le daba. Sonia sabía que estaba así desde la primera noche que el marqués apareció por la taberna. «¡Se puso tan celoso!», y eso que ella no tenía nada que ver. Ciertamente que el marqués le lanzaba siempre claveles, pero después con quien se metía en el vestuario era con Serafín. Entonces Sonia no conocía quién era el caballero aquel tan bien vestido, solo sabía que a Atanasio, el dueño de la taberna, se le ponían los ojos como huchas cuando veía las buenas propinas que le embolsaba para que lo dejara pasar al vestuario. Había habilitado un cuartucho donde guardaba botellas de vino como camerino personal de Serafín para que se viera a solas con el marqués.

Aunque Rufino había cambiado, seguían disfrutando del sexo todos los martes. Veían pasar las estaciones del año tras la ventana de la pensión tal como

se contemplan los paisajes desde un tren. El otoño de 1942 amenazaba húmedo y gris a unos sevillanos que tanto temían la llegada del frío. Alpargatas o sandalias sin calcetines en los pies, en los estómagos, el vacío que provocaban la falta de proteínas animales y unas raciones que continuaban menguando a medida que pasaba el tiempo. Sevilla la roja se había convertido en Sevilla la mísera.

Con el trabajo de Sonia, las propinas y los pagos en especie en forma de bellotas o castañas que le hacían los pacientes a Ángel, la pareja medio comía, aunque no podía alcanzar los precios que se pedían en el estraperlo por alimentos de primera necesidad. En la consulta, Ángel y Sonia comenzaban a atender a personas que se presentaban con el abdomen y las extremidades hinchadas por edemas de hambre. No tanto como sus vecinos, pero también comenzaban a pasar necesidad. Las mujeres del corral aprendían a freír sin aceite con trocitos de tocino que guardaban como un tesoro, a hacer tortillas sin huevo y pucheros sin legumbres, sin huesos y sin carne. Un trozo de pan negro cada cinco días les alegraba la jornada. Cuando comían huevos fritos bailaban en un festejo espontáneo. Si se manchaban la ropa con una gota

amarilla de yema no la limpiaban para poder presumir de lo que habían saboreado. Algunas personas iban al campo para coger hierbas que después hervían con un poco de sal. Decía Ángel, preocupado, que los adultos estaban consumiendo tan solo un tercio de las calorías diarias necesarias para una correcta alimentación, y que los niños una quinta parte.

Gonzalo y Lola fueron agraciados con una inmensa suerte: unos familiares del pueblo les regalaron una cabra para que a Carmencita no le faltara leche ningún día. Al trasladarlo en una camioneta, el animal fue custodiado por cuatro hombres para que nadie lo robara. Conviviría en la misma estancia con los miembros de la familia, pateando y corneando sobre cagarrutas entre camastros, escupideras, niños pequeños, adolescentes, jóvenes y adultos. Si hubieran dejado a la cabra amarrada fuera, no habría tardado en desaparecer ni media hora. Leche todos los días que les permitía fabricar queso y hacer trueques con otros alimentos, una fortuna fabulosa. Dos semanas más tarde Carmencita empeoró, hubo que ingresarla en el Hospital Central, donde se aceptaban tísicos pobres.

Macarena se había convertido en una experta cazadora de gatos. Había fabricado una jaula trampa que incrustaba en la ventana, en la que ponía un poco de

comida barata. Cada vez que un animal era atrapado, la mujer sabía, desde el exterior de la jaula y ayudada de un palo largo que terminaba en un grueso nudo, cómo romper el cuello del minino. Acertaba en un golpe seco maestro que dejaba al gato con los ojos entrecerrados y la lengua fuera. Una vez muerto, hacía un corte desde el esternón hasta la vejiga. Extraía los pulmones, el corazón, el hígado, los intestinos. Con un hacha pequeña de cocina abría el cráneo para sacar los sesos, arrancaba los ojos, cortaba el morro. Nada se desperdiciaría. Desollaba y troceaba al que se convertiría en un riquísimo festín que iba a ser cocinado dependiendo de lo que quedara en la alacena: unas veces con un poco de arroz, hervido con patatas o simplemente al ajillo, y si no quedaban ajos, pues a la plancha. Los niños se peleaban por los sesos que, cuando había huevos, Macarena los hacía rebozados. «¡Estaban tan sabrosos!». Cada semana que pasaba tardaba más en caer algún animal en la trampa, los pobres felinos se estaban extinguiendo de los tejados y las ventanas de Sevilla. Empezó a cavilar cómo atrapar perros, pero esa aventura se antojaba mucho más difícil.

Entre gato y gato, Macarena empezó a tener fiebre y a sentir dolor en la parte inferior del abdomen, ardor al

orinar, comenzaba a expulsar pus amarillento desde la uretra. Ángel la exploró:

—Padeces una gonorrea.

—¿Una gono qué?

—Tienes que ponerte penicilina. La gonorrea es mucho más peligrosa para las mujeres que para los hombres. Si la infección asciende por el útero y las trompas de Falopio puede pasar a la cavidad abdominal, provocarte una peritonitis y llevarte incluso a la tumba.

La expresión de Macarena cambió.

—Si no se produce la peritonitis es muy posible que quedes incapacitada para la concepción y el alumbramiento —advirtió severamente Ángel.

—¡Lo de la concepción no me importa! —dijo Macarena con un poquito de guasa, para cambiar inmediatamente a tono de profundo miedo—, pero la posibilidad de morir me asusta mucho.

—Tienes que tomar líquidos abundantemente, darte irrigaciones vaginales calientes dos o tres veces por día con una solución saturada de permanganato de potasio diluido en tres litros de agua, debes suspender los actos sexuales.

—¡Sí, hombre!, y entonces, ¿de qué comemos?

—¡Tú verás!, lo que más me preocupa, y mucho, es encontrar penicilina, porque en España todavía no está comercializada, solo se encuentra en el mercado negro y cuesta una fortuna. El riesgo de que sufras una peritonitis es alto.

¡Encontrar penicilina! Sonia hacía suyo el más mínimo problema que se les presentara a los vecinos del corral. No sabía por qué, pero se sentía obligada a resolverlos. Los viajes a ver a su amiga Nieves, la costurera, se habían convertido en semanales. Volvía cargada de prendas con parches en codos y rodillas, con chaquetas con brazaletes de luto para tapar algún roto. En eso no había problemas porque a nadie le faltaba un muerto reciente en unas familias en la que los niños heredaban la ropa de los hermanos mayores y de los padres. Nieves le contó que su marido había sido trasladado desde la cárcel provincial al campo de trabajos forzados de La Corchuela, en el término municipal de Dos Hermanas, que estaba pensando en hacerse una choza en el barrio de Bella Vista y trasladarse allí con sus dos hijas para vivir más cerca de su esposo. Se había enterado de que el falangista que lo denunció había muerto porque la policía fue a interrogarla. Después la dejaron tranquila.

Cualquier problema se lo endosaba ella misma, y el de encontrar penicilina para Macarena también. La única forma que se le ocurría era que la buscara Rufino, seguro que un inspector de policía se las arreglaría. En la cama, abrazada a él, se lo pidió:

—¿Tú podrías conseguir penicilina suficiente para un tratamiento completo?

—¿Qué te pasa?

—No es para mí, es para una vecina que tiene una infección en sus partes. Dice que si no se trata puede acabar en una peritonitis que la podría llevar a la muerte.

—¿Por qué sabes que es penicilina lo que necesita?

—Porque se lo ha dicho el médico.

—Pues que le diga al médico que le extienda una receta y me la haces llegar para justificarme ante el comisario y los compañeros. Con ella y con la placa de policía probaré a presionar, pero creo que es casi imposible. Sé que el precio en el mercado negro está solo al alcance de bolsillos muy pudientes. La gente rica que puede viajar al extranjero la compra y la trae a España. Lo intentaré.

Rufino se mostraba siempre cariñoso con Sonia. «¡Ya veremos qué podemos hacer!». Ángel no podía

extender recetas, sería delatarse a él mismo, pues tenía prohibido ejercer.

Una tarde en la taberna, Serafín confesó a Sonia que estaba amancebado con Luis María, el «dichoso marquesito».

—¿Pero tú no decías que estabas enamorado de un tal Ramón? —preguntó Sonia.

—Y lo sigo estando niña, que por eso nos pegamos nuestros buenos revolcones, pero con el marqués como carne todas las semanas: en forma de polla, pero también en filetes de ternera.

—¿Estás comiendo filetes de ternera? —A Sonia se le hacía la boca agua.

—Toditas las semanas me manda a un querubín con un papel de estraza que contiene dos buenos bistecs. Te estoy contando todo esto porque quiere invitarnos a ti y a mí a una comida en su casa palacio. Me ha pedido que te lo diga.

—¿A mí?, ¿por qué?

—¡Yo qué sé, guapetona, será porque le gusta mucho cómo cantas, hija! A mí solo me ha dicho que te pregunte.

«¡Pues claro que voy a ir!». La idea de llevarse a la boca un trozo de carne ilusionaba, alegraba y alumbraba su existencia. Un miércoles del mes de noviembre, Serafín y Sonia se dirigieron a la casa palacio del marqués de Somosierra, en el barrio de Santiago, donde habían sido invitados a almorzar. Les abrió la puerta una criada con uniforme negro, cofia y delantal blancos. Los hizo pasar a un patio con columnas de mármol y arcos de medio punto. De una esquina partía una amplia escalera, con barandilla y pasamanos de piedra, que los llevó a la primera planta, donde los esperaba el marqués ricamente vestido como solía. Los acompañó, muy sonriente, al comedor. «¡Madre mía!», no habían visto tanto lujo en su vida: las paredes abrigadas con tapices, mesas y aparadores en maderas exóticas, una lámpara gigante con miles de vidrios que colgaban, espejos con marcos dorados, chimenea monumental que chisporroteaba leña de encina. Presumía Luis María de que la vajilla era inglesa y la cristalería de Bohemia. Disfrutaba alardeando, aunque intentando darle a la conversación un tono campechano, como el que no le da importancia a la cosa.

Las criadas sirvieron los entrantes: langostinos, jamón, queso y pasta de hígado de pato. Sonia iba a llorar

de alegría. El primer plato rodaballo, a punto de volverse loca. Voló y se sintió en la gloria cuando vio y olió el segundo: un buen medallón de solomillo de ternera, regado con un vino tan exquisito que la copa entraba de un solo trago, y vuelta a llenarla. La carne se deshacía en la boca, sus jugos extasiaban el paladar. De postre dulces y fruta. «¿De dónde saca este tío todo esto?». El momento más placentero que Sonia había experimentado en su humilde existencia. Aquel hombre podía comprar voluntades, era poco menos que Dios.

En la sobremesa, después del café, saborearon una copa de brandy de Jerez. Ya bastante alegres y definitivamente impresionados y postrados a sus pies los invitados, Luis María comenzó a tararear *La reina del tango*:

Flor de noche, que al sordo fragor
del champán descorchado *triunfás*,
reina loca, que un juego de amor
lentamente, bailando, *trenzás*.
Tu compás es el ritmo sensual
que en la alfombra retuerce el gotán,
y tu pinta elegante y teatral
se muestra orgullosa

junto a tu bacán.

Sos reina del tango,
papusa ruflera,
la ciencia canera
de saber bailar
prendió una diadema
de rante nobleza
sobre tu cabeza,
reina del gotán.

Tiembla en tus caderas
la música rea,
en la melopea
que a tu corazón
muy a la sordina
le hace un contracanto
que aumenta el quebranto
de tu perdición.

Después largó, con su hablar amanerado, lo que pretendía
de Sonia:

—Lo que me ilusiona, lo que deseo, lo que anhelo,
es que podamos disfrutar de nuestros cuerpos los tres, a
la vez, en la misma cama. Sonia, tú me gustas mucho, eres

una persona muy especial. Quiero disfrutar de tus curvas a la vez que me como al mariconcete este que tan loco me tiene. Mientras dure nuestra apasionada lujuria triangular, os puedo asegurar que no os va a faltar de nada. Una muestra de que digo la verdad y de mi poderío es la comilona que os habéis metido entre pecho y espalda que no podríais soñarla ni en tres vidas que conocierais. Me excitas muchísimo, guapísima. Cuando escucho tu preciosa voz y observo cómo te mueves cuando cantas, me pongo malo. Por cierto, se me olvidaba, es innegociable e imprescindible que lleves la pulsera en el tobillo cuando estemos follando los tres, eso es que me pone como una caldera caliente. Venga, contestad, y no acepto un no por respuesta.

Serafín y Sonia se miraron sorprendidos. El cantante dijo:

—Por mi parte no hay problema.

Sonia, después de pensarlo y de arrepentirse de lo que iba a decir, contestó:

—No puedo, lo siento mucho, pero no puedo.

Se hizo un silencio que pareció durar muchos minutos, a Serafín se le había subido el terror a los ojos, Luis María contestó:

—Sonia, acompáñame a mi despacho que te quiero comentar una cosita. Serafín, a ti no te importa esperarnos aquí, ¿verdad?

El despacho imponente, repleto de librerías en las que un número infinito de ejemplares encuadernados en piel de distintos colores se apretaban unos contra otros. Sujetalibros de alabastro, escudo heráldico en la pared, lámpara de sobremesa plomada en vidrio de colores, juegos de escritorio de plata, estilográficas de oro, sillones en cuero verde. Luis María, en un tono amenazante:

—Mira preciosa, yo me he encaprichado de ti y no estoy acostumbrado a quedarme con las ganas. Si no accedes a lo que te he pedido denuncio a Serafín por mariconeo. A mí no me va a pasar nada, soy marqués, pero a él, además de la paliza que va a recibir, le van a aplicar la ley de vagos y maleantes y lo van a mandar a un campo de trabajo para invertidos del que va a salir, si sobrevive, en muchos años. Y no me importa, que yo soy muy hijo de puta, pero tu negativa me ha puesto más caliente todavía y vas a acabar en mi cama como que me llamo Luis María. Y si por lo de Serafín no se te mueve el coño, iré también a por ti, que ya encontraré yo algo que te joda la existencia.

A Sonia se le encendió una luz:

—¿Tú serías capaz de conseguir penicilina?

—¿Penicilina?, pues claro, sé quién tiene, la que quieras.

—Está bien, accederé a meterme en la cama contigo y con Serafín en cuanto me hayas conseguido cantidad suficiente para varios tratamientos completos.

—Tú sabes que eso cuesta una fortuna.

—¿Lo valgo?

—De acuerdo, puedo conseguir lo que me pides en una semana.

—Pero no quiero recogerlo aquí, me lo llevas a un lugar en el que estemos tú y yo solos. En el momento en el que me entregues la penicilina podrás gozar de mí, en el sitio que me indiques, y después junto a Serafín, donde tú quieras.

—Poseo varias casas cerradas que no he podido alquilar, nos vemos en cualquiera de ellas.

Se citaron dentro de una semana en una dirección de la calle San Vicente. Cuando salieron del palacio, Serafín preguntó a Sonia qué le había dicho el marqués. No quiso decírselo, se inventó una mentira.

16

Confesiones sobre una tumba

Sonia no me había facilitado la receta que el médico debía de haber prescrito a su vecina, cada vez que se la pedía me daba largas de una o de otra manera. Aun así, intenté conseguir la penicilina, pero me fue imposible. Puse en alerta a mis compañeros por si requisaban a algún estraperlista adinerado, el resultado no fue más allá de algunos pollos, conejos, botellas de aceite, arroz o alubias. Hacía un gran esfuerzo por contentarla mientras me preguntaba a mí mismo el porqué. Me ocultaba su verdadera identidad, no sabía nada sobre ella, seguro que mantenía secretos que no me confesaba y, además, me estaba acercando demasiado a una posible asesina poniendo en peligro mi vida. ¿Qué me pasaba?, ¿cómo puede un hombre enajenarse de esa manera cautivo de una atracción, un deseo, un placer irrenunciables?

A mediados de enero, el gordo abrió la puerta de mi despacho, quedó parado bajo el dintel manteniendo el pomo agarrado con su mano izquierda, mirándome con cara de espanto. Alguna lágrima ya estaba a punto de

rebosar de sus ojos. No pronunció ninguna palabra. Pregunté:

—¿Ha aparecido otro?

Movió la cabeza afirmando mientras bajaba la mirada. Intentaba que no me percatara de que estaba llorando. Medio minuto de silencio en el que no levantó los ojos. Después, con la boca seca y ronca dijo:

—¿Te importaría acompañarme?

Le ofrecí un anhelado cigarrillo Lucky Strike, tomó mi encendedor, temblándole las manos lo prendió. Tras la primera bocanada exclamó:

—¡Qué aroma, inconfundible!

En el coche no habló. Me llevó a una casa de la calle San Vicente. En la puerta, un grupo de personas formaban un corrillo al que la curiosidad podía más que el frío de la mañana de invierno. Cuando nos disponíamos a entrar, un gorraplato nos advirtió de que el fiambre cantaba como si llevara una semana muerto. Nos pusimos el pañuelo en la nariz, fue inútil, aquello apestaba tanto que nos producía continuas arcadas. Pudimos llegar, con esfuerzo, a donde se encontraba el cadáver. Estaba muy desfigurado, amoratado a la vez que blanquecino, algún cráter que desprendía gases de pestilencia ya se había abierto en su piel, pero, aun así, pude reconocerlo

perfectamente: era Luis María Puig y Somosierra, el marquesito que rondaba por la taberna El Duende. Su cuerpo estaba tirado en el suelo del salón, sobre losas de barro y restos de un vómito seco.

—¿Quién ha encontrado el cuerpo? —pregunté.

Un gorraplato contestó que había sido una señora que iba a limpiar la casa una vez en semana. Salimos fuera, donde dicha señora estaba llorando sobre el hombro de una vecina que, con gesto de profunda tristeza, acariciaba los cabellos de la lacrimosa limpiadora. ¡Qué asco de hipocresía! A nuestras preguntas contestó que don Luis no solía aparecer por esa casa, que su trabajo era mantenerla limpia por si alguien deseaba alquilarla. Al parecer, porque el olorcito que despedía el marqués no permitía que permaneciéramos allí mucho tiempo, todo estaba en orden y no faltaba nada.

Desde la calle San Vicente nos desplazamos a la casa palacio donde vivía el finado. Reunimos al personal: dos criadas para todo, delgaditas y uniformadas con vestido negro, cofia, guantes y delantales blancos; y un hombre alto y fuerte que hacía de cocinero, jardinero, chófer, encargado de mantenimiento y chico de los recados. No habían visto al señor desde hacía seis días,

algo que no les extrañó porque solía perderse, sin dar explicaciones, durante largas temporadas. En una ocasión estuvo casi un año sin aparecer por allí. Todos coincidían en que las últimas personas que habían visitado el palacio para almorzar eran dos cantantes, un hombre y una mujer de la taberna El Duende. El chófer comentó:

—La semana antes de que desapareciera, el marqués me encomendó la tarea de encontrar penicilina suficiente para varios tratamientos y comprarla al precio que fuera necesario. Me dio la dirección donde me la facilitarían y mucho dinero. El último día que lo vi, lo llevé en coche a la casa de la calle San Vicente. Llevaba con él la penicilina que yo había comprado. Me dijo que volviera a casa, que no tenía que recogerlo, ya volvería andando.

—¿Le comentó si iba a verse con alguien o para quién era la penicilina? —preguntó el gordo.

—No, él no me dijo nada.

—¿No sospecha para quién era el medicamento?

—No tengo ni idea, esa es la verdad.

El temor de que la mujer a la que yo amaba locamente, pues loco había que estar, era una asesina, se convirtió en certeza en aquel momento. Se mezclaban tantas emociones en mi corazón que no sabía

distinguir las: miedo, rencor, amor, ternura, rabia, dudas, deseo, incertidumbre, inseguridad, tristeza, desánimo. ¿Qué hacer?, ¿qué hacer? Me cuestionaba cada diez segundos. ¿Seré yo el próximo?, nuevamente acudía a mi pensamiento la pregunta que me trituraba.

Aquella noche no pude dormir, daba vueltas y vueltas a la cabeza. El martes había hecho el amor con ella e incluso había tomado café preparado por sus manos, el miércoles me encontré con lo del marqués muerto, aquel jueves amanecía frío y temeroso. Por la mañana, desde muy temprano, me planté junto a un árbol de la Alameda desde donde divisaba la entrada al corral de vecinos donde vivía Sonia. Intentaba combatir el intenso frío de mediados de enero de 1943 con mi buen abrigo largo de lana, bufanda burdeos y sombrero gris marengo. Un cigarro detrás de otro, no me movería de allí en todo el día, si acababa la jornada sin verla volvería al día siguiente. Los transeúntes me miraban al pasar mientras aligeraban el paso, desprendían vaho y mantenían sus manos en los bolsillos de los abrigos. Alguno incluso daba alguna carrerita. El cielo gris plomo, al menos no amenazaba lluvia.

Sonia apareció por aquella puerta sobre la una de la tarde, cuando mis pies, mis manos, mis orejas ya eran

pura escarcha y mi cuerpo entero un continuo tembleque. Ella llevaba en las manos dos ramos de flores. No me vio. Cuando se encontraba a unos cien metros, la seguí. Desde lejos disfrutaba de su andar femenino de tacones altos y del movimiento de sus curvas dibujadas bajo un abrigo marrón ajustado a su cintura. El largo paseo la llevó hasta el cementerio, entró, siguió caminando por la calle principal entre cipreses que se mecían al ritmo que el aire les marcaba. Ráfagas de viento arrastraban de golpe las hojas caídas en el suelo. Giró a la izquierda en un cruce de calles, se paró ante una tumba coronada por un bellissimo ángel de piedra. Pude colocarme a una distancia en la que no me viera y en la que pudiera leer el nombre tallado sobre el mármol de la lápida. Era la sepultura de Eugenio Valdeluna Valdeluna. Depositó un ramo de flores sobre la tumba, estuvo parada un buen rato, como recordando o meditando.

Siguió andando hasta el fondo del cementerio en su parte izquierda. Depositó el segundo ramo sobre una gran fosa común de forma triangular. También quedó allí parada. La barbilla pegada al pecho, absorta en la tierra amarilla que cubría aquella vasta sepultura, las manos entrelazadas a la altura del pecho. Me acerqué sin que me

viera ni me oyera hasta ponerme dos metros detrás de ella. Dije en voz alta y grave:

—¿Ahí descansan los restos de tu hermano José Manuel?

Se dio la vuelta como lo hace una peonza. Quedó callada, intentando comprender qué estaba pasando. Miraba hacia donde se encontraba la salida. Pensé que iba a comenzar a correr. Varios minutos de silencio, uno frente al otro, yo iba a explotar, hasta que contestó:

—Aquí descansan los restos de mi hermana Mariela.

—Has sido tú —afirmé.

Calló, más tiempo de silencio, preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—¡Dímelo tú!

Se ajustó el abrigo, se había levantado de nuevo el viento, pensaba, sin mirarme dijo:

—Debes cumplir con tu obligación. Imagino que de nada servirá que te suplique. ¡Tengo tanto miedo!

—¿Por qué me has engañado?, ¿por qué has asesinado a esas personas?

—Estamos en guerra. No soy más que un soldado de la República que sigue combatiendo.

—Y estoy en el bando contrario. ¿Iba a ser yo el próximo?

—¡No!, de ninguna manera, nunca te haría daño físico. Sabía que llegaría el día en el que tendría que herirte moralmente, pero jamás tocaría tu cuerpo si no es para acariciarlo y besarlo. De eso puedes estar seguro.

—No sé nada de ti, hay aspectos de tu vida que me ocultas. Creo que tengo derecho a conocerlos.

—Sí, sin duda lo tienes, pero si te cuento puedo poner en peligro a otras personas, eso sí que no lo voy a consentir.

—Te prometo que no tomaré represalias, lo que me confieses quedará entre nosotros. No debes temer.

—¿Lo juras?

—Sí.

De nuevo tiempo de silencio, parecía que le costaba arrancar con lo que quería expresar. En algún momento pensé que ella no volvería a hablar. Tomó valor y comenzó:

—Convivo con un hombre en secreto. No estamos casados. Él reside en una estancia contigua a la mía en el corral de vecinos, pasamos de la una a la otra por un agujero que hemos abierto en la pared. Es mi marido, aunque no estemos bendecidos con el matrimonio.

—¿Él sabe de mi existencia?

—No, y no ha podido ni sospechar porque apenas sale de la estancia. Es médico, pero el colegio profesional de Sevilla le abrió un expediente de depuración. Está a la espera del proceso, por ahora pesa sobre él una inhabilitación para ejercer la medicina.

—Pero la sigue practicando.

—Sí.

—¿Lo quieres?

—A él lo quiero, a ti te amo.

—Pero lo eliges a él.

—Porque tú estás casado. Si fueras libre no tendría duda alguna. Eres el hombre de mi vida.

—¿Vivirías conmigo?

—¡Nada me haría más ilusión!, pero eso es imposible.

—Puedo alquilar una casa, viviríamos juntos. Para disimular, dormiría en casa con mi mujer y mis hijos una o dos veces en semana. Ella no me echaría de menos, creo que incluso prefiere que yo no esté, no sería ningún problema.

—¿Entiendo, entonces, que si fuera a vivir contigo no me entregarías?

—¿Volverás a matar?

Se hizo el silencio. Varios silencios.

—No te voy a entregar, no puedo, aunque me juegue la vida ante un pelotón de fusilamiento.

—¿Sabes si mi nombre ha salido en la investigación de la muerte de Luis María?

—Solo saben que dos cantantes de El Duende fueron los últimos en ser invitados al palacio para comer. El tío era una cabra loca, conocía a muchísima gente, se relacionaba con indeseables. Ha sido asesinado un marqués, los periódicos ya hablan abiertamente del asesino de la cicuta, y eso pone muy nerviosos a los mandamases. Te aseguro que de aquí a una semana han detenido a cualquier desgraciado. La orden ya está dada.

Nadie a nuestro alrededor, se acercó a diez centímetros de mi pecho, su cara baja, pero sus ojos miraban hacia arriba con gesto emocionado y suplicante intentando encontrar los míos. La abracé y la besé. Ella dijo:

—¡Llévame contigo!

Buscando la puerta del cementerio continuamos abrazados mientras caminábamos entre tumbas. El sol había asomado brillante. Al salir, Sonia se agarró de mi brazo, como si fuera mi mujer, yo lo permití y me sentí orgulloso de caminar junto a ella. No me daba miedo de

que me viera un conocido del brazo de una señorita que no era mi esposa. ¿Me había vuelto loco? En mi cabeza resonaba el bolero *Toda una vida*:

Toda una vida me estaría contigo
no me importa en qué forma
ni cómo, ni donde, pero junto a ti.
Toda una vida te estaría mimando,
te estaría cuidando como cuido mi vida
que la vivo por ti.
No me cansaría de decirte siempre,
pero siempre, siempre,
que eres en mi vida
ansiedad, angustia y desesperación.

17

El ángel de la muerte

Ángel era médico por vocación, su misión en este mundo estaba destinada a salvar vidas. Jamás se me hubiera ocurrido confesarle mi afición a poner cicuta en el café de mis enemigos. Yo le había entregado penicilina suficiente para el tratamiento de Macarena y para otros pacientes que la necesitaran. Mi amiga mejoraba desde la primera inyección. Aquellos polvos significaban para él, en aquel momento, el tesoro máspreciado que pudiera desear. Cuando me preguntó dónde lo había conseguido le dije que un admirador farmacéutico y muy adinerado me lo había proporcionado. Él no preguntó más, solo miraba los botes embelesado como el que observa un cuadro de Murillo.

Lo quería muchísimo, me tuve que cargar de valor para comunicarle que lo abandonaba para ir a vivir con otro hombre. Podía haberle mentido y decirle que simplemente me había cansado de nuestra relación, que me iba a vivir sola, pero consideraba que no se merecía más mentiras de mi boca, que debía saber la verdad,

aunque le causara un dolor mucho mayor. Una mañana conseguí con mucho esfuerzo, pues las palabras no querían salir de mi garganta temblorosa, confesarle, con la boca pequeña, la relación que mantenía con Rufino desde hacía un año y comunicarle que me iba a vivir con él. El día que estaba recogiendo mis cosas para marcharme, Ángel lloraba mientras apoyaba, brazos en paralelo, sus manos sobre la mesa donde la radio lanzaba al aire las notas y la letra del tango *Nostalgias*:

Gime, bandoneón, tu tango gris
quizás a ti te hiera igual
algún amor sentimental.
Llora mi alma de fantoche
solo y triste en esta noche
noche negra y sin estrellas.

Si las copas traen consuelos
aquí estoy con mis desvelos
para ahogarlas de una vez.
Quiero emborrachar al corazón
para después poder brindar
por los fracasos del amor.

Nostalgia
de escuchar su risa loca
y sentir junto a mi boca
como un fuego su respiración.

Angustia
de sentirme abandonado
y pensar que otro a su lado
pronto, pronto, le hablará de amor.

Él, que no bebía, daba tragos compulsivos de un vaso lleno de brandy. No quería mirarme, las lágrimas caían sobre la mesa, los sollozos apagados apenas pasaban de sus labios salados. Yo iba metiendo, lenta y dolorosamente, mi ropa en la maleta. A mi recuerdo asomaban las imágenes de mi admiración, de su timidez, del primer beso, de las noches de frío y hambre durmiendo bajo una escasa manta que dejaba que yo tirara hacia mi lado. De aquella primera vez de un sexo puro y satisfactorio que no podía comparar con el fuego continuo, extasiado, de ahogo entrecortado que Rufino encendía en mí.

Acabé de guardar mi ropa y mis objetos personales en la maleta, solo dejé sobre la cama lo que me iba a poner. Preparé también el carterín de Mariela con el manuscrito de la novela que ella compuso, hice la cama, limpié la habitación. Él apuró el vaso de brandy, cada minuto se sentía más abatido, cayó resbalando lentamente hasta quedar de rodillas delante de la mesa con su cara hundida en su brazo derecho. Se levantó y volvió a llenar el vaso. Comencé a vestirme, era la última vez que él veía mi ropa interior, mis pechos que ya no volvería a besar, mis caderas, mis muslos que quedaron ocultos bajo el vestido. Mis piernas, mis labios y mis ojos estaban siendo pintados para otro hombre. Bebía, lloraba, callaba, se tiraba fuertemente de los cabellos con ambas manos.

Me acerqué a él, también comencé a llorar, estreché su cintura, le pedí que me perdonara, entonces me abrazó fuertemente. Sus lágrimas mojaban mi vestido a la altura de la clavícula, podía oler lo salado de su sudor y el amargor de su aliento confundido con el tufo a alcohol que tanto me recordaba a la taberna. Me preguntó si dormiría con Rufino ese día. No pude contestarle, tan solo bajé la cabeza, pero mi silencio le aclaró la duda. Aquella noche no me esperaba despierto a que yo volviera del trabajo como hacía siempre. Las horas pasarían como

cuchillos por su corazón imaginándome desnuda y enredada en los brazos, en el calor y en el sexo de otro hombre. Me rogó y me suplicó que no me fuera, que no lo abandonara. Decía que su vida carecía de sentido si yo no estaba junto a él, que a mi lado había disfrutado de los años más intensos de su insulsa y teórica vida, que jamás encontraría a nadie como yo. Comencé a lagrimear como un río, ennegrecida de la pena, no pude aguantar, me di la vuelta dándole la espalda. La pintura de mis ojos había teñido de negro mis pómulos y las comisuras de mi boca. Antes de irme quise dejarle como recuerdo la radio que me regalara don Augusto. Con la maleta en la mano, el carterín al hombro, el abrigo ceñido y la cara como un payaso, abrí aquella puerta. Eché un último vistazo a la estancia y al hombre que tanto había querido. Le dije adiós, él acabó de un solo trago todo el vaso de brandy, no dijo nada, observaba con ojos de súplica cómo yo cerraba lentamente la puerta para irme para siempre de su vida. Los goznes chirriaban mientras su imagen se perdía, centímetro a centímetro, en el interior de la estancia.

Mi nueva casa era muy bonita, con cocina, agua corriente y retrete para nosotros solos. Estaba situada en San Juan

de la Palma, el barrio que me gustaba. Rufino dormía conmigo, venía a almorzar cuando se lo permitía el trabajo. Por la noche, antes de la diez, ya estaba en casa para esperarme a que volviera de El Duende. Tan solo iba a dormir una o dos veces en semana con su mujer, sobre todo por ver a los niños. Ella lo prefería así, no lo había denunciado. Nuestra relación la manteníamos en secreto, aunque él sabía que el comisario se enteraría tarde o temprano y que eso le costaría su placa de policía. Me repetía a menudo que llegaría algún día en el que nuestra vida, entonces acomodada, se volvería muy difícil. Él, un hombre del régimen, había cometido el mayor pecado que pudiera imaginarse: abandonar a su esposa con la que estaba casado por la Santa Madre Iglesia para ir a convivir como adúltero con una cantante de taberna. Se arriesgaba cada día, yo lo valoraba y más enamorada me sentía. Le había jurado que se había acabado lo de la cicuta. Era cierto, en eso no mentía. Había comprendido que con lo que estaba perpetrando no conseguiría nunca nada. ¿Qué pretendía? Aquello no significaba ni siquiera aportar un granito de arena a una causa justa. ¡Todo un ejército había sido derrotado en una guerra que duró tres años y yo quería revertir el resultado con frascos de agua emponzoñada! Ahora recapacito. Realmente, lo que

deseaba desde lo más profundo de mi alma y mi pensamiento era vengar tanto mal que mi padre, el cura, nos había infligido a mí y, sobre todo, a mi hermana. Cierto que los envenenados eran malnacidos que no merecían vivir, pero por ese camino acabaríamos todos sin ojos, sin dientes y sin piernas. La vida me había dado una lección, porque me había enamorado hasta lo más profundo de mi centro de un fascista enemigo.

Estaba sentada en la barra de El Duende viendo actuar a Serafín. Macarena entró en el local. ¿Qué hacía ella allí? Cuando me localizó con la mirada corrió hacia mí. Su cara me lo dijo todo, sin ni siquiera cambiarme salí apresuradamente de la taberna. Cuando llegamos al corral vi que los vecinos se agolpaban en la galería y en la puerta abierta de la estancia de Ángel. Me abrí paso galopando escalera arriba, conseguí entrar. A esa hora los hombres ya habían descolgado su cuerpo y lo habían colocado sobre la cama donde yacía con la cara de color morado y el cuello roto. La soga estaba tirada en el suelo, todavía conservaba el nudo corredizo y el lazo. Mi abrazo desconsolado a su cuerpo frío llegaba demasiado tarde. Me había convertido en el ángel de la muerte.

18

Torturas en el alma

Germán estaba tan asustado y tan inseguro que no era capaz de dar un paso sin pedirle a Rufino que lo acompañara. Había adelgazado sus buenos tocinos, sus ojeras estaban sombreadas en morado y negro, no dormía bien. Quería que fuera con él aquella misma noche para interrogar a los cantantes de El Duende. En un principio Rufino se asustó y estuvo a punto de decirle que no lo iba a acompañar, pero recapacitó, pensó que era mejor vigilar al enemigo de cerca si pretendía proteger a su amada. Le convenía más mantenerse en el ajo que fuera de lo que se cocinaba.

Rufino almorzó con Sonia, la puso sobre aviso para que no se asustara ni se pusiera nerviosa cuando los viera entrar en la taberna. Le recomendó que, cuando la interrogaran, respondiera con naturalidad que había sido invitada por Luis María y que había asistido a la comida junto con Serafín. No podían incriminarla solo por haber almorzado en aquella casa si después no había mantenido más contacto con él. Además, Rufino sabía que al que

deseaban detener era a Serafín, la orden de apresarlo estaba dada. En Madrid estaban cansados, querían encarcelar ya algún culpable que saciara las páginas de los periódicos y asustara a la población. Aquel interrogatorio representaría una función teatral que sirviera para rellenar expedientes. Serafín estaba sentenciado, pero eso no se lo dijo Rufino a Sonia porque ella sentía afecto por su compañero. No se fiaba que pudiera cometer alguna locura inculpándose. Ambos se estaban jugando la vida, una vida que entonces les sonreía y los colmaba de felicidad.

Rufino y Germán entraron en la taberna a las diez de la noche, en aquel momento Sonia se encontraba sobre las tablas. Cantaba en un tono bajo, lánguido, entristecido y lento *Sus ojos se cerraron:*

Sus ojos se cerraron
y el mundo sigue andando,
su boca que era mía
ya no me besa más,
se apagaron los ecos
de su reír sonoro
y es cruel este silencio
que me hace tanto mal.

Fue mía la piadosa
dulzura de sus manos
que dieron a mis penas
caricias de bondad,
y ahora que lo evoco
hundida en mi quebranto,
las lágrimas pensadas
se niegan a brotar,
y no tengo el consuelo
de poder llorar.

¿Por qué sus alas tan cruel quemó la vida,
por qué esta mueca siniestra de la suerte?
Quise abrigarlo y más pudo la muerte.
¡Cómo me duele y se ahonda mi herida!
Yo sé que ahora vendrán caras extrañas
con su limosna de alivio a mi tormento.
Todo es mentira, mentira es el lamento.
¡Hoy está solo mi corazón!

En cuanto entraron se les acercó el dueño del local, al que comunicaron que todos los empleados, al acabar la función, estaban obligados a permanecer allí porque tenían órdenes de interrogarlos. Cuando el público

desalojó la sala, se les habilitó una habitación en forma de despacho por donde debían desfilas, uno a uno, todos los empleados.

Mariquilla la bailaora, Mariano el *cantaó* y Paco el guitarrista coincidieron en que no tenían que ver nada con el marqués, no habían estado nunca en su casa palacio. Lo único que sabían era que acudía de vez en cuando a la taberna y que se encerraba con Serafín en un cuarto vestidor que el jefe les había preparado expresamente. Atanasio, el dueño de la taberna, confirmó que había adecentado una sala para que se viera con Serafín, y que lo hizo porque Luis María le pagaba muy bien por ello cada vez que asistía al espectáculo. Rodolfo, el pianista, declaró que él no sabía nada de nada. Le tocó el turno a Sonia:

—Yo no lo conocía, era solo un espectador que solía arrojarme flores cuando actuaba. Un día, Serafín me comentó que esta persona era marqués y que quería invitarnos a almorzar a él y a mí. Cuando le pregunté el porqué me dijo que le gustaba mucho cómo yo cantaba. Acepté, fuimos un día a su casa, comimos muy bien. Esa fue la última vez que lo vi.

Rufino simulaba no conocerla, hizo algunas preguntas teatreras. Cuando Sonia salió de la sala, el gordo le preguntó a su compañero:

—¿Tú qué piensas de esta?

—¡Bah!, nada, incapaz de matar a una mosca.

Germán aceptó aquella apreciación sin rechistar porque, realmente, iban a por Serafín, quien entró en la habitación y contestó a las preguntas:

—Él venía a verme a mí porque le chiflaba la copla, después de mi actuación le gustaba charlar conmigo. Me decía que conocía a Pastora Imperio, a Estrellita Castro, Angelillo, Imperio Argentina, Concha Piquer. Yo me ilusionaba cuando decía que me iba a presentar a tan grandísimas estrellas. En fin, que eso es lo que hacíamos, charlar *na* más. Una semanita antes de que apareciera muerto nos invitó a la Sonia y a mí a almorzar. Es que también le gustaba mucho cómo canta los tangos la guapetona de mi amiga. Nos trató muy bien, nos pusimos hasta la corcha y acabamos un poquito *piripis*. Esa fue la última vez que lo vi al pobre, me ha dado mucha pena lo que le ha pasado porque era muy buena persona.

Acabaron los interrogatorios. Al día siguiente, los inspectores realizaron un informe, tal como les pedía el comisario, en el que plasmaron todo aquello que era

preciso para que la orden de detención, que ya estaba redactada, fuera firmada y enviada. Cinco días después, con la orden en el bolsillo, Rufino y Germán volvieron a la taberna acompañados de varios policías armadas. Hablaron con Atanasio, quien los llevó al vestidor de Serafín, entraron, leyeron la orden. El cantante hacía aspavientos con sus manos completas de anillos, no entendía nada. Cuando los policías armadas le pusieron las esposas, lloraba como una niña, gimoteaba algo sobre su madre, comenzó a nombrar una letanía de santos y de vírgenes. Al sacarlo de allí, los compañeros, gestos preocupados, le pasaban la mano por el brazo en señal de apoyo. Sonia no creía lo que estaba presenciando, saltaba de la barra a las tablas y volvía como una pantera enjaulada, quería correr tras los policías. Comprendió, ante un gesto disimulado que le hizo Rufino, que debía permanecer tranquila. Se llevaron a Serafín.

Amaneció. En la comisaría del cuartel de La Alameda comenzó un nuevo interrogatorio con el único fin de conseguir la confesión de Serafín por las buenas o por las malas. El comisario, Germán y Rufino estaban encargados de hacerles las preguntas. Para el castigo técnico había llegado al cuartel un tal Isidoro: falangista, boxeador,

degenerado, de familia ricachona, que pertenecía a la Policía Auxiliar de Falange. A Rufino le convenía mantenerse presente en el interrogatorio para mandar al garrote al cantante de copla, así Sonia quedaría ya a salvo para siempre.

A Serafín lo mantenían en el calabozo, donde habían introducido también al *Mellao*, un ratero chivato que colaboraba con la policía y representaba muy bien el papel de veterano de las mazmorras. Él le contaría, sin que faltara un detalle, las torturas a las que sometían los policías a los detenidos y le dejaría muy clarito que solo le quedaban dos salidas: la declaración o la muerte. Los inspectores confiaban en que cuando trasladaran a Serafín a la sala de interrogatorio ya estuviera lo suficientemente asustado para que confesara sin recibir una sola bofetada. «¡Ese trabajo que nos ahorra la mariconal!».

La sala casi vacía, solo unas sillas, una mesa, una ducha de donde emanaba agua helada y una ventana que se abría a la calle. Cuando lo llevaron, Serafín ya temblaba. Lo desnudaron, comenzaron a mofarse porque apenas le asomaba del pellejo la pollita más pequeña que habían visto en sus vidas: una almendra delante de dos avellanas.

—Con eso no me extraña que te guste que te den por el culo y que te encante comerte un buen ejemplar de lo que tú no tienes —rio Germán comenzando a desmoralizarlo.

Lo sentaron en una silla con las manos esposadas detrás del respaldo. Isidoro ya sostenía en sus manos una vara fina de acero para que la amenaza comenzara a hacer efecto a los ojos del interrogado. El comisario comenzó:

—Sabemos que estabas liado con el marqués, y tú conoces muy bien que el mariconeo es un delito en esta España decente del Caudillo. Sabemos también que estuviste almorzando en la casa palacio, que te citaste con él en la calle San Vicente para hacer vuestras porquerías. Fue allí donde lo envenenaste.

—No, señor comisario, es verdad que yo estuve en el palacio con la Sonia, pero ni estaba liado, ni me cité con él. Esa fue la última vez que lo vi.

Isidoro, el falangista, apretó con su puño la vara de acero delgada, comenzó a golpear con ella los antebrazos, los muslos y la espalda de Serafín. El cantante comenzó a chillar, a lamentarse, a llorar. En la piel quedaban marcadas en rojo las líneas que dejaba la vara. El comisario proseguía:

—Quiero que me cuentes las guarrerías que hicisteis el día del almuerzo en el palacio.

—No hicimos *na*, *jamamos* muy bien, después nos invitó a unas copas. —Llorando y muy asustado, comenzaba a reconocer su relación sexual con el marqués—. Dijo que se quería meter en la cama conmigo y con la Sonia. A mí no me importaba, pero ella le dijo que no, entonces Luis María se fue a hablar con mi amiga a la biblioteca para que yo no oyera lo que le tenía que decir. Al rato volvió la Sonia y nos fuimos de allí. Yo le pregunté qué habían hablado, pero no me lo quiso contar.

Rufino Tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le notara que un intenso calor le había puesto roja toda la cara. El haber escuchado aquello le produjo otro gran ataque de celos y la ira estaba a punto de explotar en su puño. En aquel momento se alegró de que hubiera muerto. «¡Qué cabrón el marquesito!».

—Entonces lo mataste por celos —afirmó el comisario.

—No, yo no he tenido nada que ver con su muerte.

Isidoro volvió a golpear con furia a Serafín con la vara mucho más fuertemente. Nuevos gritos y llantos, las señales en la piel quedaban nuevamente marcadas, un golpe detrás de otro sin parar hasta que el desgraciado

perdió el conocimiento. Lo levantaron entre todos. «¡Pesa más que un mulo *ajogao*!». Lo arrastraron a la ducha donde le descargaron un buen chorro de agua helada. Cuando recobró el conocimiento lo volvieron a sentar en la silla, mojado, tiritando de frío. Una buena paliza dosificada y vigilada técnicamente, así era como había que hacerlo.

—Mira, no seas tonto, de aquí no vas a salir sin firmar la declaración de culpabilidad, así que cuanto antes lo sueltes antes dejarás de sufrir —continuó el comisario.

—¡Yo no lo he *matao*, yo no he sido!

—Te vas a ir al calabozo para que descanses y reflexiones. Puedes llamarnos si decides firmar la declaración, si no lo haces el interrogatorio comenzará otra vez dentro de una hora.

—Estoy *mojao*, tengo mucho frío.

—Cuando firmes te daremos ropa de abrigo, mientras tanto permanecerás así, en pelotas.

Justo a la hora, los policías volvieron a arrastrar a Serafín hasta la sala de interrogatorios. Tiritaba, estaba amoratado por los golpes, sus ojos proyectaban terror.

—¿Vas a firmar?

—Soy inocente.

Isidoro volvió a golpear con la vara en zonas dolorosas no vitales: espinillas, testículos, nariz, oídos. Serafín volvía a gritar. «¡Chilla como una rata, mariconal!». Ronco, apenas se le oía. Volvió a perder el conocimiento, de nuevo lo pasearon para darle una ducha fresquita. Lo volvieron a sentar en la silla, llamaron al médico para que lo pusiera a punto, después le hicieron beber un litro de café frío sin azúcar. «¡Que te lo tomes entero, coño!».

—¿Reconoces que envenenaste a Luis María?

Serafín no contestó, había dejado de hablar. Germán sacó la pistola del bolsillo, levantó el martillo, se la puso en la sien a Serafín.

—¡Es la última oportunidad que tienes, o firmas o te reviento la cabeza!

Serafín seguía callado mirando a la nada. Germán desmartilló la pistola, puso el seguro, la cogió por el cañón y comenzó a dar culatazos fortísimos en la cabeza, la boca y un oído de Serafín, que empezó a sangrar abundantemente. La cara quedó toda inflamada. De nuevo acudió el doctor y lo preparó para que los inspectores continuaran con el interrogatorio. Llegó el momento de trasladarlo hasta la ventana arrastrándolo. Le sacaron medio cuerpo fuera del ventanal.

—¡Mira maricón, más te vale tirarte, porque la que te hemos dado no es nada comparada con los terribles dolores que vas a sufrir a partir de ahora! ¡Venga, tírate!

Serafín era un guiñapo amoratado, ensangrentado, los párpados hinchados y cerrados. No reaccionaba, no hablaba. De nuevo a la silla. Le amarraron los pies con una cuerda fina que le cortaba los tobillos, se los pusieron sobre una banqueta. Rufino y Germán los sujetaban para que no se movieran. Isidoro encendió un cigarrillo para apagarlo en la planta del pie de Serafín. Gritó de nuevo con su voz ronca agotada. Volver a encender y volver a apagar contra los pies. Una y otra vez, el desgraciado lloraba y lloraba. Isidoro encendió un papel, colocó la llama debajo de los talones, Serafín se retorció de dolor, se mordía la lengua, comenzó a sangrar comisuras abajo. En la sala olía a carne abrasada. «¡Qué rico! ¡¿A alguien le apetece cerdo a la parrilla?!».

—Te vas a ir otra vez a descansar, dentro de una hora estarás aquí de nuevo, te vamos a sacar los brazos de su articulación en los hombros, ¡no te puedes imaginar lo que eso duele! Después, si sigues sin firmar, te vamos a arrancar las uñas con unos alicates —amenazó el comisario.

Quince minutos más tarde, Serafín, por gestos, comunicó al policía armada que custodiaba el calabozo que estaba dispuesto a firmar. Una hora después, el comisario ya atesoraba en su poder la declaración de culpabilidad con la firma de Serafín. El documento se había manchado un poco de sangre que había corrido hacia abajo por los dedos temblorosos del cantante y por la pluma hasta gotear sobre el papel, pero no importaba. Los casos de los falangistas, el cura y el marqués envenenados ya se habían resuelto. Todos contentos.

Germán estuvo planteando la conveniencia de detener e interrogar también a Sonia. Rufino le recomendó que no se metiera en más problemas, aquel caso ya se había cerrado, en Madrid ya estaban satisfechos, que se quedara tranquilo. Le hizo caso.

19

Siempre juntos

Fue por mi culpa. Ángel no solo tuvo que recomponer un hueco en la pared, también un corazón roto y una vida profesional robada. Lo dejé solo, hundido en una desgracia en la que yo iluminaba como única luz. La apagué de golpe, nada me importó. Costeé el entierro y caminé tras el coche fúnebre acompañada de los vecinos del corral. Meses después, Serafín fue condenado a muerte por garrote vil. Sí, me había convertido en el ángel de la muerte que masacraba con mi espada de fuego a quien se me acercaba. ¿De qué servía costear unos zurcidos o hacer de enfermera si la guadaña caminaba a mi lado como si fuese mi sombra? Comencé a sufrir pesadillas que oprimían mi pecho y mi garganta. No quería comportarme así: egoísta hasta el extremo, permitir que una persona inocente a la que apreciaba muriera y pagara por los delitos que yo había cometido. Salvar mi pellejo a costa del martirio de otro, algo muy propio del ser humano. Comprendí muy bien aquel título que mi hermana había puesto a su novela: *El mono loco*

estúpido y malvado, en mi caso absolutamente malvado. A veces sentía deseos de salir corriendo y contarlo todo en la policía. Rufino decía que entonces seríamos dos los ajusticiados, porque a Serafín no lo iban a poner en libertad. Supondría reconocer que habían cometido un error, y eso no iba a ocurrir jamás. La oportunidad de eliminar a un desviado de las calles no la iban a desaprovechar. Sus razones me convencían, tal vez porque mi miedo así lo ansiaba.

El verano de 1943 entraba por los balcones abiertos de mi casa. El tiempo transcurría plácido, tan solo la culpa restaba armonía a los días gozosos. Conviviendo con un inspector de policía, el hambre había desaparecido de mi estómago y de mis preocupaciones. El sexo, intensamente placentero, alegraba mi cama. Un hombre que me hacía perder el sentido colmaba mi vida. A veces me acordaba del corral de vecinos, me moría de ganas de saber de Macarena. Me habían llegado noticias de que Carmencita, la hija de Gonzalo y de Lola, había fallecido víctima de la tuberculosis. Al menos, su hijo mayor había regresado de la División Azul sano y salvo.

Una tarde fui a visitar a Nieves, la costurera, a su nuevo barrio de Bellavista. Vivía con sus hijas pequeñas en una chabola de una sola pieza. Allí se encontraba más

cerca de su marido, preso en el campo de trabajos forzados de La Corchuela. Me contaba que había encontrado en sus vecinas, cuyos maridos también estaban internados en el campo, hermandad, calor, amor, una auténtica familia. Me conmovía y admiraba la serenidad, la entereza, la fidelidad de aquella mujer. Sentada a su lado, me consideraba a mí misma como un compendio de maldades.

Soñaba con placeres sencillos: poder pasear del brazo de Rufino algún día, sentarme a su lado en una terraza a degustar una cerveza. Por aquel entonces me tenía que conformar con caminar junto a Mariquilla desde La campana hasta la Puerta de Jerez para que nos diera el aire. Aunque mi situación había mejorado, cada día que pasaba, esta ciudad maloliente, mortecina de luz, enferma y apagada de ilusión se hacía aún más hambrienta. Las mujeres no albergábamos más diversión que conseguir un magnífico tupé escaldado, relleno y saturado de laca al estilo Arriba España que, cuanto más alto apuntara al cielo, más coquetas nos forjaba y más nos incitaba a lucirlo en los paseos.

Era jueves, ya tenía preparado el almuerzo, esperaba a Rufino con ilusión y la mesa preparada. El sonido de la

cerradura ya me pareció que no crujía como otras veces, era más rápido, más agresivo. Rufino entró en la casa muy serio, dio un portazo, en su cara se adivinaba que había ocurrido algo grave, parecía que quisiera matarme con la mirada. No se quitó ni el sombrero, dijo:

—Ha aparecido otro falangista envenenado. Ya se le ha practicado la autopsia, había ingerido cicuta.

Quedé paralizada, aterrorizada, no podía creer lo que estaba diciendo. En aquel momento me vi, de golpe, sin Rufino, sin libertad y hasta sin vida, metida en un ataúd con el cuello aplastado por el garrote. Reaccioné y pude gritar:

—¡Te juro que yo no he sido, que no he tenido nada que ver!

Caí de rodillas, me tapé la cara con las manos, comencé a llorar. Rufino se acercó, me levantó y me abrazó.

—Están que revientan, creo que ahora no voy a poder impedir que vengan a por ti. Escúchame, para ayudarte tengo que saber toda la verdad.

—Te prometí que jamás volvería a utilizar mis malas artes, no te miento.

Además, sería muy torpe el hacerlo sabiendo que mi nombre ya se puso sobre la mesa cuando detuvieron a Serafín.

—Quiero que me cuentes cómo lo hacías. No he querido preguntártelo para no humillarte, pero necesito saberlo.

—Te diré cómo lo hice con Félix, el droguero, los demás te los podrás imaginar porque fueron parecidos.

—Adelante.

Tardé unos minutos, Rufino aguardaba sentado, tranquilo, fumando. Cogí fuerzas, comencé a recordar:

—Busqué al falangista en su trabajo cuando se encontraba solo. Coqueteaba con él descaradamente, no tardó ni diez minutos en insinuarme que fuera al día siguiente. «¿Mañana, cuando hayas cerrado, aquí en la droguería? De acuerdo, pero yo no quiero que me vea nadie. Eres un hombre casado», respondí a Félix. «Puedes entrar por la puerta de atrás, yo te abriré» aclaró él. Le pregunté si tenía cafetera en la trastienda, dijo que sí, y yo: «Te voy a preparar el café más delicioso que hayas probado jamás. Yo llevaré las tazas». Acudí a la cita con mis guantes puestos, llevé el café. Mientras lo preparaba, Félix no dejaba de recrearse en mi culo, que creía iba a gozar en unos instantes. La mezcla de olores a droguería,

perfume y café lo ponían más caliente. El tintineo de las tazas y las cucharillas le mantenía erecto el pene, se le notaba debajo de unos pantalones que comenzaba a rozar con mi trasero mientras tomaba con sus manos mi cintura. Ya quedaba menos para el momento de gloria. Los cafés humeaban. Pregunté: «¿Has cerrado bien la tienda? Por favor, ve a comprobarlo. Solo así me sentiré realmente relajada». En el tiempo en que Félix fue y volvió de la entrada, su café fue enriquecido con el licor de la muerte. Cuando llegó, me encontró con una de las tazas en la mano, removiendo el azúcar con la cucharilla, con una sonrisa sensual. Félix tomó su taza, me comía con los ojos, lo bebió todo de un solo trago, no había tiempo que perder para gozar de mi cuerpo. Yo saboreaba más lentamente el momento, cada sorbo una sonrisa, ahora huelo el aroma, ahora te envió un beso desde mis labios rojos puestos en forma de clavel. Antes de que acabara mi café, el rostro de Félix quedó blanco, un vómito verde explotó de sus adentros, los ojos rojos se salían de sus órbitas, las venas del cuello parecía que iban a reventar. Los párpados se le bajaron a la mitad mientras su garganta emitía un quejido gutural. Cayó al suelo de golpe, levantando a medio metro el polvo del suelo de la trastienda. Lo recogí todo sin quitarme los guantes,

busqué y cogí la llave de la trastienda que sabía llevaba en el bolsillo. Dejé todo apagado, salí, cerré, tiré la llave con disimulo en el primer husillo que encontré a mi paso.

Rufino acabó de escuchar mi relato, quedó callado, con la barbilla apoyada en su puño izquierdo. Varios minutos después dijo:

—Debes de tener las maletas preparadas. En el mismo momento en que sepa que van a detenerte vendré a por ti y nos iremos.

—¿A dónde?

—No lo sé, pero no voy a permitir que te detengan.

—Pero, ¿y tú?

—Yo no quiero una vida sin ti. Huiremos juntos, y si caemos, caemos juntos.

Justino, el falsificador, sentenció:

—Dos cédulas de identificación nuevas y urgentes son tres mil pesetas.

¡Uff!, costaba mucho dinero, pero había que hacerlo. Mi nuevo nombre era Apolonia Sandoval y el de Rufino Raúl Fernández, nuevas identidades preparadas por si era preciso salir huyendo.

Días de tensión, en los que mis oídos permanecieron pegados obsesivamente a lo que ocurría en la calle. Cada vez que oía el sonido de un automóvil pensaba que Rufino llegaba apresurado para llevarme de allí a otro lugar. Ansiedad, nerviosismo. No fui a trabajar, mandé a decir que me encontraba enferma. Cada hora un sobresalto, cada ruido anunciaba mi condena a muerte. Me acercaba continuamente a la ventana para mirar, entre visillos, si alguien amenazaba desde fuera. De noche, me pegaba fuertemente al cuerpo de Rufino para sentirme protegida. Él se había implicado completamente en este nuevo caso, aquello ponía un poco de alivio en mi pavor.

Tres días después recogí las nuevas cédulas de identificación. Al poco de volver a casa, Rufino apareció muy excitado, se sentó a mi lado y me espetó:

—¿Conoces a un tal Salvador Torres, de Sanlúcar la Mayor?

—Sí, alguien lo trajo a la estancia de Ángel en el corral de vecinos. Venía muy malito, con una neumonía. Nos costó mucho, pero le pudimos salvar la vida. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque lo hemos detenido. Al parecer, lo habían visto a menudo acompañando al nuevo falangista muerto. Lo sorprendieron saliendo de su casa horas antes

de que encontraran el cadáver. No ha sido difícil dar con su paradero y detenerlo. Ahora está en el calabozo, el *Mellao* ya lo está preparando para lo que le espera mañana. Ahora tienes que contarme cómo es posible que este presunto asesino también haya tenido algo que ver contigo.

—Cuando lo llevaron enfermo, nos caímos mutuamente muy bien, cogimos confianza, le contamos lo del hueco en la pared. Estaba muy enfadado y dolido por el tiempo que había sufrido en el campo de Las Arenas en La algaba. Me confesó que estaría dispuesto a hacer lo que fuera para luchar contra el régimen. Cuando Ángel salía, que eran muy pocas veces, enseñé a Salvador a preparar la cicuta con semillas que yo guardaba en secreto. Cuando sanó, le pagué el autobús hasta Sanlúcar, donde iba a trabajar en un cortijo. Llevaba grabada en su intención la misión de continuar con mi labor de lucha.

—¡Pues este alumno no te ha salido muy listo!, de hecho, ha sido sumamente torpe.

—No he vuelto a saber más de él hasta ahora. ¿Tú crees que va a confesar y que va a hablar de mí?

—¡No te quepa duda!, si firman hasta los inocentes, ¿cuánto más siendo culpable?, como parece. No te puedes imaginar lo que puede una persona llegar a sufrir en uno

de nuestros interrogatorios. En caso de que el pollo cante,
yo me las arreglaré para que huyamos antes de que te
detengan. No quiero que vayas a trabajar en varios días.
Me sentí protegida por Rufino. Aquella noche sonaba en
la radio *Para quererte nací*:

Sos la tibia resolana
que calienta mi existir
la que no me hace sentir
el frío de la mañana.
Sos grueso poncho de lana
que cobija mi osamenta
contra la ruda tormenta
de la vida borrascosa,
la que en la noche tenebrosa
la paz de mi alma sustenta.

20

Buscando el mar

Eran las nueve de la mañana, en la sala de interrogatorios ya esperábamos a que nos trajeran a Salvador. Confiaba en que el *Mellao* hubiese hecho bien su trabajo durante la noche y no tuviéramos que atizarle mucho ni hacerle muchas preguntas. La boca me sabía a plomo, el corazón me latía rápido, sentía las pulsaciones en las sienes, me faltaba el aire, me sudaban las manos. Intentaba disimular, que no se me notaran los nervios, el nudo en mi garganta se hacía más severo cada segundo.

Isidoro, el falangista, ya acariciaba su fina barra de acero. El bigotes y el gordo también estaban nerviosos por la cantidad de hostias que les estaban lloviendo de nuevo desde Madrid. Los gorraplatos trajeron a Salvador, venía con la cara blanca, temblaba y sudaba. Hacía mucho calor. Le pusimos un abrigo. Lo sentamos, esposadas las manos sobre la espalda, en la silla de tortura a la que llamábamos «la suave». El bigotes comenzó a preguntar.

—Hay mucha gente que asegura que te ha visto a menudo con Antonio Suárez, incluido el día en el que

apareció muerto. Estamos convencidos de que has sido tú el que lo ha envenenado. Cuanto antes confieses antes acabamos y menos mal lo vas a pasar. Así que en tus manos está el que seamos buenos. Pregunto: ¿has sido tú?

El hombre, con la cabeza gacha, asintió con la cabeza. Un gran alivio me recorrió el cuerpo, me levanté de golpe, busqué con los ojos la declaración escrita que estaba sobre una mesa, la cogí junto con la pluma y se la acerqué a Salvador para que firmara. Me miró como preguntándome si yo era tonto. El comisario me gritó, con aquel tono tan agradable que usaba siempre:

—¿Qué haces idiota?, ¿a ti qué coño te pasa?

Comprendí que me había precipitado, hice un gesto de no encontrarme bien y devolví la declaración y la pluma a la mesa. El bigotes prosiguió:

—¿Por qué lo has hecho?

—Es mi forma de luchar contra Franco.

—¿Hay más personas que, como tú, lucha contra Franco envenenando a gente?

Isidoro se acercó a diez centímetros de los ojos de Salvador con la barra de acero en la mano. Yo suplicaba en mis adentros que se mantuviera valiente y no cantara, pero el *Mellao* había hecho un trabajo perfecto. El tío estaba entregado.

—Yo solo conozco a una persona: una cantante que se llama Sonia del Mar, vive con un médico que se llama Ángel. Ella fue la que me enseñó a preparar veneno de cicuta. Viven aquí muy cerca, en un corral de vecinos.

El gordo, cuando escuchó el nombre de Sonia, se puso muy serio, parecía que tenía ganas de matarme. Se levantó bruscamente y me gritó:

—¡Venga coño!, quítale el abrigo. El cabrón este nos va a llevar a dónde viven los rojos esos hijos de puta.

Cuatro gorraplatos, el gordo y yo seguimos a Salvador hasta el corral. El mierda señaló las puertas de las que habían sido estancias de Ángel y de Sonia. Los vecinos salían a las puertas y observaban, entre curiosos y temerosos, lo que hacíamos. El gordo aporreó la puerta, que se cimbreaba y parecía que iba a salirse de sus goznes. Abrió una mujer muy sucia y despeinada que tenía dos niños agarrados a sus faldas. El gordo preguntó:

—¿Está aquí Sonia del Mar?

—Creo que esa era la que vivía aquí antes de que yo alquilara la estancia —dijo la mujer.

—¿Sabe dónde vive ahora?

—No, yo no la conocí, solo sé de ella por lo que cuentan los vecinos.

El gordo comenzó a golpear también la puerta de la que había sido la estancia de Ángel. La mujer aclaró:

—Ahí no vive nadie ahora, don Ángel, el médico, murió hace meses. Todavía no han alquilado la estancia.

—¡Su puta madre! ¿Alguien sabe dónde vive la Sonia esa? —gritó el gordo a los vecinos, que quedaron callados.

De vuelta a la comisaría, el bigotes nos ordenó:

—No sabemos dónde vive, pero sí dónde trabaja la puta. Esta noche os quiero aquí a las nueve para ir a por ella a la taberna.

Corrí a casa. Sonia ya tenía hechas las maletas, yo le había insistido previamente en que estuviera preparada. Cogí todo el dinero que tenía ahorrado, también los treinta paquetes de Lucky Strike que me quedaban del último envío recibido. La pistola cargada y guardada en mi bolsillo. No perdimos un minuto en salir hacia la estación. Compramos dos billetes, nos montamos en un tren con destino a Cádiz. En el compartimento, sentados muy juntos, cabeza con cabeza, nos cantamos mutuamente susurrando *Golondrinas*:

Golondrinas de un solo verano
con ansias constantes de cielos lejanos.

Alma criolla, errante y viajera,
querer detenerla es una quimera.
Golondrinas con fiebre en las alas,
peregrinas borrachas de emoción.
Siempre sueña con otros caminos
La brújula loca de tu corazón.

Criollita de mi pueblo
pebeta de mi barrio,
la golondrina un día
su vuelo detendrá,
no habrá nube en sus ojos
de vagas lejanías
y en tus brazos amantes
su nido construirá.
Su anhelo de distancias
se aquietará en tu boca
con la dulce fragancia
de tu viejo querer.
Criollita de mi pueblo,
pebeta de mi barrio,
con las alas plegadas
también yo he de volver.

Alegraba el final de junio cuando nos apeamos en la estación de ferrocarril en Cádiz. La tarde luminosa, todavía soleada a las ocho, se reflejaba en el andén. Al salir de la estación, con paso apresurado, pasamos junto al puerto. Era la primera vez que Sonia veía el mar. Quería que nos parásemos al menos un instante para poder contemplarlo, pero no teníamos tiempo, cuanto antes desapareciéramos de las calles mejor, un tío de dos metros de alto no pasa desapercibido. Pasamos bajo un hermoso arco, nos adentramos en el barrio del Pópulo. Yo conocía bien dicho barrio. Tres años antes, en 1940, el gordo y yo nos desplazamos a la capital gaditana para complementar a los compañeros en un delicado trabajo. Por las noches, nos gustaba divertirnos junto a la canalla del puerto en varios cabarets que alumbraban de rojo las estrechas calles.

Nos alojamos en un local llamado La Gaviota, en el que además de alterne y ofrecer espectáculos de varietés y cantantes, el dueño alquilaba habitaciones para que hombres y mujeres no casados pudieran desfogar sus deseos sin que se le pidiera el libro de familia. Yo sabía que la policía comenzaría a buscar antes en las pensiones que en aquellos antros ocultos y secretos que no contaban

ni siquiera con una ventana abierta al exterior. El dueño me conocía porque en el mes que trabajamos en Cádiz acudimos bastantes veces a disfrutar de su espectáculo y a ventilarnos después a la Gertrudis, una puta gordita con unas tetas descomunales, de cara graciosa y unos labios que hacían maravillas. Además, se dejaba por todos los lados. Nos habíamos hecho adictos a aquella mujer que nos encendía y nos sacaba bien los cuartos.

Fidel, el dueño, un hombre alto y fuerte, soltó, sin tener en cuenta que Sonia se encontraba a mi lado:

—¡Hombre, el tío largo al que le gustaba la Gertrudis!, pues todavía está por aquí, así que si quiere echar un ratito...

Le hice un gesto con la cabeza como diciéndole que iba acompañado. Pareció comprender.

Fidel nos acompañó a nuestra nueva morada. Cruzamos un patio, al final se encontraba la taberna con su escenario de tablas, sus mesas rojas y sus sillas de anea. De allí partía una escalera con barandilla de hierro que llevaba a la primera planta. Aquella casa presentaba una distribución muy irregular. Entramos en la habitación: cuatro metros cuadrados sin ventanas, el suelo de losas de barro, las paredes grises de una mugre bajo la cual se adivinaba algún hilo de lo que fue una pintura rojiza. Un

camastro desvencijado de un metro de ancho donde deberíamos dormir los dos y una mesita de madera mil veces rayada a la que le faltaban los cajones. Las maletas ocupaban el espacio restante, casi no nos quedaba espacio para respirar. Eran las nueve de la noche, el gordo ya me estaría esperando para que lo acompañara a la taberna El Duende para detener a Sonia.

21

Al descubierto

Eran las nueve de la noche. Germán estaba esperando a su compañero Rufino. Iban a irrumpir en la taberna El Duende para detener a Sonia del Mar. Para hacer más corta la espera escuchaba la radio en el despacho del largo. «¡Tiene cojones que el comisario le deje disfrutar de una radio y escuchar música en el lugar de trabajo! ¡Pues esta tarde la voy a escuchar yo un ratito!». Encendió el aparato girando el mando del volumen un poquitín hacia la derecha, una luz iluminó el dial, con otra rueda buscó un programa de música en Radio Sevilla. El locutor anunciaba una canción con un nombre muy raro: *Rascayú*, de un tal Bonet de San Pedro. Las notas comenzaron a alegrar el despacho, aquello que sonaba era radicalmente distinto a la copla, a los boleros y a los tangos.

Rascayú, cuando mueras, ¿qué harás tú?

Rascayú, cuando mueras, ¿qué harás tú?

Tú serás un cadáver nada más.

Rascayú, cuando mueras, ¿qué harás tú?

Sonaba a nuevo, a fresco, con un ritmo acelerado que no se parecía en nada a lo que había escuchado hasta aquel día. Los pies se le movían solos, las anchas caderas comenzaban a bambolearse, los brazos se le disparaban, su boca sonreía, en sus ojos destellaba el brillo del placer. Sus blandas carnes temblorosas acompañaban el ritmo, bailaba muy bien. ¿Quién lo iba a decir?

Oigan la historia que contome un día
el viejo enterrador de la comarca,
que era un viejo al que la suerte impía
su único bien arrebató la parca.
Todas las noches iba al cementerio
a visitar la tumba de su hermosa
y la gente murmuraba con misterio:
«Es un muerto escapado de la fosa».

Rascayú, cuando mueras, ¿qué harás tú?
Rascayú, cuando mueras, ¿qué harás tú?
Tú serás un cadáver nada más.
Rascayú, cuando mueras, ¿qué harás tú?

Hizo amistad con muchos esqueletos
que salían bailando una sardana
mezclando sus voces de ultratumba
con el croado de alguna rana.

Los pobrecitos iban mal vestidos
con sábanas que ad hoc habían robado,
y el guardián se decía con recelo:
«Estos muertos se me han revolucionado».

Como es bastante tétrica la historia
los fuegos fatuos se meten en el lío
armando con sus luces tenebrosas
un cacao de padre y muy señor mío.

«¡Uff!», cuando aquello dejó de sonar, a Germán le brillaba la calva de tanto sudar. Su cara y sus manos también estaban húmedas, una sensación de bienestar le recorrió el cuerpo. Estaba contento y relajado, aquella noche caería la cantante y además iba a dejar en ridículo profesional al largo, que decía que estaba claro que la tía no tenía nada que ver con los envenenamientos.

Rufino se retrasaba, ya habían dado las nueve y cuarto y todavía no se había presentado en la comisaría.
«¡Pues a y media nos tenemos que ir!, con el largo o sin

él». Germán dejó de esperar, con cuatro policías armadas se dirigió a la taberna El Duende. Ya en el local, Atanasio, el dueño, les informó que Sonia no había aparecido esa noche y que tampoco había comunicado si estaba enferma. «¡Su puta madre!». Germán le pidió la dirección de la cantante. Atanasio lo hizo pasar al despacho, sacó de un cajón una libreta ennegrecida, se humedeció el dedo índice, comenzó a pasar páginas hasta que encontró el lugar donde tenía apuntada la dirección. Rompió una hoja del final de la libreta, copió las señas, se la entregó a Germán, quien salió corriendo al instante.

Las ruedas del coche de policía se quejaron y chirriaron con el tremendo frenazo. Al llegar a la casa de Sonia, Germán golpeó la puerta con todas sus fuerzas y todo su enfado. Las luces apagadas, dentro, la casa desierta. Al día siguiente volverían preparados para tirar la puerta. De vuelta a la comisaría le comunicaron a Germán que Rufino todavía no había aparecido. «¿Dónde se habrá metido este tío?».

—¡Si mañana no se presenta te vas a buscarlo a su casa y me lo traes arrastrando de los cojones! —gritó el comisario desde una cara congestionada que parecía que iba a reventar.

—¿Le habrá ocurrido algo? —preguntó temeroso Germán.

—¡Más te vale que no aparezca envenenado con cicuta, porque entonces te arranco los huevos, te los meto en la boca y te pongo frente a un pelotón de fusilamiento!

Germán tragó saliva.

A las diez y media de la mañana Rufino seguía sin dar señales de vida. Germán fue a casa de su compañero. La mujer del largo, con una desidia y una lentitud exasperante, hizo café. En bata semiabierta, casi tirada en un sillón, le contó al inspector que desde hacía un tiempo Rufino solo pasaba por casa un par de veces a la semana para ver a los niños, que hacía varios días que apareció por última vez, que ella nunca le había preguntado por dónde andaba porque su marido no le importaba en absoluto, pero sospechaba que convivía con otra mujer porque era imposible que estuviera tantas noches de servicio. Además, se había llevado casi toda su ropa y sus cosas. ¡No había que ser muy lista! Germán se quedó de piedra, no sabía qué pensar.

Comenzaba la búsqueda y captura de Sonia, pero antes había que encontrar al inspector desaparecido. Lo primero ir a las estaciones de trenes para preguntar si tenían noticias de él. Rufino era conocido en esas

estaciones, Germán sabía dónde preguntar, porque los funcionarios del fiato y los policías sabían muy bien quién era. En la estación de San Bernardo:

—Sí, al largo lo vimos ayer, caminaba con una mujer del brazo. Tomaron el tren de Cádiz.

—¿Cómo era esa mujer?

Pelo color platino bajo una boina, pulsera en el tobillo izquierdo. La descripción coincidía plenamente con la de Sonia. Aquello empezaba a oler muy mal.

Inmediatamente, Germán y varios policías armadas partieron raudos hacia la casa de la cantante con material adecuado para tirar la puerta. Del maletero del coche sacaron mazas, cinces grandes y palancas para reventar una puerta que cedió al segundo golpe. Dentro casi no quedaba nada, tan solo unos muebles vacíos. Todas las puertas, todos los cajones abiertos, sin duda habían salido huyendo con prisas. En la habitación encontraron una camisa y un reloj que Germán identificó que pertenecían a Rufino. «¡Me cago en *to!*, ¡es que no me lo puedo creer! ¡Su puta madre! ¡Si te cojo te pego un tiro cabrón!». Germán recordaba abochornado cómo el largo le había convencido en varias ocasiones de que no valía la pena investigar a Sonia, que estaba limpia. «¡Será hijo de perra!». Sentía que se había burlado, que lo había tomado

por tonto. «¡Pero mira que eres idiota!». Se daba golpes en la cabeza con el puño cerrado.

El comisario telefoneó a los compañeros de Cádiz. En poco tiempo toda la policía y Guardia Civil de la provincia estaban sobre aviso y en la búsqueda. No debía ser tarea difícil, ¡un tío de dos metros de alto y una rubia platino no pasan desapercibidos!

22

La espera

Yo no salía de la habitación para nada, mi altura me delataría al momento. Sonia, que se había teñido el pelo de moreno, era quien bajaba a comprar comida y subirla a la habitación. Sin cartilla de racionamiento que atendiera a nuestros nuevos nombres, gastábamos en el estraperlo demasiado dinero. Habíamos apartado la cantidad suficiente para comprar dos pasajes en el trasatlántico que nos llevara a la Argentina, pero el sobrante se escapaba de nuestras manos con excesiva rapidez. ¿Mi vida?, veinticuatro horas ahogado en una habitación, empapado en los sudores de un calor de principios de julio que me deshidrataba. Una jarra de agua y un vaso sobre la mesilla aliviaban mis días.

Gertrudis, la puta que a mí tanto me gustaba en tiempos, se mostraba muy amable con nosotros. Me causaba sorpresa que Sonia, en vez de sentirse celosa, hubiera hecho buenas migas con aquella mujer. De vez en cuando, guisaba para nosotros y nos subía lo preparado a la habitación, incluso una ensalada o un poco de arroz

hervido que le pagábamos al momento. No preguntó en ningún momento por qué yo no salía de la habitación. Sonia encontró seguridad y confianza en ella. El día que fue a comprar los pasajes le pidió por favor que la acompañara. Gertrudis accedió encantada.

Aquella mañana salieron las dos, agarradas del brazo, de La Gaviota para dirigirse al puerto. Sonia no lucía ni la pulsera ni la boina. La espera parecía que no tuviera fin, cada segundo me asomaba a la puerta de la habitación para ver si las dos mujeres subían por la escalera. Sentía náuseas, mareo, me faltaba el aire, me dolía el pecho, el corazón palpitaba enloquecido. Yo sabía que el puerto estaba plagado de policías. Solo me tranquilizaba el pensar que nos protegían nuestras nuevas identidades y que Gertrudis sabía muy bien manejarse entre marineros, estibadores y contrabandistas. No le habíamos contado nada, pero parecía saber, o imaginarse, que no queríamos mantener contacto alguno con la policía.

Una de las tantas veces que me asomé a la galería, sonaron las trompetas celestiales. Sonia y Gertrudis subían las escaleras anunciándome con sus sonrisas y sus ojos brillantes que todo había salido bien. Sonia se abrazó a mí, me besó en las mejillas, en los labios, en los ojos, en

la frente. Después me alargó la mano para que viera los pasajes y unos trípticos de papel que la compañía Ybarra regalaba a los viajeros. Si todo transcurría con normalidad, en unos días obtendríamos los visados con nuestros nuevos nombres y el 25 de julio partiríamos hacia la Argentina en el trasatlántico Cabo de Buena Esperanza.

Los ahorros estaban a punto de terminarse, las nuevas cédulas, los pasajes y el estraperlo nos habían dejado sin una peseta en el bolsillo. Faltaba una semana para la partida, había que seguir pagando la habitación y la comida, además de ganar algún dinero para llevar en el viaje. No teníamos otra salida, había que jugársela. Invitamos a Fidel, el dueño de La Gaviota, a que escuchara la voz de Sonia. Ella le explicó que su especialidad era la copla, le cantó *La bien pagá* y *La falsa Monea*. Fidel y las niñas de alterne quedaron boquiabiertos.

—¿Cómo quieres que te presentemos Apolonia?

—Como Nía Sandoval.

Había sido Antonia, cambió a un nombre que sonara parecido: Sonia, para el último había elegido Apolonia. Pensó que Onia los englobaba a todos, pero no le gustaba. Nía sonaba mejor. Con lo que Sonia ganó en

aquellos días pudimos alimentarnos y ahorrar unas pesetas.

Faltaban tres días para la partida, el visado ya había llegado, todo estaba preparado. Aquella tarde, Sonia estaba vistiéndose con un traje deslucido que recordaba lejanamente al de faralaes. Fidel lo había conseguido de segunda mano. Gertrudis llamó a la puerta, cuando entró nos comentó:

—Recuerdo que cuando venías como cliente estabas siempre acompañado por un señor así bastante grueso.

Enloquecieron todas las alarmas de mi corazón. Dije que sí con la cabeza. Prosiguió:

—Está abajo, sentado en una mesa, esperando que comience el espectáculo.

Salí a la galería, con mucho cuidado miré hacia abajo, entre barrotes, desde una esquina de la barandilla. ¡Allí estaba el hijo de puta del gordo! Sin duda lo habían trasladado temporalmente para que nos buscara. ¿Había venido a ventilarse a alguna puta o sabía que Sonia cantaba en el local? Gertrudis supo leer en nuestros rostros, dijo:

—Le voy a decir a Fidel que Sonia se encuentra hoy indispuesta, que no va a cantar. No habrá problema.

Sonia no bajó aquella noche. Yo mantenía en mi bolsillo la pistola cargada, con el seguro quitado. Desde el rincón oscuro de la barandilla podía ver al gordo sin que él me viera a mí. Observé cómo Gertrudis se sentó a su lado. Reían y bebían mientras contemplaban el espectáculo de muchachas cantando coplillas picantes. Pronto, el gordo comenzó a besar a Gertrudis en el cuello mientras ella acariciaba su pene sobre el pantalón. Varios vasos de vino después se levantaron de la mesa, yo corrí a mi habitación, cerré la puerta, escuché que por las escaleras subían las risas y cómo entraban en la habitación de Gertrudis, contigua a la nuestra. Tras la puerta de la mujer más risas, gritos, exclamaciones de placer que se prolongaron durante una hora y después el silencio. Mucho nerviosismo, un cigarro detrás de otro. Decidimos quedarnos, si hubiéramos salido a la calle a esas horas nos hubieran apresado con total seguridad. Permanecí con mi oreja fijada a la puerta, atento, no me despegaba un segundo, el tiempo pasaba pesado, otro pitillo Lucky Strike. El último cliente abandonó el local, el silencio persistía. ¿Por qué no salía y se marchaba? ¿Se habría quedado dormido el cerdo? Más silencio, más tabaco. A las cuatro de la madrugada se oyó el picaporte, el chirrido

de la puerta al abrirse, cómo salían sus pisadas a la galería. De pronto, Gertrudis comenzó a gritar:

—¡Ahí no hay nadie, te he dicho que no hay nadie!

Sonia, cosida a mi lado, se tapaba con las manos los oídos y cerraba los ojos. Permanecí sentado en el camastro, un cigarrillo se consumía sobre el cenicero, apuntaba con la pistola hacia la puerta de mi habitación, el picaporte se movió, la puerta se abrió de golpe, ante nosotros apareció la figura del gordo que miraba atónito el cañón de mi pistola. El disparo atronó en el silencio de la noche.

Al instante, se pobló la entrada de la habitación de ojos como búhos que contemplaban la escena. Las cuatro muchachas, en camisón rojo, miraban sin decir palabra. Una se santiguaba, otras lloraban, todas estaban a punto de vomitar. Fidel se abrió paso entre las putas como un rinoceronte. Sereno, le dije:

—Imagino que muy pronto llegará la policía. Un disparo en mitad de la noche habrá sido oído en media ciudad. No se preocupe, nos entregaremos sin oponer resistencia y confesaremos lo que ha ocurrido aquí.

Mis oídos quedaron sorprendidos cuando respondió:

—No crea que se ha escuchado tanto, estas casas son muy antiguas, tienen los muros anchos. Si en una hora no se ha presentado la policía limpiaremos todo esto y haremos desaparecer el cuerpo. Si se descubre que un policía ha muerto en mi local me lo cierran y me meten en la cárcel. Demasiados problemas tenemos ya con las beatas y los curas, que no van a parar hasta ver el barrio en llamas.

Después preguntó a Gertrudis:

—¿Qué es lo que ha pasado?

—El tío me decía que no quería investigar nada, había venido solo para buscarme y pasar el rato. Después del servicio se había quedado dormido. Cuando despertó se vistió para irse, ya se marchaba, pero al salir a la galería quedó parado, hizo un gesto como si estuviera olfateando algo como si fuera un perro y se lanzó después a abrir la puerta de Rufino y Sonia.

¡Qué torpe fui! El mierda había olido el aroma de mi tabaco, lo conocía muy bien, era inconfundible y único. ¿Cómo no contemplé ese peligro mientras esperaba a que se marchara? Ya era tarde. Los minutos me parecían años, en el tic tac del reloj resonaban en mi impaciencia un segundo detrás de otro. Parecía que estábamos velando a Germán sobre una capilla ardiente de sangre. La calle

permanecía tranquila, nadie llamó a la puerta de La Gaviota. A las cinco y media Fidel ordenó con voz animada mientras daba palmas:

—¡Vamos niñas, quiero esto limpio como la patena!

Lo primero fue retirar el cuerpo. El disparo le había atravesado el corazón y había salido por la espalda. Yacía bocarriba. El suelo brillaba y resbalaba con la sangre. Levantarlo era imposible, pesaba como un hipopótamo. Pregunté:

—¿Dónde vamos a esconder el cadáver? Llevarlo al campo o a alta mar es imposible, entre todos no podemos levantarlo.

—No te preocupes, el prenda este se queda aquí con nosotros, nos pondremos manos a la obra ya. Hay que bajar el cuerpo a un almacén que hay junto al patio.

Sonia y yo tirábamos de una pierna, Fidel y Gertrudis de la otra. El gordo iba arrastrando una estela de sangre, bajando las escaleras daba cabezazos en cada escalón. Pudimos trasladarlo a un almacén estrecho y largo donde se guardaban algunas sillas y mesas antiguas. Pusimos el cadáver pegado a la pared del final.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

—Mañana este almacén medirá un metro menos de largo. Acompáñame, vamos a traer material del sótano.

Cemento, agua, espuerta, palaustre, paleta de enlucir. Ladrillo a ladrillo, el cuerpo del gordo fue desapareciendo tras la nueva pared que levantaba Fidel. Había que trabajar con mucho cuidado, que no quedara abierto ni el más mínimo hueco por donde se escapara el hedor de la podredumbre. Las muchachas con cubos, aljofifas y jabón se afanaban de rodillas en dejarlo todo limpio. La pared quedó bien alisada, cuando secara sería pintada de blanco. Acabamos el trabajo, Fidel repetía una y otra vez a las muchachas:

—¡Aquí no ha pasado nada esta noche, aquí no ha pasado nada!

Las niñas se lo tomaron con absoluta tranquilidad y frialdad. Aquello me dejó una sensación rara, mi mente me insinuaba que en aquella casa, de planta tan extraña, ya escondían algún que otro muerto emparedado.

La luz del día entró por los ventanales abiertos, nadie tenía cuerpo para ir a dormir. Nos sentamos Fidel, Gertrudis, Sonia y yo en sendas sillas junto al escenario.

—¿Por qué hacéis todo esto por nosotros? —preguntó Sonia.

—Porque tú me caes muy bien y porque tu marido ha sido el único tío que me ha dado gusto desde que estoy metida en el puterío —respondió Gertrudis.

Fidel rio a carcajadas, en su boca abierta los dientes amarillos saludaban solitarios junto a los muchos huecos donde algún día florecieron añoradas muelas. Yo creí que se iba a formar, pero lejos de enfadarse, Sonia sonrió. Luego preguntó:

—¿Podemos ayudaros de alguna manera?

Gertrudis respondió:

—Yo también me quiero ir a la Argentina, tengo dinero de sobra para pagarme el pasaje, pero no quiero llegar allí sin conocer a nadie porque sé que acabaría otra vez en la prostitución. Me gustaría que, cuando estuvierais allí, me buscarais un trabajo. Entonces cruzaría el charco sin ningún temor.

—¿Y a ti Fidel, como podríamos pagarte?

—Yo solo quiero que el barrio del Pópulo siga siendo el que es, que siga conservando su ambiente de libertad. En eso no me podéis ayudar. Sí, me gustaría quedarme con tu pistola, Rufino. Al barco no puedes subir con ella. La del policía que nos hemos *ventilao* hoy ya la tengo guardada.

Era cierto, la guerra no había terminado, lo estaba palpando en persona. Me encontraba en el bando contrario sin saber muy bien cómo se había consumado el

cambio. Saqué la pistola del bolsillo de mi pantalón y se la entregué.

Sonia y Gertrudis fueron a la cocina para preparar juntas el desayuno. Desde donde me encontraba podía escuchar las estruendosas carcajadas que Gertrudis soltaba con las ocurrencias de mi amada.

Por la tarde, cuando Sonia se estaba vistiendo con el traje de lacios volantes y desgastados lunares, me dijo:

—Esta es nuestra última noche en España. Tengo preparado para ti un regalo.

Abrió la puerta, Gertrudis apareció bajo el quicio, entró en la habitación. Sonia me dio un beso en la mejilla y exclamó:

—¡Que disfrutéis!

Salió y cerró la puerta. Gertrudis se desnudó, se quedó solo con los ligeros, las medias y los zapatos de tacón. Sus enormes pechos se mantenían tersos tal como yo los conocía. Mi olfato todavía recordaba la sangre del gordo que en la madrugada había empapado las losas de mi habitación, pero ese olor no me impidió gozar. Cuando acabamos encendí dos cigarrillos, uno para mí y otro para la Gertrudis. Desde la habitación escuchábamos el espectáculo de varietés. Sonia subió a las tablas, comentó:

—Esta noche voy a cantar una canción preciosa que me ha enseñado mi amiga Gertrudis. Compuesta por el músico argentino Carlos Gustavino, con letra de un poema de Rafael Alberti, poeta andaluz exiliado.

Me puse las manos en la cabeza. Pero, ¿qué haces loca? ¿A qué viene eso? ¡Nos vamos mañana, nos estamos jugando la vida! Afortunadamente nadie la increpó. Ella comenzó a cantar.

Se equivocó la paloma,
se equivocaba.
Por ir al norte, fue al sur
creyó que el trigo era agua,
se equivocaba.

Creyó que el mar era el cielo
que la noche, la mañana,
se equivocaba,
se equivocaba.

Que las estrellas, rocío
que la calor, la nevada,
se equivocaba,

se equivocaba.

Que tu falda era tu blusa
que tu corazón, su casa,
se equivocaba,
se equivocaba.

Ella se durmió en la orilla,
tú en la cumbre de una rama.

¿Me estaba equivocando yo? De nuevo me asaltaron las dudas. Mi pareja, la mujer que aseguraba que me amaba, mi esposa en los documentos falsificados, me había incitado a gozar del sexo con otra mujer. Aquello me confundía, provocaba que los fantasmas volvieran a enmarañar mis pensamientos. ¿Me estaría utilizando para escapar del país? ¿Seguía corriendo peligro de morir envenenado? Aquella noche, la última que íbamos a pasar en Cádiz, Sonia se abrazó fuertemente a mí en la cama. Le pregunté:

— ¿Por qué me has traído esta tarde a la Gertrudis?

— Ambos os deseáis sexualmente. Es un regalo que os hago a los dos. A ella por lo bien que se ha portado con

nosotros, a ti por los veinte días que has estado sin salir de este cuchitril infecto.

—¿No te asusta que yo te pueda contagiar alguna enfermedad venera?

—Guardo penicilina. La cogí de la estancia de Ángel antes de que se encargara de su cuerpo la funeraria.

—¿No tienes celos?

—De ella no.

Apenas pudimos dormir, el día que iba a amanecer se presentaba peligroso y largo.

23

Rumbo a la libertad

No me había puesto ni la pulsera ni la boina, mi pelo teñido de moreno. El día de la partida, de mañana, estábamos bajo el dintel de la puerta preparados para salir a la calle. Las maletas hechas. No había mucha distancia entre el barrio del Pópulo y el puerto. Me sentía como las tortugas recién nacidas que corren por la arena de la playa buscando el mar mientras las gaviotas amenazan desde el cielo con acabar con su vida. Alcanzar el mar significaba la salvación, llegar al trasatlántico y embarcar, la vida. Salimos de La Gaviota. Después de veinte días sin ver la claridad, la luz brillante del julio gaditano había cegado los ojos de Rufino. Apenas veía, caminaba con una mujer abrazada a cada uno de sus brazos. Gertrudis y yo lo guiábamos como lazarillos, él portaba dos maletas pesadas. Esperábamos que no aparecieran policías, que estuvieran todos buscando a Germán. Rufino andaba un poco encorvado, con las rodillas flexionadas para intentar disimular su altura. Cruzamos la verja que delimita el puerto. Un hormiguero loco de viajeros, maletas, marinos,

cargadores, empleados, guardias civiles y policías se cruzaba delante de nosotros. Seguíamos avanzando por el muelle, paso a paso en un caminar agónico. Un guardia civil se nos quedó mirando, comenzó a dirigirse hacia nosotros, queríamos disimular y mantener la calma, los tres muy juntos, mirando al frente. El guardia nos alcanzó.

—Permítanme que le lleve las maletas al caballero invidente. Yo les acompañaré hasta que embarquen.

—¡Oh!, sí, muy amable —contesté.

No sabía si aquello me ponía más nerviosa o me calmaba. Era incapaz de tragar saliva, pero el corazón se había aquietado. Seguimos caminando, ambas mujeres permanecíamos cogidas de los brazos de Rufino. Junto a nosotras, el guardia civil cargaba con las maletas de dos huidos de la justicia. ¡Qué cosas tiene la vida!

Llegamos al pie de la escalerilla, pude percibir entonces la majestuosa mole del Cabo de Buena Esperanza. Se alzaba delante de nosotros colosal, como un edificio de ocho plantas que emergiera del mar. La negra chimenea, donde resaltaba el escudo de la naviera Ybarra, se elevaba hasta el cielo desde el centro de tan imponente castillo. Botes cubiertos con lonas colgaban de las almenas más altas. Las gigantescas grúas de proa y popa nos

hacían sentirnos insignificantes. El blanco casco, donde se abrían cientos de ojos de buey, reflejaba el sol de la mañana. Subimos, una vez embarcados, antes de pasar el control de pasajes, el guardia nos saludó alargando su mano extendida hasta el botón del tricornio. Le volvimos a dar las gracias, bajó por donde había subido. Gertrudis nos abrazó y suplicó:

—No os olvidéis de mi trabajo en la Argentina.

Bajó, permaneció de pie en el muelle mirando hacia la cubierta.

Todos los documentos estaban correctos, dos empleados llevaron el equipaje a la bodega y nos acompañaron después a la cabina que nos correspondía. Mientras esperábamos a que el buque zarpara, le leía a Rufino el tríptico que me habían entregado cuando compré los pasajes:

—Cabo de Buena Esperanza, propiedad de la compañía Ybarra, matriculado en Sevilla. Peso muerto de once mil toneladas, ciento sesenta y tres metros de eslora y veintidós de manga. Ocho metros de puntal. Propulsión por turbinas de vapor con una potencia de trece mil doscientos caballos de vapor. Posee tres cubiertas corridas y popa de crucero. Capacidad para doscientos pasajeros en clase de cabina, cien en clase económica de camarotes

y cuatrocientos en entrepuente. Línea Mediterráneo-Brasil-Plata. Zarpa del puerto de Barcelona y hace escalas en Cádiz, Lisboa, Tenerife, Trinidad, Río de Janeiro, Santos, Montevideo y acaba en Buenos aires.

Nuestro pasaje correspondía a segunda clase, viajaríamos en una cabina pequeña, pero al menos podíamos dormir juntos. No se trataba de un camarote de lujo como el que podíamos contemplar en la fotografía del tríptico, pero tampoco era la zona de bodega, en la que se dormía en literas en una zona para hombres y otra para mujeres, que no se podían juntar de diez de la noche a ocho de la mañana, aunque fuesen matrimonio o familia.

A las doce en punto del medio día, el barco tembló y rugió con el encendido de motores. Las sirenas lanzaban al aire sus bocinazos graves. Rufino se quedó en la cabina, aún no se fiaba. Yo salí para acercarme a la barandilla y decir adiós, balanceando mi mano alzada de derecha a izquierda, a Gertrudis, quien, hora y media después de bajar del barco, seguía plantada en el muelle para vernos zarpar. Alegría, algarabía. Los graznidos de las gaviotas y el rugir del mar eran apagados por los gritos, las risas, e incluso los llantos de cientos de viajeros que aplastaban sus ombligos contra la barandilla para lanzar besos al aire y decir adiós con las dos manos abiertas. Aquel gigante

comenzó a moverse lentamente, pronto salimos del puerto de Cádiz. Una vez en altamar pusimos rumbo a Lisboa.

Nos gustaba pasear por cubierta al atardecer, cuando el sol de julio comenzaba a retirarse del cielo y descendía lentamente buscando el horizonte. A esa hora, casi todo el pasaje se encontraba en el exterior. Yo me acordaba de las personas que habían conformado mi familia en los últimos años: los vecinos del corral y los compañeros del trabajo. Contemplando la puesta de sol les dediqué, por lo bajo, el tango *Adiós muchachos*:

Adiós, muchachos, compañeros de mi vida,
 barra querida de aquellos tiempos.
Me toca a mí hoy emprender la retirada,
 debo alejarme de mi buena muchachada.
Adiós, muchachos, ya me voy y me resigno,
 contra el destino nadie la talla.
Se terminaron para mí todas las farras,
 mi cuerpo enfermo no resiste más.

¿Mi familia? Inmediatamente, recordé que había empujado a dos de sus miembros al pozo de la muerte. Evocando a Ángel y a Serafín, una lágrima de

culpabilidad corrió por mi mejilla para caer y mezclarse con el mar. Una gota perdida en un océano enfurecido, así me sentía cuando me enfrentaba a mis recuerdos.

Contemplábamos curiosos la variedad de personas que nos acompañaban en nuestro viaje: judíos europeos que huían del exterminio nazi, emigrantes españoles e italianos que buscaban pan y paz, marineros que no se encontraban de servicio. Aquella misma tarde se nos acercó y se presentó un apuesto segundo oficial que entabló una conversación amable con nosotros. Vestía un bonito uniforme, con chaqueta azul marino cruzada de seis botones dorados, camisa y pantalón blancos, corbata negra, gorra de plato del color de la nieve. En la bocamanga lucía unos galones dorados que imagino corresponderían a su rango. Nos estuvo contando que, debido a la guerra en Europa, Ybarra era la única naviera europea que comercializaba de forma regular el transporte de pasajeros a Sudamérica. De vuelta traerían marineros de la armada alemana que regresaban a su país porque habían sido rescatados cerca de las costas argentinas. El barco volvería a España cargado con cuatro mil ochocientas toneladas de trigo y mil de carne congelada. Ayuda cariñosa y hermana de Argentina al hambriento pueblo español. Yo pregunté:

—¿Sabe usted en qué alacenas acaba ese trigo y esa carne?

Rufino me dio un tirón de la manga. El hombre no pareció entender, afortunadamente, mi pregunta. Seguimos charlando. Cuando anocheció se despidió y fue a cenar. Rufino me reprendió un poco encendido:

—¿No te has dado cuenta? Tú le gustas a ese tío, se le nota en los ojos.

—¡Anda ya! —exclamé, aunque en mi habla interior me decía a mí misma: «¡Claro que me he dado cuenta!, se le nota desde lejos, eso lo capta una mujer al momento».

Al amarrar en Lisboa, comprobamos que numerosos pasajeros y un gran número de componentes de la tripulación bajaban a tierra. Aquella tarde, en nuestro paseo, volvimos a encontrarnos con el segundo oficial. De nuevo nos acompañó. A nuestras preguntas sobre el gran número de tripulantes que habían tomado tierra, contestó:

—Bajamos para adquirir monedas de oro. En Montevideo nos las compran por un precio muy superior al que pagamos aquí. Es una manera de ganarnos un sobresueldo. Lo hacemos casi todos los tripulantes. Algunos, para que no se las roben, esconden las monedas

en sitios tan complicados que después no son capaces de recuperarlas. Ya se ha dado el caso de que en el desguace de algún barco de la compañía han aparecido bastantes monedas.

Era grata la charla que manteníamos con aquel hombre, nos comentaba curiosidades sobre la travesía, aunque a Rufino no le hacía ni pizca de gracia que se nos acercara. A mí, en cambio, me agradaba encontrarme con él.

La comida en el barco no era mala, yo lo tomaba como presagio y señal de que pronto olvidaríamos el hambre. Pasábamos horas y horas en la cabina donde nuestros cuerpos se bañaban en sudor y las camisas se nos pegaban a la piel. Aseo a media tarde y excursión por cubierta.

Llegamos a Tenerife, suelo español, no se nos ocurrió bajar. Varios días interminables cruzando el Atlántico. Arribamos el 5 de agosto a la isla de Trinidad para cargar combustible y pasar el control impuesto por las autoridades aliadas. Subieron militares británicos a bordo, detuvieron al segundo oficial que se había hecho amigo nuestro acusándolo de actuar como espía y persona sospechosa de ser antibritánica. Años más tarde me enteré de que fue llevado a un campo de

concentración en Inglaterra, donde permaneció hasta el final de la guerra. Después, pues era conversación en todos los corrillos, oímos a otros tripulantes comentar que no era la primera vez que era detenido algún oficial español. No lo quería reconocer, pero yo sabía que Rufino se había alegrado de que hubieran detenido a mi presunto pretendiente.

Partimos hacia Brasil. Dos días después de cruzar el ecuador comenzamos a sentir frío. Habíamos pasado del verano al invierno en el tiempo que se tarda en chasquear los dedos. La tripulación dispuso la operación «cambio de ropa». Ellos mismos cambiaron de las mangas cortas y las chaquetas finas a sus buenos abrigos lobos de mar. Organizaron la bajada del pasaje a las bodegas para que realizáramos el cambio de ropa. Entonces preferíamos salir a pasear cuando hacía sol, evitábamos el frío del atardecer.

Una mañana sonaron alarmas, el trasatlántico se desvió de su ruta. En media hora comenzamos a divisar botes repletos de personas. El rescate duró varias horas. Se habían salvado ciento dieciséis vidas. Se trataba de las tripulaciones de tres barcos mercantes brasileños que habían sido hundidos por submarinos alemanes. El pasaje temió, nos pusimos muy nerviosos, pero pronto se nos

aclaró por parte de la marinería que los viajeros de barcos españoles no teníamos nada que temer porque los alemanes consideraban a España como una nación amiga. Por algo la bandera que portaba el barco era tan gigantesca, se podría divisar a varias leguas. Se nos comentaba que en el viaje anterior habían rescatado cerca de Tenerife a setenta y nueve supervivientes del hundimiento de un carguero inglés.

Arribamos a Brasil en sus distintas escalas, después Montevideo. Por fin embocamos el Río de la Plata para divisar en unas horas, a lo lejos, el puerto de Buenos Aires.

24

Las nieves del tiempo

Era muy pequeña cuando me regalaste aquel álbum, tal vez siete u ocho años. Yo te dije: «¡Está vacío!», contestaste que tendría que ir comprando y coleccionando cromos hasta que consiguiera rellenarlo. La portada era preciosa, muy colorida, donde se podía leer en letras negras su título: *Animales del mundo*. Cada tarde, cuando me llevabas de la mano a la librería para comprarme uno o dos sobres de estampas de aquella fabulosa colección, me sentía importante. Nos costaba llegar porque la gente te paraba a cada momento para que le hicieras un garabato en un papel. Decían que era un autógrafo. Entonces yo no entendía muy bien por qué te pedían a cada momento que firmaras, pero aquellas caras de ilusión me hacían sentirme protagonista. ¡Yo era la nieta de una diosa!

Tu vida, abuela, se me representaba como aquel álbum cuando estaba vacío. Cada rectángulo en blanco un misterio por completar. El primero que se me viene al recuerdo es el de tu nombre. Los adultos creemos que los niños no oyen, que no ponen atención cuando los

mayores hablan sobre asuntos de mayores, pero nos equivocamos, sí que escuchan. Yo sabía, lo había oído en casa a mamá, que tú te habías llamado en un tiempo Antonia, en otro Sonia, y después Nía. Decía también que el abuelo en España era Rufino, pero en Argentina, Raúl. ¿Perteneçais a una clase de magos que cambiaban de nombre a golpe de varita mágica? Tu precioso pelo platino, la pulsera en el tobillo y la estatura gigante del abuelo alimentaban, en mi infantil imaginación, la creencia de que erais personajes de cuento, protagonistas de innumerables aventuras que yo no conocía.

Nunca olvidaré aquel viaje en barco que nos llevaba desde la Argentina a España. ¡España! Os había escuchado tantas veces a ti y al abuelo hablar de ese país, que me parecía mentira que fuera a conocer aquella tierra tan exótica que, tal como yo intuía y comprobé después, escondía secretos inconfesables sobre vuestras andanzas. Viajaba en el crucero siempre cogida de tu mano. Para mí aquella odisea entrañaba una gran aventura, la mayor en mi corta vida. Me gustaba asomarme a la barandilla del barco para que me besara la brisa del mar en la cara, aunque mamá inmediatamente me apartaba diciendo:

—¡Victoria! ¿Qué *hacés boluda?*, ¿*podés* caer al mar!

Ella también estaba nerviosa, era la primera vez que visitaba España. Ahora imagino que huía, poniendo rumbo al olvido, de la triste historia de amor, malos tratos y fracaso que había padecido de la mano de mi padre.

Por la noche, me encandilaban las cenas con espectáculo. En la primera te hicieron una especie de homenaje. Parece que lo estoy viviendo: los componentes de la orquesta afinaban sus instrumentos, un sonar de ruidos desacompasados y algunas veces estridentes, pero necesarios como preludio de las hermosas melodías que iban a deleitar los oídos de los comensales. Los micrófonos preparados, las luces iluminaban el escenario. Los camareros iban y venían entre las mesas sirviendo el postre con un continuo tintineo de platos, tazas y cucharillas. En el aire se mezclaban los perfumes caros de las damas con el olor del chocolate caliente y el helado. De vez en cuando se iba un poco la cabeza cuando el vaivén del barco se empeñaba en recordarnos a los presentes que nos encontrábamos en altamar. Las botellas de cava comenzaban a ser descorchadas con un explosionar que se repetía cada diez segundos. Vestidos oscuros en los caballeros, colores pastel y brillantes en las damas. Las copas estaban servidas. Los músicos habían dejado de afinar y permanecían en silencio. Todo estaba preparado.

El presentador, vestido de esmoquin, saltó al escenario entre aplausos, tomó el micrófono y comenzó a hablar con el entusiasmo forzado de un animador de fiestas:

—¡Buenas noches!, bienvenidos a esta primera velada. Nuestra compañía les da las gracias por haber decidido navegar con nosotros y espera se sientan cómodamente alojados, que disfruten de nuestras instalaciones, de nuestra gastronomía y de nuestros espectáculos. Esta noche podrán divertirse con la orquesta, los cantantes, y si se sienten animados no duden en mover sus elegantes cuerpos en la pista de baile. Hoy, 24 de junio de 1978, festividad de San Juan, tenemos la enorme fortuna de que nos acompañe como pasajera la inigualable cantante de tangos Nía Sandoval, más conocida como «la Galleguita».

El aplauso resonó. Te levantaste de tu asiento y diste las gracias con un repetido gesto de cabeza a un lado y a otro. Sentado a tu vera, el abuelo Raúl aplaudía procurando no despeinar su cabellera canosa. Mamá, la tía Gertrudis y yo mirábamos orgullosas a todos los presentes como diciendo: «Sí, nosotras somos su familia». El presentador prosiguió:

—Querida Nía, ¡Nos gustaría tanto que te acercaras al escenario!

Sonreíste, dijiste que sí con la cabeza. De nuevo se escuchó el aplauso. Caminabas hacia el micrófono con la serenidad que te proporcionaban tus sesenta y cuatro años, subiéndote un poco el suave vestido de tul rosa palo, dejando ver tus zapatos de tacón del mismo color y la pulsera en tu tobillo. Subiste los dos escalones que separaban la pista de baile del escenario, diste dos besos al presentador. Un empleado, también vestido de esmoquin, subió un ramo de flores y te lo entregó. Micrófono en mano te preguntaron:

—Saliste de España siendo joven y no habías vuelto hasta ahora. ¿Qué es lo que te mueve a regresar?

—Mi hermana Mariela.

—¿Tienes una hermana y deseas visitarla?

—Fue fusilada en 1936.

Se hizo el silencio en aquel salón. Hasta entonces yo no había oído nunca hablar de Mariela. En mi álbum de tus misterios vacío se abrió otro cuadro en blanco. Recuerdo perfectamente lo que dijiste:

—He sido feliz en Argentina. Estamos en 1978, España se ha convertido en una democracia. Se han vuelto a celebrar elecciones. Vuelvo porque en mi alma se abrió una herida que no he podido sanar. Ahora sí podré hacerlo cuando consiga enterrar los restos de mi hermana

en una sepultura digna y le haya restablecido su identidad. Esta nueva España, que ahora es decente, pronto habrá rescatado a sus hijos olvidados de las fosas comunes, las cunetas y los barrancos. Solo entonces podré sentirme orgullosa de ser española y solo entonces podré volver a mi amada Argentina.

—Querida Nía, ¿abusamos de tu confianza si te pedimos que nos dediques un tema?

—No, ¡en absoluto! Encantada de hacerlo.

—¿Qué nos vas a cantar?

—Dadas las circunstancias, y aprovechando para homenajear al grandísimo Carlos Gardel, voy a interpretar *Volver*.

—¡Señoras y señores, con ustedes la voz de terciopelo de Nía Sandoval, «la Galleguita»!

Alcanzaste el micrófono, te retiraron el ramo de flores para traerlo a nuestra mesa. En aquel instante, el sentimiento, la inspiración y el duende se reflejaban en tu rostro iluminado.

Yo adivino el parpadeo
de las luces que, a lo lejos,
van marcando mi retorno.
Son las mismas que alumbraron

con sus pálidos reflejos
hondas horas de dolor.
Y, aunque no quise el regreso,
siempre se vuelve al primer amor.
La quieta calle donde el eco dijo:
«Tuya es su vida, tuyo es su querer»,
bajo el burlón mirar de las estrellas
que, con indiferencia, hoy me ven volver.

Volver

con la frente marchita,
las nieves del tiempo
platearon mi sien.

Sentir

que es un soplo la vida,
que veinte años no es nada,
que febril la mirada
errante en las sombras
te busca y te nombra.

Vivir

con el alma aferrada
a un dulce recuerdo
que lloro otra vez.

Tengo miedo del encuentro
con el pasado que vuelve
a enfrentarse con mi vida.
Tengo miedo de las noches
que, pobladas de recuerdos,
encadenan mi soñar,
pero el viajero que huye
tarde o temprano detiene su andar.
Y aunque el olvido que todo destruye,
haya matado mi vieja ilusión,
guardo escondida una esperanza humilde
que es toda la fortuna de mi corazón.

Cuando acabaste, todo el público se puso en pie para aplaudirte. El presentador se hincó de rodillas con los brazos extendidos hacia ti en gesto de adoración. Volviste a nuestra mesa agradeciendo con la cabeza en cada paso que dabas.

Aquella emocionante aventura marítima acabó quince días después, cuando bajé las escalerillas del barco y puse por primera vez mis pies en España. La casa de Utrera me parecía un palacio, con su patio, donde el jazmín y la dama de noche afianzaban mi creencia de estar penetrando en el alma de un país mágico, campo de

batalla de vuestros secretos de juventud. La comprasteis como inversión, pues la intención era volver pronto a Argentina.

Tú no lo sabías, o tal vez sí, pero cuando te encontrabas fuera de casa, yo aprovechaba para colarme secretamente en tu habitación atraída por el magnetismo que me llamaba desde aquel lugar. Podía pasarme horas observando sobre tu mesilla aquellos frasquitos vacíos de penicilina que rodeaban una figurita que representaba un Ángel. Me parecía un altar, te imaginaba allí arrodillada ofreciendo el sacrificio de antiguos sufrimientos. Hojeaba una y otra vez tu colección de recortes de periódicos en los que se aclamaban tus noches exitosas en distintos teatros de Buenos Aires, aunque me llamaba la atención aquel único recorte que no exaltaba tus hazañas. Era el primero que estaba pegado en aquel libro. Me desconcertaba porque hablaba del ajusticiamiento de un señor llamado Serafín, en la cárcel de Ranilla en Sevilla, España, por el método de garrote vil un 5 de octubre de 1945. ¿Qué era aquello del garrote vil? ¿Por qué guardabas aquella noticia? ¿Por qué habías dado un beso de carmín sobre la fotografía, en vida, del hombre que había sido ejecutado? Otro misterio más en un puzle que no acababa de encajar en mi cabeza. Para colmo,

comenzaba a sospechar que la historia de tu hermana Mariela era también digna de un guion cinematográfico. Años más tarde, cuando leí el manuscrito de la novela que ella había firmado, confirmé ciertas sospechas que habían anidado en mi imaginación.

Recuerdo muy bien aquel verano que pasamos en Cádiz: el sol, la arena, el mar, la tranquilidad, el tipazo que lucía mamá en bikini. Por las tardes cruzábamos Puerta Tierra y cenábamos en el casco antiguo de la ciudad. La tía Gertrudis, gaditana, hacía de guía y nos contaba divertidas curiosidades sobre su milenaria ciudad. Os sentisteis muy decepcionados cuando comprobasteis que el barrio del Pópulo se encontraba muy deteriorado, con los antiguos cabarets cerrados y carcomidos por el paso del tiempo. Un local antiguo llamado La Gaviota se desmoronaba olvidado y oxidado. Estuvisteis preguntando, nadie sabía del paradero de un tal Fidel.

En una de las ocasiones en las que me deleitaba viajando a través de tu habitación, después de contemplar tu armario abierto en el que guardabas aquellas encantadoras boinas de mujer, los vestidos, los zapatos de tacón; volví a abrir, una vez más, tu colección de recortes de periódicos. Me llevé una gran sorpresa, porque pude

comprobar que habías añadido una noticia muy extraña, nueva y reciente. En ella se aseguraba que gracias a una carta anónima recibida en la Jefatura Superior de Policía de Cádiz que informaba exactamente de dónde se encontraba el cadáver de un inspector llamado Germán, muerto en 1943, se había realizado la demolición de una pared del antiguo cabaret La Gaviota y se había encontrado el esqueleto de una persona emparedada. Se había confirmado que pertenecía al policía desaparecido. Más de treinta y cinco años más tarde, su viuda y sus dos hijos habían podido descansar dando cristiana sepultura a su esposo y padre.

La figura del abuelo Raúl también me resultaba enigmática. Algunas veces llegaba a casa con la cara triste, tú le preguntabas: «¿Nada?», y él respondía: «¡Nada!». Más tarde supe que intentaba visitar a unos hijos que había dejado aquí cuando marchasteis a Argentina, pero que, ya adultos, no querían saber nada de su padre. También me extrañaba que, gustándole tanto el café, jamás consintiera en tomar uno que tú hubieras preparado. Todas las mañanas y tardes acudía al casino del pueblo para degustar un rico café, pero en casa solo lo tomaba si lo preparaba la tía Gertrudis o mamá.

Me gustaba sentarme a tu lado cuando, colgada del teléfono, te ponías en contacto con otros familiares de represaliados por la dictadura de Franco. Parecía que las fuerzas no te abandonaban nunca. Formasteis una asociación y comenzasteis a reivindicar el derecho a la memoria. Después te diste cuenta de que no iba a resultar tan sencillo, que eternos rencores volvían como fantasmas del pasado para echar aún más tierra sobre los huesos de tanto inocente, que esta España que imaginabas nueva seguía sumida en su eterna indecencia.

Te fuiste de mi vida en la primavera de 1992, no pudiste volver a Argentina porque la ancianidad y la muerte te alcanzaron antes de ver realizado tu sueño de dar una sepultura digna a tu hermana. Abuelo y la tía Gertrudis te siguieron pronto, a mamá se la llevó el cáncer en 2010.

Hoy, enero de 2020, por fin comienzan los trabajos de exhumación en la fosa común de Pico Reja, en el cementerio de San Fernando. He asistido al acto acompañada de toda mi familia. Pronto podrás ver tu sueño cumplido: Mariela recobrará su identidad y su dignidad. Aquí me tienes, a mis cincuenta años, pegada a tu tumba, atraída por esa inmensa fascinación que tu persona ejerce en mí. Llevo puesta una de tus boinas, me

he teñido el pelo de platino y me he colocado tu pulsera en el tobillo izquierdo. Mi marido y mis hijos tiran de mí, me dicen que ya está bien, que tenemos que irnos, pero me quedo cosida a ti como un niño a las faldas de su madre. ¡Cuántos sugestivos secretos, cuántas aventuras silenciadas que yo hubiera anhelado conocer se fueron contigo! Ahora solo me queda el poder de la imaginación.

Fin



